La dialéctica como arma, método, concepción y arte

Iñaki Gil de San Vicente

Este trabajo ha sido convertido a libro digital
por militantes de EHK,
para uso interno y forma parte del
material de trabajo para el estudio,
investigación y formación del
pensamiento marxista y la historia
de los comunistas vascos.

http://www.ehk.eus

INDICE

1.- PRESENTACION
2.- L**A DIALÉCTICA COMO ARMA REVOLUCIONARIA:**
  2.1.- ALGO DE MARX Y ENGELS SOBRE LA DIALÉCTICA
  2.2.- LA NECESARIA VUELTA PERMANENTE A LA DIALÉCTICA
  2.3.- LA DIALÉCTICA COMO ARMA SIEMPRE NUEVA
3. **LA DIALECTICA COMO METODO DE CONOCIMIENTO**
  3.1.- DIALECTICA ENTRE PRAXIS Y REFLEJO
  3.2.- CATEGORIAS Y CONCEPTOS DE LA DIALECTICA
  3.3.- DESARROLLO DE LAS LEYES DE LA DIALÉCTICA
  3.4.- LOGICA FORMAL Y DIALECTICA ESPONTANEA
  3.5.- VERDAD OBJETIVA Y COMPONENTE SUBJETIVO
  3.6.- VERDAD ABSOLUTA Y VERDAD RELATIVA
  3.7.- INTERACCION ENTRE VERDADES Y SUBJETIVIDAD
  3.8.- LA SUBJETIVIDAD REACCIONARIA EN ACCION
4. L**A DIALÉCTICA COMO CONCEPCION DEL MUNDO**
  4.1.- PRIMERA EXPERIENCIA DE PRAXIS: EL HOLISMO
  4.2.- SEGUNDA EXPERIENCIA DE PRAXIS: GRECIA
  4.3.- TERCERA EXPERIENCIA DE PRAXIS: EL RENACIMIENTO
  4.4.- CUARTA EXPERIENCIA DE PRAXIS: EL SOCIALISMO
  4.5.- DIALECTICA ENTRE SUBJETIVIDAD Y VIOLENCIA
5. **LA DIALÉCTICA COMO CREATIVIDAD ARTISTICA**
  5.1.- LA ESTÉTICA COMO PRAXIS REVOLUCIONARIA
  5.2.- SUBJETIVIDAD ESTETICA CRÍTICA Y CREATIVA
  5.3.- DIALECTICA CREATIVA Y "REALISMO SOCIALISTA"
  5.4.- TIEMPO HUMANO, PRAXIS SOCIALISTA Y ESTÉTICA
  5.5.- LUCHA Y UNIDAD DE CONTRARIOS EN EL ARTE

1.- PRESENTACION

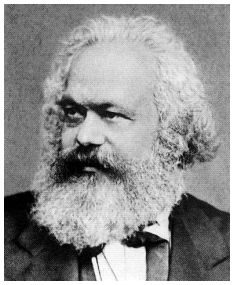
La dialéctica materialista es un instrumento polivalente imprescindible para la emancipación humana. Gracias al nivel de conocimiento alcanzado hasta la actualidad, podemos, por ahora, discernir cuatro grandes utilidades de la dialéctica: ser arma intelectual revolucionaria por excelencia; ser el método de pensamiento racional más adecuado para conocer y transformar el mundo; ser la concepción atea y materialista más acorde con las inquietudes humanas, y ser el componente insustituible para que la existencia humana sea un arte. La propia dialéctica impide que el orden de exposición aquí utilizado sea siempre obligado y necesario. En estas y otras muchas cuestiones, son las necesidades concretas, el desenvolvimiento de las contradicciones, las que dictan en cada situación particular el orden transitorio de utilización y de priorización de esas aptitudes. Sin embargo, en la práctica social las cuatro actúan a la vez, simultáneamente. Nosotros hemos escogido este orden de enunciación porque, bajo el grado actual de irreconciliabilidad entre el imperialismo y los pueblos del mundo, así como del proceso de liberación de Euskal Herria, es su esencia de arma revolucionaria la que prima en la dialéctica materialista.

De hecho, esta esencia revolucionaria recorre a las otras tres cualidades citadas, debiendo decirse que ella es su síntesis, su núcleo, su código genético. Basta ver, por ejemplo, el creciente enfrentamiento entre, por un lado, el método de pensamiento racional y científico-crítico y, por otro lado, el irracionalismo en todas sus formas, desde la más sofisticada de la ideología racista y sexista del genetismo sociobiológico impulsado por el imperialismo hasta el irracionalismo más tosco, mentiroso e ignorante como el creacionismo bíblico, pasando por todos los esoterismos e industrias de lo para-normal y extra-sensorial, que se lucran cruelmente con la alienación humana. Veamos también el choque a muerte entre, por un lado, la concepción del mundo basada en la dialéctica del control conscientes de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción por la humanidad trabajadora autoorganizada y, por otro lado, la concepción burguesa de la supeditación servil y pasiva a las fuerzas ciegas e incontrolables de la acumulación de capital, choque mortal por cuanto está en juego la supervivencia del planeta. ¿Y qué decir del antagonismo entre, por un lado, la lucha por una vida bella, alegre, policroma y artísticamente plena de potencialidades creativas y, por otro lado, la fea, triste, monocroma e impotente e infértil mal vivencia fetichizada actual? En estos tres enfrentamientos estratégicos que se libran diariamente en todo el mundo la esencia revolucionaria de la dialéctica juega un papel decisivo porque en los tres bucea hasta la raíz de las contradicciones, las saca a la luz y las somete a una implacable crítica destructiva y creativa a la vez.

Por último, este texto es parte de una reflexión más amplia y anterior, que está plasmada en otros cuatro textos a disposición abierta y libre en la Red: “Aprender y atreverse a pensar bien”. “Algunas consideraciones sobre ciencia, tecnología y emancipación”. “Algunas relaciones entre capitalismo, globalización y tecnociencia; y “Emancipación nacional y praxis científico-crítica”.

2.- LA DIALÉCTICA COMO ARMA REVOLUCIONARIA:

2.1.- ALGO DE MARX Y ENGELS SOBRE LA DIALÉCTICA



Ya en 1842 Marx escribió en la Gaceta Renana que: "Exigimos de la crítica sobre todo que se comporte de manera crítica respecto de sí misma y que no pase por alto las dificultades de su objeto". La "crítica" no es otra cosa que la dialéctica en su acción. Marx resalta aquí de forma directa y explicita, el componente autocrítico de la crítica, es decir, que la dialéctica debe serlo consigo misma, no debe dedicarse sólo a la crítica de lo exterior, de lo objetivo, sino que a la vez ha de volver a su interior, a lo subjetivo. Poco tiempo después, en su estudio sobre la filosofía del Derecho de Hegel, Marx es tajante: "Crítico frente a su adversario, no ha sido en cambio autocrítico". La unidad entre crítica y autocrítica aparece como una de las constantes esenciales en el marxismo desde sus primeros momentos y como veremos, esa unidad se insertará siempre en el corazón mismo de la dialéctica como unidad y lucha de contrarios. Volviendo a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel, inmediatamente después de esa insistencia en la interacción entre crítica y autocrítica, Marx afirma que: "El arma de la crítica no puede sustituir la crítica por las armas; la violencia material no puede ser derrocada sino por violencia material. Pero también la teoría se convierte en violencia material, una vez que prende en las masas. La teoría es capaz de prender en las masas, en cuanto demuestra *ad hominem*; y demuestra *ad hominem*, en cuanto se radicaliza. Ser radical es tomar las cosas de raíz. Y para el hombre la raíz es el mismo hombre".

La dialéctica entre autocrítica y crítica da aquí un paso adelante implicándose directamente en la acción práctica de masas en su forma de praxis, es decir, cuando la teoría se convierte en violencia material porque ha sido asumida por las masas y ejercitada por éstas porque la han descubierto en su acción diaria radical, en la raíz de su explotación cotidiana en el interior mismo de la sociedad. La radicalidad aparece así tal cual es en todo su potencial emancipador. En otro texto posterior, en las Tesis sobre Feuerbach, Marx sostiene que: "El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema **práctico**. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísle de la práctica, es un problema puramente **escolástico** (…) La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse como **práctica revolucionaria** (…) La vida social es, en esencia, **práctica**. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica". Una lectura superficial de esta cita podría sacar la falsa conclusión de que Marx defiende aquí el practicismo objetivista al ultranza, la acción por la acción orientada siempre hacia el impacto en la realidad existente sin equilibrio alguno tanto con la guía teórica que dirija la práctica como las realidades subjetivas que, quiérase o no, están siempre presente, incrustadas en lo "objetivo". De hecho, se trata de la misma cuestión en el fondo porque, desde la perspectiva

marxista, la teoría siempre tiene un componente "subjetivo" en su sentido más consciente, es decir, en cuanto teoría destinada a mejorar la lucha comunista, lo que exige una praxis diaria con sus sacrificios.

Vamos a centrarnos, en primer lugar, por este componente de "subjetividad" como concepción del mundo, de voluntad revolucionaria que se hace inseparable de la propia elaboración teórica. En 1867 Marx respondió a una pregunta realizada por Meyer: "¿Qué por qué nunca le contesté? Porque estuve durante todo este tiempo con un pie en la tumba. Por eso tenía que emplear *todo* momento en que podía trabajar para poder terminar el trabajo al cual he sacrificado mi salud, mi felicidad en la vida y mi familia. Espero que esta explicación no requiera más detalles. Me río de los llamados hombres "prácticos" y de su sabiduría. Si uno resolviera ser un buey, podría, desde luego, dar la espalda a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo. Pero yo me habría considerado realmente *no práctico* si no hubiese terminado por completo mi libro, por lo menos en borrador". Marx se refiere a que, por fin, ha concluido el primer libro de El Capital, así como a que ha almacenado muchos borradores manuscritos para libros posteriores.

Como se aprecia, Marx distingue dos clases opuestas de "práctica": la de los bueyes, es decir, intelectuales burgueses que sólo miran a su propio pellejo, y la de quienes asumen toda serie de sacrificios porque se niegan a dar la espada a las agonías de la humanidad. Él se sitúa en esta segunda "práctica" que, en su caso, simultaneaba a lo largo de su vida una dialéctica muy estrecha entre el trabajo intelectual y el trabajo práctico expresado en sus innumerables relaciones con grupos y movimientos revolucionarios. Como síntesis de ambos trabajos resultaba su praxis científico-crítica. Aunque Marx no habla para nada de un posible contenido ético-moral inherente a su "práctica", es innegable que la terminología que usa, el calificativo despreciativo de "bueyes" --seres castrados a los que se les ha anulado todo espíritu de resistencia y anhelo de libertad, todo instinto de lucha, en suma-- que dan la espalda a la opresión y huyen pensando sólo en su propio egoísmo, este calificativo y la entera construcción del párrafo, como de su obra completa, destilan una opción vital contra toda clase de explotaciones e injusticias. Hay, por tanto, una ética latente en su obra, en la dialéctica materialista.

Sobre la otra cuestión, la existencia de otras realidades "subjetivas" no conscientes, inconscientes, que influyen en la práctica social, Marx y Engels dejaron abundantes referencias teóricas. En su obra *El dieciocho brumario de Luís Bonaparte* Marx precisa que: "los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y es cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal". Esta cuestión es tan importante que ambos amigos volverán sobre ella en diversas ocasiones. Por ejemplo, en el prólogo a la primera edición de El Capital en 1867 Marx insiste en que: "Junto a las miserias modernas, nos agobia toda una serie de miserias heredadas, fruto de la supervivencia de tipos de producción antiquísimos y ya caducos, con todo su séquito de relaciones políticas y sociales **anacrónicas**. No sólo nos atormentan los vivos, sino también los muertos. **Le mort saisif la**

vif!". La dialéctica materialista reconoce, como se aprecia aquí, que el pasado vuelve sobre el presente, que lo condiciona, lo frena y lo pudre. La fuerza reaccionaria del pasado es una realidad activa en el presente, que renace en la consciencia y que puede destruir conquistas sociales tenidas como irreversibles por quienes desconocen la dialéctica.

La necesidad imperiosa de la autocrítica y de la crítica se confirma una vez más por el peligro de la vuelta del pasado, por la terrible pesadilla de las tradiciones legadas por las generaciones muertas que oprime el cerebro de los vivos. Una de las peores pesadillas es la del servilismo, una de las cosas más rotadamente rechazadas y despreciadas por Marx, como él lo reconoció públicamente. La lucha contra el servilismo, la obediencia, el respeto irracional a la autoridad, etc., no está inserta sólo en la coherencia de la crítica permanente a todo lo establecido, sino en la misma necesidad de la autocrítica ya que la praxis revolucionaria sabe de sobra cuán peligroso y dañino es ese mundo despreciable de halago y del aplauso reverencial típico de las mentes burocráticas, de las personas que se dejan esclavizar por la popularidad y por la fama, por la falsa necesidad de un líder, dirigente y guía. La autocrítica es aquí imprescindible porque nadie ha de permitir ser objeto de adoración sumisa e irracional por parte de nadie, y menos entre comunistas.

ENGELS

Debido a esto, ya en una carta de febrero de 1851 Engels le decía a Marx que: "Para nosotros, que escupimos la popularidad,...". Se ha de escupir la popularidad porque ésta conlleva la tendencia a la adoración, a la reverencia por parte de quienes se creen inferiores a la persona popular. En 1868 Marx le explicaba a Schweitzer la necesidad de que en Alemania: "Donde el obrero es burocráticamente disciplinado desde la infancia y cree en la autoridad y los organismos ubicados por encima de él, lo más importante es enseñarle a actuar con independencia", y en la misma carta denunciaba que "toda secta es religiosa", que había que abandonar el sectarismo y crear amplias organizaciones sindicales. Que semejante criterio es básico y permanente en la vida de ambos amigos, lo confirmó Marx en 1877 en una carta a Bloch: "No soy una persona amargada, como decía Heine, y Engels es como yo. No nos gusta nada la popularidad. Una prueba de ello, por dar un ejemplo, es que durante la época de la Internacional, a causa de mi aversión por todo lo que significaba culto al individuo, nunca admití las numerosas muestras de gratitud procedentes de mi viejo país, a pesar de que se me instó para que las recibiera públicamente. Siempre contesté, lo mismo ayer que hoy, con una negativa categórica. Cuando nos incorporamos a la Liga de los Comunistas, entonces clandestina, lo hicimos con la condición de que todo lo que significara sustentar sentimientos irracionales respecto a la autoridad sería eliminado de los estatutos".

La lucha contra la obediencia y el irracionalismo del acatamiento sumido de la autoridad, a la burocracia del partido; el rechazo de la popularidad por parte de quienes tienen mayores responsabilidades que otros; la exigencia de la crítica y autocrítica, el impulso a la independencia de pensamiento, toda esta práctica es consustancial a la dialéctica materialista e inseparable, por ello mismo, de una formación teórica lo más sofisticada posible y de un rigor coherente en el mantenimiento de los principios estratégicos asentados en esa capacidad teórica y en el debate sistemático. Que ésta es una concepción esencial en el marxismo y en su dialéctica mantenida durante toda la vida de ambos amigos, lo confirmamos,

una vez más y sin extendernos, en estas dos últimas citas de Engels. La primera es de una carta a Bernstein de finales de 1882 insistiendo en la prioridad del rigor teórico-estratégico por encima de cualquier veleidad de acomodamiento al sistema opresor bajo la excusa de aumentar la cantidad, el número, de los seguidores, en nuestro caso de electores y votantes: "Hallarse por un momento en minoría con un programa correcto --en tanto organización-- es mejor que tener un gran número de seguidores, que sólo nominalmente pueden ser considerados como partidarios". La segunda carta, enviada a G. Trier en 1889, es concluyente: "El partido obrero se basa en las críticas más agudas de la sociedad existente; la crítica es su elemento vital; ¿cómo puede, entonces, evitar él mismo las críticas, prohibir las controversias? ¿Es posible que demandemos de los demás libertad de palabra sólo para eliminarla inmediatamente dentro de nuestras propias filas?". La respuesta es obvia.

La dialéctica materialista tiene en la defensa a ultranza de la libertad de crítica uno de sus pilares básicos. Pero no se trata sólo de la defensa de un derecho consustancial a la democracia socialista, que también, sino a la vez de una necesidad interna a la propia dialéctica como método de conocimiento y transformación de la realidad porque ella, la dialéctica, debe ser antes que nada crítica consigo misma, autocrítica, como estamos viendo. No puede existir ningún pensamiento racional y científico que no esté basado en una mínima pero suficiente --en su contexto-- base critica. En una carta a Engels de 1868, Marx dijo que: "Sólo sustituyendo los dogmas en controversia por los hechos en conflicto y las contradicciones reales que forman su fundamento oculto, podemos transformar la economía política en una ciencia positiva". La crítica y la autocrítica es imprescindible para sustituir la controversia entre dogmas por el estudio de la lucha de las contradicciones internas a la realidad, el análisis de los hechos en conflicto.

Las contradicciones de lo real siempre chocan con el dogma ya que éste, desde la dialéctica, no es otra cosa que la absolutización estática y unilateral de uno de los dos contrarios en lucha permanente. Todo dogma niega la unidad y lucha de contrarios e impone uno de ellos sobre el otro pero después de haber negado su interacción permanente y contradictoria con el otro, aislándolo, separándolo e incomunicándolo. El sí y el no forman una unidad de contrarios en lucha. Separados totalmente uno del otro, sin posibilidad alguna de confrontación dentro de la práctica, condenados a la quietud inmóvil, ambos se absolutizan y el sí siguen siéndolo para toda la eternidad, y lo mismo sucede con el no, que también es, como el sí, reducido de lo concreto a lo abstracto. Carentes de toda posibilidad de verificación práctica en su unidad de contrarios en lucha, a la fuerza debe buscarse su supuesta "razón" indemostrable en argumentos de fuerza, de autoridad, de prestigio, de miedo. Por esto, todo dogma desemboca más temprano que tarde en la violencia opresora y en su terror material y simbólico.

Frente a esto, la dialéctica materialista presenta un método absolutamente opuesto. El 24 de enero de 1873 Marx escribió en el Prólogo a la segunda edición de *El Capital* que: "El modo de exposición debe distinguirse, en lo formal, del modo de investigación. La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan sólo después de consumada esa labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real. Si esto se logra y se llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística.

HEGEL

Mi método dialéctico no sólo difiere del de Hegel, en cuanto a sus fundamentos, sino que es su antítesis directa. Para Hegel el proceso del pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la mente humana.

Hace casi treinta años sometí a crítica el aspecto mistificador de la dialéctica hegeliana, en tiempos en que todavía estaba de moda. Pero precisamente cuando trabajaba en la preparación del primer tomo de "El Capital", los irascibles, presuntuosos y mediocres epígonos que llevan hoy la voz cantante en la Alemania culta dieron en tratar a Hegel como el bueno de Moses Mendelssohn trataba a Spinoza en tiempos de Lessing: como a un "perro muerto". Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquel gran pensador, y llegué incluso a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es peculiar. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel, en modo alguno obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expuso de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquélla. En él la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darla vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística.

En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional, es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina, porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero, porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria.

El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista se le revela al burgués práctico, de la manera más contundente, durante las vicisitudes del ciclo periódico que recorre la industria moderna y en su punto culminante: la crisis general. Esta crisis nuevamente se aproxima, aunque aún se halle en sus prolegómenos, y por la universalidad de su escenario y la intensidad de sus efectos, atiborrará de dialéctica hasta a los afortunados advenedizos del nuevo Sacro Imperio prusiano-germánico".

Para concluir, la dialéctica sostiene que el método científico-crítico es una fuerza emancipadora revolucionaria. Usando la terminología de su tiempo, Engels dijo estas palabras sobre la tumba de Marx: "no hubo un solo campo que Marx no sometiese a investigación (…) incluyendo las matemáticas (…) Para Marx, la ciencia era una fuerza histórica motriz, una fuerza revolucionaria. Por puro que fuese el goce que pudiera depararle un nuevo descubrimiento hecho en cualquier ciencia teórica y cuya aplicación práctica tal vez no podía preverse aún en modo alguno, era muy otro el goce que experimentaba cuando se trataba de un descubrimiento que ejercía inmediatamente una influencia revolucionaria en la industria y en el desarrollo histórico en general".

2.2.- LA NECESARIA VUELTA PERMANENTE A LA DIALÉCTICA

Como se aprecia a simple vista, la dialéctica es "crítica y revolucionaria". La mejor forma de "mejorar" la definición dada por Marx, que se puede ampliar con otras muchas más, es la de definir a la dialéctica como "arma revolucionaria". Esta "mejora", que tampoco es necesaria en sí misma, es coherente con toda la tradición marxista al respecto. Aquí hay que entender por "arma" tanto un instrumento práctico como teórico, es decir, la praxis. La propia historia del marxismo nos ofrece una constante que se reitera a lo largo de las diferentes necesidades de las luchas revolucionarias: la vuelta a la dialéctica por parte de los marxistas en los momentos de crisis y de derrotas, cuando es imprescindible la autocrítica más sincera, radical, objetiva e implacable con las propias limitaciones y errores.

Marx volvió a releer a Hegel y la dialéctica cuando comprendió que había que superar las viejas concepciones mecanicistas y lineales que le habían llevado a él, a Engels y a otros socialistas a creer en una nueva e inminente oleada revolucionaria internacional tras el fracaso de la de 1848-49. En amplios sectores existía la creencia, compartida por Marx y Engels, de que estallaría una nueva y definitiva revolución a comienzos de la década de 1850, y se prepararon intensamente para que esta vez triunfase. Pero no estalló. La autocrítica consiguiente les llevó a tomar conciencia de la necesidad de un estudio científico-crítico del capitalismo mucho más profundo del que había realizado hasta entonces. Y la vuelta a la dialéctica hegeliana surgió como pura necesidad para poder llevar a cabo el proceso de conocimiento y revolucionarización del orden establecido.

Desde entonces Marx no dejó nunca hasta su muerte de profundizar en el estudio de todo lo relacionado con el desenvolvimiento dialéctico de los procesos que estudiaba. Según las obras suyas y de Engels publicadas hasta la actualidad, que algunos estudiosos reducen a alrededor de la mitad de lo que escribieron a lo largo de toda su vida, podemos decir que nunca abandonó la exigencia metodológica de descubrir el desarrollo dialéctico de los problemas que analizaba minuciosamente, estableciendo una especie de división del trabajo intelectual con su amigo, división que se sustentaba en una permanente e impresionante correspondencia privada de consulta mutua y en el intercambio de las firmas de los trabajos, según las necesidades. Son varias las preocupaciones especiales que les dominaron en los respectivos finales de sus vidas y se centran principalmente en reafirmar la dialéctica de la totalidad en sus partes, sobre todo entre los llamados "factores objetivos" --economía, fuerzas productivas, geografía como factor secundario, etc.--, y los "factores subjetivos" --cultura, tradición, conciencia, identidad nacional, ideología como falsa conciencia, etc.--.

Es muy ilustrativo que, en Marx, este esfuerzo le llevara a estudiar con mucho rigor el proceso de formación de las primeras comunidades humanas en una dinámica de superación progresiva del eurocentrismo. Engels, por su parte, no dudó en reconocer la responsabilidad de ambos al no haber dedicado la atención necesaria en la explicación de la dialéctica de la totalidad entre lo objetivo y lo subjetivo, dedicando sus últimas fuerzas a luchas contra el mecanicismo y el materialismo vulgar. Parte esencial de este esfuerzo de explicación de la dialéctica estaba dedicado a mostrar la estrecha unidad

degenerativa que existe entre el abandono y la negligencia en los principios teóricos y la práctica reformista.

Esta "vuelta a la dialéctica" también se produjo en Lenin. Si bien había leído y estudiado bastante sobre filosofía en el comienzo de su militancia política, y si bien luego tuvo que volcarse en la defensa del componente materialista de la teoría marxista del conocimiento, escribiendo un texto –Materialismo y empirocriticismo-- orientado a la polémica teórico-política urgente más que al debate específicamente teórico y filosófico, cosa que se olvida, fue a raíz del estallido de la guerra de 1914, que destrozó buena parte de sus esquemas anteriores, que tuvo que volver rápidamente a la dialéctica para comprender no sólo qué había sucedido y por qué, sino sobre todo para saber cómo podía combatirse la nueva situación. Es cierto que ya en 1913, en su análisis sobre el despertar en Asia y en otros textos, se insinúan líneas de avance que sólo son posibles si se basan en un previo dominio del método dialéctico. No hay duda de que el "mejor Lenin" se desarrolla a partir de sus estudios profundos de la filosofía dialéctica, lo que le dota de base conceptual suficiente como para interpretar las nuevas realidades con teorías nuevas, en vez de limitarse a quitar el óxido a las viejas. En cuanto a Rosa Luxemburgo, reconociendo que muchas de sus obras siguen sin poder estudiarse debido al interés común de la reacción burguesa, de la socialdemocracia y del stalinismo, a pesar de eso es innegable que mostró una impresionante capacidad dialéctica en su rápida evolución al final de sus días en el desarrollo de sus tesis sobre la necesidad de una organización política diferenciada del partido socialdemócrata.

Limitándonos siempre al llamado "marxismo occidental", Trotsky, definido por algún seguidor suyo como el marxista más dialéctico de todos, tuvo, pese a esto, que volver al estudio de la dialéctica al final de su vida. Es cierto que exceptuando su error sobre la teoría leninista del partido, corregida en 1917, y su otro error de signo de opuesto consistente en minusvalorar los claros síntomas de burocratización en la URSS ya apreciados por Lenin y otros marxistas antes que él, su tesis sobre el sindicalismo, etc., quitando estas equivocaciones, el resto de sus aportaciones a la revolución muestran un sorprendente dominio del método dialéctico. Sin embargo, la realidad es siempre más compleja y más rápida que el pensamiento, y el propio Trotsky tuvo que rendirse a la evidencia en algo tan decisivo como el estudio de la vida de Lenin. Comprendió que era imposible comprender las ideas de Lenin sin un dominio de la dialéctica, del mismo modo que Lenin había comprendido que sin la dialéctica de Hegel no se entendía nada de *El Capital* de Marx. La importancia de quitar a Lenin las vendas de su embalsamamiento venía dada por la necesidad de explicar qué era la URSS en un momento tan decisivo como el final de la década de 1930. Y en la medida en que Trotsky profundizaba en la dialéctica materialista reafirmaba su importancia central en el marxismo, llegando a afirmar que debajo de toda disputa y error teórico existía una disputa y error concerniente a la dialéctica, reforzando la misma tesis defendida por Marx, Engels y Lenin.

Aproximadamente una década antes de que Trotsky volviera a la dialéctica, el marxista peruano Mariátegui inició la aplicación creativa de la dialéctica a las condiciones de las Américas, retomando lo esencial del método y desarrollándolo para una circunstancia tan diferente como

el Perú andino de la segunda mitad de los años ’20. No tuvo tiempo para ampliar y profundizar en sus ideas porque la muerte se lo impidió, pero de haber seguido vivo tendría que haber peleado muy duramente contra el dogmatismo mecanicista en aumento de marxismo oficial latinoamericano. Esta era la misma situación crítica a la que se enfrentó Che Guevara cuarenta años más tarde cuando en medio de su independización teórica y política con respecto a la URSS, inició su estudio de la filosofía dialéctica. Por una serie de razones que sería largo exponer aquí, Che fue comprendiendo que la realidad soviética de los años ’60 no tenía nada que ver con su ideal de socialismo. La comprensión de la dialéctica materialista por parte de Che es tanto más significativa porque le exigía un progresivo e imparable distanciamiento crítico de la mayoría de sus propios compañeros de la revolución cubana que iban siendo absorbidos por el agujero negro de la burocracia rusa. Dicha exigencia, inherente a la dialéctica, fue asumida sin contemplaciones por Che.

A lo largo de estas necesarias y permanentes vueltas a la dialéctica se han dado una serie de constantes que debemos sintetizar aquí porque verifican dos principios elementales que debemos conocer. Uno de ello es que siempre la vuelta a la dialéctica está motivada por el impacto de profundas crisis en el conjunto de teorías anteriores ya bastante enquistadas o incluso en proceso de dogmatización. Más aún, esas crisis impactantes se caracterizan porque tienen un contenido totalizante, estructural y por ello tienen un componente siempre relacionado con la violencia material de algún modo u otro. Fue la constatación de que el sistema capitalista había conseguido recuperarse de su crisis total de 1848-49 gracias a una violencia implacable contra el movimiento revolucionario y obrero en general, y luego mantenida mediante la represión sistemática contra sus restos supervivientes, además de otras innovaciones aportadas por la burguesía, lo que llevó a Marx y a Engels a profundizar en el estudio del capitalismo y a volver a Hegel. Fue la brutal y masiva violencia interimperialista desatada en la guerra mundial de 1914, con sus consecuencias globales, la que llevó a Lenin a bucear en Hegel.

Fue la necesidad de recuperar a Lenin en las condiciones de la violencia burocrática, de la violencia fascista y de la violencia mundial que se avecinaba, lo que llevó a Trotsky a volver a la dialéctica a finales de los años 30. Fue la certidumbre del estancamiento del socialismo en las Américas ante la violencia del capitalismo, la que llevó a Mariátegui a estudiar la dialéctica entre la cultura incaica y las necesidades revolucionarias. Fue la degeneración interna de la URSS y su pasividad ante la criminal violencia imperialista contra el mundo y el hecho de que esa pasividad estuviera reforzada en la obtención de un beneficio extraído de los pueblos mediante el intercambio desigual a favor de la URSS, lo que llevó a Che volver a la dialéctica. Fue el fracaso de la estrategia stalinista en la China de los años ’20, que costó centenares de miles de muertos a las fuerzas revolucionarias, lo que le llevó a Mao a distanciarse de las directrices de Moscú y desarrollar sus textos filosóficos; etcétera.

No debe extrañarnos el que la violencia fuera una de las razones fundamentales en la vuelta al método dialéctico de los marxistas porque la violencia, en general y sin mayores precisiones ahora, es la síntesis de todas las contradicciones sociales irreconciliables en sus momentos decisivos, de salto de la cantidad a una nueva calidad. Es entonces, con el surgimiento de lo nuevo, cuando se pone a prueba la veracidad o el error de las teorías anteriores. La dialéctica sostiene que es el criterio de la práctica el que decide, en última instancia, la corrección o falsedad de

una teoría, la que fuera. En el ámbito de la sociedad, las contradicciones que no tienen solución en el marco establecido porque éste depende precisamente de la pervivencia de esa contradicción --la explotación del proletariado por la burguesía, la opresión nacional y de sexo-género, etc.-- sólo pueden dar un salto cualitativo por medio de la violencia revolucionaria, y sólo pueden mantenerse dentro de lo estático, sólo puede mantenerse esa explotación, opresión y dominación, mediante la violencia represiva como último instrumento.

Una vez que la lucha de contrarios llega a un punto crítico de no retorno, de salto a lo nuevo, de bifurcación o fracaso, en estos momentos es cuando todo el pensamiento anterior es puesto a examen, al veredicto de la práctica social. No existe otra posibilidad una vez que se ha llegado a ese momento crítico. Antes, mientras sólo se producen aumentos de cantidad de tensiones, problemas y crisis aisladas y parciales, las teorías no son cuestionadas en su totalidad sino sólo en aquellas partes cuestionadas por las crisis específicas, pudiéndose intervenir sobre ellas mejorándolas en su aislamiento relativo y analítico salvando la situación en su conjunto. Pero una vez superada esta fase de agudización, las crisis devienen en totales, en sistémicas y estructurales porque su síntesis supera en calidad a la suma de sus partes aisladas. La violencia aparece entonces como la partera de la historia y por ello es entonces cuando las teorías anteriores son confirmadas o negadas. La dialéctica permite comprender esta dinámica críticamente y, a la vez, realizar la autocrítica de quienes se han equivocado. Por eso es obligado volver a ella, porque no hay otro método capaz de hacerlo.

Ahora bien, y aquí llegamos a la segunda constante, la vuelta a la dialéctica nunca se realiza en las condiciones del pasado, de lo ya sabido, sino en la doble tensión entre recuperar el método dialéctico y a la vez hacerlo en condiciones nuevas, diferentes a las del pasado, con lo que las preguntas e inquietudes, las necesidades, son nuevas. O sea, la tensión creativa consiste en el doble y a la vez simultáneo proceso de, por un lado, recuperar la valía esencial y permanente de la dialéctica y, por otro lado, a la vez, hacerlo desde y para preguntas y necesidades que han surgido en una situación nueva, que supera y desborda a la anterior. Esta es una constante obligada al método dialéctico que siempre se mueve en el proceso permanente de interacción entre lo viejo y lo nuevo. Por esto, los marxistas que vuelven a la dialéctica no dudan en releer todo lo anterior pero buscando profundizar en aquellas partes de su contenido que aún no habían podido desarrollarse creativamente, descubrir el método de aplicación práctica de sus principios a la luz de las nuevas contradicciones y, lo que es decisivo, enriquecer y ampliar el método con nuevas aportaciones que sólo podían realizarse con el previo desarrollo de las contradicciones objetivas. La segunda lectura de Hegel por Marx y Engels fue así mucho más profunda y abarcadora que la primera; del mismo modo que la segunda lectura de Mar y Engels, y de Hegel, por Lenin también lo fue, y así sucesivamente. Cada nueva experiencia histórica que supera y critica a la teoría anterior añade preguntas nuevas que sólo pueden encontrar respuesta si la vuelta al método llega a un nivel de mayor profundidad que el alcanzado anteriormente por la teoría superada. La radicalidad, es decir, el llegar a la raíz del problema, se confirma cuanto más escarba en las raíces de fondo, descubriendo contenidos anteriormente inaccesibles.

2.3.- LA DIALÉCTICA COMO ARMA SIEMPRE NUEVA

Un arma es un instrumento que sirve para defenderse y atacar, o viceversa. Un arma revolucionaria es un instrumento que sirve para avanzar en la revolución y para defenderla. No es imprescindible que sea un arma física, puede ser y de hecho es intelectual, teórica, pero toda arma intelectual, toda teoría, se convierte en fuerza material cuando prende en la conciencia de las masas y, sobre todo, cuando a partir de entonces el arma de la crítica da paso a la crítica de las armas. Por tanto, la pregunta tan frecuente y común sobre para qué vale la dialéctica, como si previamente a cualquier cosa ésta tuviera que demostrar una valía metafísica, esta pregunta carece de sentido como también carece de sentido preguntar para qué vale el arma de la resistencia a quien sufre explotación, opresión y dominación. Se resiste porque se tiene conciencia de lo que se sufre y se usa la dialéctica porque se piensa sobre esa explotación y se actúa para superarla.

Es la praxis la que es dialéctica, y esta dialéctica, en cuanto praxis, termina por prender en la conciencia de las masas apareciendo su esencia de arma revolucionaria. La conciencia de que se sufre explotación está unida a la característica de la dialéctica como método de conocimiento revolucionario, por lo que nos extenderemos posteriormente en este proceso. Ahora debemos desarrollar más en extenso la naturaleza de instrumento activo de la dialéctica para destruir el orden existente. Las leyes de la dialéctica han emanado, como veremos luego, de la doble e interactiva tarea de generalizar y concreta a un nivel preciso las experiencias sociales que ha ido obteniendo la especie humana a lo largo de su evolución.

En el plano de las contradicciones sociales, la humanidad trabajadora, mal que bien, con muchas dificultades, retrocesos y estancamientos, ha ido acumulando determinadas interpretaciones de la realidad social siempre en lucha y oposición con las interpretaciones construidas por las minorías dominantes. Desde los primeros datos disponibles al respecto, existen en todas las culturas, en general, dos grandes corrientes enfrentadas: la que afirma que el sistema establecido es justo y la que afirma que es injusto.

La primera sostiene que siempre ha sido así, que es voluntad de los dioses o de los espíritus, o de la naturaleza humana, y que por tanto no tiene sentido combatir ese orden establecido, sino a lo sumo sólo reformarlo un poco.

La segunda sostiene lo contrario, que la injusticia debe ser superada y que mientras esto no se logre seguirán reproduciéndose conflictos de todas clases. A lo largo de la historia de la propiedad privada de las fuerzas productivas, estas dos corrientes opuestas han ido transformando según las formas y contenidos de esa propiedad privada en los diversos modos de producción, pero se puede rastrear fácilmente un hilo interno que recorre ambos criterios. Marx decía que uno de sus héroes era Spartacus, el dirigente de la mayor rebelión de los esclavos en Roma. Desde que existe la explotación y al margen de las diferencias innegables entre la lucha de clases de entonces y la de ahora, se mantiene pese a todo una identidad entre todas las clases explotadas. Esta es la primera lección teórica de la dialéctica materialista como arma revolucionaria.

La segunda lección sostiene que la violencia ha jugado un papel cualitativamente superior al pacifismo tanto en la superación histórica de la explotación como en la mejora de las condiciones de explotación. Si bien la rebelión de los esclavos fue ahogada en un baño de sangre, sin embargo al poco tiempo los esclavistas romanos debieron suavizar la explotación inhumana. Nunca lo hubieran hecho sin aquella lucha. La dialéctica expresa la experiencia de las masas oprimidas al respecto, y la eleva al rango teórico: la violencia es la partera de la historia y si bien hay algunas experiencias de mejoras sociales obtenidas por métodos pacíficos hay que decir que, por un lado, son las mínimas, pocas gotas de agua en los océanos de las luchas; y, por otro lado, que esas gotitas muy frecuentemente han sido facilitadas por la astucia preventiva y reformista de algunas fracciones de las clases propietarias, astucia destinada a cambiar algo insustancial para que no cambiase nada sustancial. El reformismo, que siempre ha existido bajo muchos ropajes, absolutiza estas muy reducidas experiencias, las saca de contexto sociohistórico y las eterniza, mientras niega la contundente lección histórica sobre el fracaso del pacifismo. Muchas clases propietarias han comprendido que el reformismo puede mantenerse como eficaz instrumento de alienación y poder si dividen a las masas explotadas, si crean en su seno nuevas estructuras de injustita o si refuerzan y adaptan otras antiguas. La explotación patriarcal y nacional, y el racismo, entran en estas tácticas, lo que nos permite pasar a la tercera lección de la dialéctica como arma revolucionaria.

La tercera lección de la dialéctica sostiene que la explotación de la mujer fue la "primera división en clases", el acto explotador inicial a partir del cual se desarrollarían, en términos generales, el resto de dominaciones, opresiones y explotaciones. Este "acto" que resume un largo período evolutivo, consistió en la transformación de la mujer en un polivalente, especial y cualitativo instrumento productivo, el único que puede crear fuerza de trabajo en su esencia biológica, además de otras formas de trabajo, desde el afectivo y emocional una vez mercantilizado directa o indirectamente, hasta el sexual, pasando por el resto, el agrario, industrial, doméstico, etc. Muy pronto, la minoría propietaria se dio cuenta que los hombres explotados olvidaban su situación real, se solidarizaban con los hombres explotadores y se comportaban sumisamente bajo su dominio si, por debajo de ellos, existían mujeres a las que oprimir globalmente, sobre las que descargar todas las rabias, frustraciones e impotencias de los hombres explotados que no se sublevan contra los hombres explotadores.

De este modo, además de las ganancias económica directamente obtenidas por la explotación de la mujer, el patriarcado aseguraba también al orden social dominante el colaboracionismo de los explotados, medios de desagüe de las tensiones sociales, sumideros por los que descargar el malestar de los hombres explotados, etc. Así se explica la interacción de causas parciales que ha motivado el que todos los sucesivos modos de producción existentes hayan logrado una efectiva simbiosis entre el patriarcado anteriormente existente a ellos y los nuevos intereses de explotación de la nueva clase propietaria en ascenso. También explica esto el que el patriarcado fuera recuperando sus fuerzas en la medida en que degeneraban las revoluciones socialistas al ir creciendo las castas burocráticas, y que el patriarcado sea, junto con la propiedad privada de las fuerzas productivas, los dos fundamentales objetivos restauracionistas impuestos por la definitiva transformación de la casta burocrática en clase burguesa.

La cuarta lección histórica que se ha sintetizado en la dialéctica como arma revolucionaria concierne a lo anteriormente visto sobre el efecto alienante y paralizador de tiene en las masas trabajadoras la opresión de otras naciones. Invadir a otros pueblos, saquearlos, quitarles sus mujeres, sus jóvenes y su ganado, imponerles tributos e impuestos, obligarles a participar en los ejércitos del pueblo invasor, tener rehenes suyos en el país invasor como garantía para que no se subleven, obtener el colaboracionismo con el invasor de la minoría rica del pueblo invadido, etc., son tácticas antiguas y nuevas, constantes, desde que empezaron a crearse los poderes territorializados y centralizados mediante un aparato estatal por embrionario que fuera. Esta lección se sustenta, refuerza y confirma a las anteriores porque la causa de la opresión nacional es la búsqueda de riquezas y beneficios de todas clases; porque la explotación nacional permite mejorar en algo la suerte de las masas del pueblo explotador, y porque las naciones oprimidas apenas han conquistado su independencia por métodos pacíficos, excepto en muy contados casos en los que, por lo general, previamente se ha hundido y desintegrado el Estado que les ocupaba y explotaba. Si el pacifismo ha fracasado en la lucha contra la propiedad patriarcal y privada, también ha fracasado contra la propiedad nacional, es decir, contra los ocupantes que se han apropiado del pueblo invadido.

La quinta lección que ha sintetizado teóricamente el método dialéctico aplicado a la historia humana consiste en que la naturaleza, la tierra y todos sus recursos, ha sido sometida a una sobreexplotación creciente, que se ha agudizado bajo el modo de producción capitalista. La mercantilización de la naturaleza surgió desde el momento en que la tierra se convirtió en propiedad privada tanto de pequeños agricultores como de la monarquía, Iglesias, etc, conviviendo durante muchos siglos con la propiedad comunal y colectiva, de la que aún quedan restos sometidos a implacables agresiones privatizadoras. Una de las razones del expansionismo era y es la adquisición de tierras con cualquier método, siendo la guerra de conquista el más frecuente. La mercantilización de la naturaleza es total ya con el capitalismo pues ha integrado la vida misma en la acumulación de capital mediante la industrialización del código genético y la biotecnología. Muy embrionariamente este proceso ya estaba dado en la mejora empírica de los rebaños y de las semillas, de la agricultura y de la piscicultura, etc., pero con el capitalismo ha sufrido un salto cualitativo. Simultáneamente a esta expansión, ha ido multiplicándose la incidencia destructoria de las sociedades sobre la naturaleza, y también en este problema la agresión se ha multiplicado exponencialmente con el capitalismo.

La **sexta lección**, y como en todas las anteriores, la dialéctica ha descubierto una constante que las recorre y que radica en la producción social del excedente colectivo. ¿Qué es el excedente? Es el producto sobrante tras el consumo necesario; es lo que sobra del producto del trabajo humano tras gastar lo necesario para reponer la fuerza de trabajo humana agotada en dicho proceso de trabajo. Por ejemplo, existe un sobrante de alimentos, un excedente alimentario que se almacena para más adelante, cuando tras todo el consumo colectivo sobra una parte grano, carne, aceite, frutas, pescados, etc., del total que se obtuvo anteriormente. Pero lo fundamental del excedente es que tiende a expresarse en tiempo libre, de descanso, de no trabajo necesario o, si se quiere, de tiempo para

dedicarlo a otras formas de trabajo no directamente productivo o improductivo, como el arte, la cultura, la filosofía, etc. O, como afirmara con toda razón Engels, que tiende a transformarse en placer y en la producción de nuevos placeres una vez satisfechas las necesidades primarias. Luego, al analizar la dialéctica como creatividad artística, volveremos a esta cuestión.

El primer excedente decisivo fue el de disponer siempre de una reserva de población joven que garantizara la supervivencia del colectivo humano en las duras condiciones primitivas. Por esto mismo, mientras las fuerzas productivas estuvieron constreñidas por la inexistencia de la revolución industrial, es decir, en las sociedades recolectoras y cazadoras, de agricultura itinerante, y agrarias, durante esos cientos de miles de años, fue tan decisivo el papel de la mujer. Luego, cuando pese al poco desarrollo productivo pero con la aparición de la guerra, con la victoria del patriarcado en suma, la mujer fue convertida en uno de los productos excedentarios fundamentales que servía a la vez como moneda de cambio.

El reparto colectivo, público y social del excedente, o su apropiación privada individual es y ha sido una cuestión crucial en toda sociedad basada en el limitado desarrollo de las fuerzas productivas, sobre todo en el capitalismo, en el que el enorme potencial productivo social está estructuralmente limitado por la propiedad privada, por la apropiación privada del grueso del excedente a manos de la clase burguesa. Desde las luchas sociales más pequeñas hasta las grandes revoluciones, y desde las represiones más cotidianas hasta las contrarrevoluciones más asesinas e inhumanas, tienen sus raíces en la apropiación privada del excedente social. Ya fuera de forma idealista o materialista, metafísica o dialéctica, utópica o científica, esta escisión social y sus efectos devastadores laten o bullen en las culturas humanas concretas y en la cultura humana en general. La dialéctica materialista, formada a partir del movimiento revolucionario anticapitalista y comunista, ha extraído estas lecciones eminentemente prácticas de toda la experiencia anterior, pero sólo ha sido posible hacerlo cuando el antagonismo entre las clases ha llegado al extremo con el modo de producción capitalista.

Únicamente con el desarrollo del capitalismo se sentaron las bases materiales para que el pensamiento humano pudiera conocer la profundidad y el alcance de las contradicciones inherentes a la explotación de la fuerza de trabajo humana. Tal logro era imposible en modos de producción anteriores, aunque sí se lograsen aproximaciones crecientes pero parciales e inconexas. A la vez, alcanzado ya el nivel teórico preciso, la dialéctica ha demostrado que el capitalismo no tiene otra alternativa que el comunismo, es decir, que el capitalismo es el último modo de producción basado en la propiedad privada de las fuerzas productivas lo que no quiere decir que el comunismo esté automáticamente asegurado. No. En el nivel de las contradicciones sociales, la superación de la propiedad privada viene dada por la intervención consciente de la humanidad trabajadora. Si esta no se produce o es derrotada el capitalismo se perpetuará en sus peores formas de explotación y el dilema socialismo o barbarie será --lo está siendo ya-- superado y confirmado por el de comunismo o caos. Las leyes del método dialéctico explican esta evolución tendencial en la que es decisiva la consciencia humana.

3.- LA DIALECTICA COMO MÉTODO DE CONOCIMIENTO

El planeta Tierra es una mota infinitesimalmente enana de materia flotando en la

inmensidad abrumadora del Cosmos, sometida a las regularidades ciegas del Universo como realidad objetiva preexistente a la especie humana, de la que ha nacido, a la que pertenece y en la que se desintegrará en su forma actual para generar nuevas formas de materia. Esta afirmación es una verdad objetiva y absoluta, innegable, que constituye la base de la dialéctica como método de conocimiento y transformación de la realidad. A lo largo de sus millones de años de existencia, la Tierra ha sufrido cambios bruscos y súbitos dentro de largos períodos de lenta transformación, tan lenta que apenas es perceptible si se carece de un instrumental científico adecuado. Con los datos hoy existentes podemos certificar las extinciones masivas del Cámbrico-Ordovícico de hace 488 millones de años. Luego, hace 444 millones de años, se produjo la extinción masiva de especies del Ordovícico-Silúrico. Hace 360 millones de años se produjo la extinción masiva del Devónico. La extinción masiva del Pérmico-Triásico se produjo hace 251 millones de años, siendo la más catastrófica de las ocurridas hasta ahora. 200 millones de años antes de nosotros se produjo la extinción masiva del Triásico-Jurásico, y tan sólo hace 65 millones de años, la del Cretácico-Terciario.

Extinciones masivas porque desaparecieron en poco tiempo, tiempo a la doble escala planetaria y cósmica, cantidades impresionantes de especies vegetales y animales. Pero la naturaleza siempre terminó recuperándose más o menos tarde de las seis extinciones masivas, apareciendo nuevas plantas y animales sobre los restos de las anteriores ya extintas. Hoy sabemos que existe agua en otras partes del Universo así como otros componentes imprescindibles para lo que denominados “vida”, por lo que es probable que existas algunas formas de esta forma de “vida” en otras partes del universo. Dos son las razones básicas de todas las extinciones masivas anteriores: el movimiento de la materia en la Tierra, causa endógena, y el movimiento de la materia en el Universo, causa exógena. Ambas dos razones son a su vez internas al Cosmos en su conjunto, como unidad material del Universo siempre en cambio y movimiento. Es decir, podemos y debemos hablar de una dialéctica de la materia, de la naturaleza. Actualmente está acelerándose una séptima extinción masiva, la causada por el destrozo del equilibrio inestable y transitorio de la naturaleza terrestre y del agotamiento de su capacidad de reciclaje natural y de carga de productos no naturales, contaminantes, productos que son mercancías fabricadas por el modo de producción capitalista en su inmensa mayor parte. Esta séptima destrucción masiva tiene, por tanto, causas diferentes a las seis anteriores aunque también es una causa inserta en la dialéctica de naturaleza pero con una cualidad nueva.

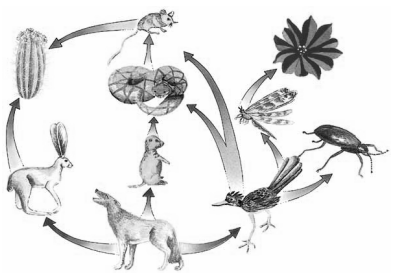
Siendo cierto que la capacidad de pensamiento “racional” de la especie humana es la forma más elaborada de la evolución ascendente de lo simple a lo complejo inherente a la materia, o sea, que seguimos dentro de la dialéctica de la naturaleza, no es menos

cierto que el pensamiento humano es una cualidad nueva inexistente con anterioridad, al menos en la Tierra. Siendo cierto que en la evolución de la vida se aprecia una ascenso progresivo en formas de "pensamiento", también lo es que el pensamiento específicamente humano es diferente en calidad al de otras especies con las que, sin embargo, nos distancia sólo una diferencia de poco más del 1% del total de genes. Es decir, una tan pequeña parte cuantitativa significa un salto cualitativo tan sorprendente como la capacidad de crear arte y ciencia, pero también muerte generalizada y una nueva extinción masiva, incluida esta vez la de la propia especie humana bien como efecto de una guerra total, atómica, química, bacteriológica, etc., como con el uso de todas las fuerzas destructivas creadas por el capitalismo, y después de forma defensiva, por algunos países. El socialismo marxista del siglo XIX ya avanzó la idea sorprendente e incomprendida en su época que de que podía producirse la "mutua extinción" de los bandos en lucha; luego, Rosa Luxemburgo teorizó muy correctamente el por qué del dilema "socialismo o barbarie" y desde el último tercio del siglo XX, a raíz de los incuestionables datos sobre los efectos destructores del "invierno nuclear" y de otras catástrofes asociadas al irracionalismo capitalista, se avanzó en la teorización del dilema entre "comunismo o caos". Semejante interacción destructiva del capitalismo sobre la naturaleza confirma la dialéctica de la totalidad en sus expresiones tendenciales más incontrolables. O sea, dentro de la dialéctica de la naturaleza y por su propia dinámica interna ha surgido un componente nuevo inexistente en la anterioridad y que, a su vez, se presenta con dos formas específicas analíticamente diferentes: la historia de la humanidad en sus sucesivos modos de producción y formaciones económico-sociales, y la historia del pensamiento humano en cuanto tal. La primera es la dialéctica de la sociedad, y la segunda es la dialéctica del pensamiento. Podemos, así, afirma la interacción objetiva y subjetiva de las dialécticas de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento. La teoría marxista del conocimiento parte de esta verdad que ha sido confirmada por la evolución posterior.

3.1.- DIALECTICA ENTRE PRAXIS Y REFLEJO

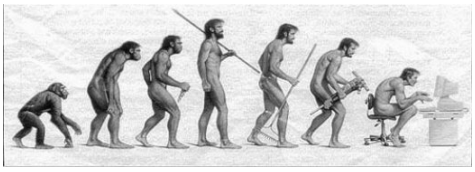
La autogénesis de la especie humana se ha realizado gracias a la dialéctica permanente entre la mano con el cerebro, la acción con el pensamiento, la práctica con la teoría. Es decir, la praxis. La mano y el cerebro se unen porque están en movimiento, en devenir, lo que les plantea problemas a los que enfrentarse, que deben resolver. Se unen, además, para estar en movimiento por las necesidades de supervivencia y estas necesidades les obligan previamente a unirse. No existe causa-efecto en el sentido mecanicista y lineal de "primero" y "después", sino un proceso permanente en su totalidad, dentro del cual el cerebro y la mano deben unirse y separarse, separarse y unirse con diferentes intensidades, prioridades y objetivos. Dos cosas diferentes pero unidas como son la inteligencia y el conocimiento son incomprensibles sin esta fusión permanente y activa entre la mano y el cerebro. A largo plazo y en última instancia, en la praxis el papel decisivo lo lleva la acción y luego, siempre desde una perspectiva amplia, totalizante y sistémica de la historia, la teoría. Por esto hay que decir que en el principio no fue el verbo, como dicen los cristianos, sino la acción, como decimos los materialistas; y después la teoría. En la praxis no existe la inmovilidad, la quietud; tampoco el aislamiento ni la estanqueidad entre la mano y el cerebro.

Inserto en este proceso de interacción entre el cerebro y la mano, está el conocimiento y el lenguaje, que en el tema que ahora nos concierne, es la síntesis de ambos instantes de la praxis. Sin el conocimiento la praxis no existiría por la simple razón de que no sólo no habría abstracciones teóricas, sino que tampoco habría manos físicas, es decir, esos dos maravillosos mecanismos prensiles, articulados y extremadamente precisos y exactos. Son tan complejos que aprender su funcionamiento normal exige a la especie humana decisivos años de educación intensiva, sobre todo educación colectiva desarrollada bajo las presiones del entorno. Este punto es decisivo para la dialéctica materialista por dos razones fundamentales: Primero, la forma física externa, el cuerpo y sus extremidades, se han formado sistémica e integralmente como unidad en proceso evolutivo en la que el cerebro y las manos han evolucionado en la propia autogénesis de la especie. Segundo, ha sido y seguirá siendo una autogénesis colectiva, no individual, lo que significa que el desarrollo del conocimiento, la praxis misma, es ante todo un proceso colectivo. Existe un componente individual en la educación y en el aprendizaje del uso de las manos, pero lo determinante es el contexto social. La presión del entorno no es otra que la interacción entre, por un lado, la necesidad de obtener exoenergías para vivir, o sea, el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, y, por otro lado, las particularidades de las relaciones sociales de producción internas al colectivo, o sea, su forma de coordinación social con sus diferencias o contradicciones diversas.



El desarrollo del conocimiento humano en cuanto componente de la praxis depende de estos factores que, a su vez, están bajo la presión de dos realidades objetivas diferentes pero en estrecha interacción. Una es la existencia previa e incondicional del mundo material exterior. Diversas corrientes idealistas han intentado negar explícitamente esta realidad material exterior, y el

agnosticismo es la forma más contradictoria de negarlo implícitamente sin atreverse a hacerlo explícitamente. Pero es absurdo negar la objetividad previa del mundo material exterior, sobre todo para el solipsismo que, al final, debe renegar de su misma existencia. La otra presión es la ley tendencial de la economía de medios, o ley del ahorro de energía o del mínimo esfuerzo, que está presente en su objetiva tendencialidad en toda la naturaleza orgánica. Es una ley tendencial que actúa entre muchas contratendencias, excepciones y negaciones, pero objetiva a medio y largo plazo pues, a la larga, tanto en la cadena trófica como en la pugna o colaboración por la obtención de exoenergías, su dilapidación o consumo excesivo merman considerablemente las aptitudes de supervivencia y de las especies o individuos que desprecian el equilibrio entre el aporte y el consumo energéticos. La realidad objetiva de esta ley de economía de trabajo y tiempo, en suma, es tal que se hace presente en la historia del conocimiento humano, en la historia del lenguaje y de la escritura, y en la propia historia de la teoría del conocimiento, es decir, de la gnoseología o epistemología. En un mundo de recursos energéticos finitos, la totalidad de las formas de vida existentes en su interior debe responder a esa finitud que, más temprano que tarde, se plasma en forma de escasez de recursos vitales.



La teoría del conocimiento de la dialéctica materialista parte de la interacción permanente dentro de la totalidad existencial de este doble componente: por un lado, la objetividad del mundo exterior y la objetividad de la finitud energética con el actual desarrollo tecnocientífico, lo que exige su ahorro, y por otra parte y simultáneamente en cuanto a la autogénesis humana, la praxis entre la mano y el cerebro siempre bajo las presiones objetivas del punto anterior y en marco sociohistórico concreto del grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción. La teoría de la conciencia como "reflejo" activo y adaptativo de una parte la realidad objetiva ante ella misma, tan vilipendiada como incomprendida, se basa en lo anterior, y sostiene que el "reflejo" es tanto el rastro que deja el mundo exterior en la materia inorgánica como la interacción con el mundo exterior de las especies y plantas de la materia orgánica. Un ejemplo del "reflejo" es la marca dejada en una piedra por un trilobites, o la pisada de un dinosaurio en barro petrificado, o la misma deriva de los continentes con los rastros que ello deja, desde la aparición de cordilleras gigantescas hasta la desaparición de inmensos océanos. Son "reflejos" de la realidad material objetiva en movimiento sobre partes concretas de ella misma.

Para la dialéctica materialista el "reflejo" expresa los efectos de la interacción de los procesos que, independientemente de lo que nosotros ahora veamos y pensemos, existían con mucha antelación a nuestra especie. Un ejemplo incontrovertible al respecto lo tenemos en las sucesivas catástrofes y extinciones masivas acaecidas en la Tierra, a las que nos hemos referido antes y que se explican sólo desde la visión del universo material como un todo objetivo con una unidad interna preexistente a nosotros. Las destrucciones masivas no acabaron con la tendencia inherente a la materia a su autoorganización ascendente y diversificadora, que se inicia en el caos, dentro de él, y aumenta en complejidad y en diversidad abarcando más y más espacios conforme ella misma crea más y más realidades nuevas. Los catastróficos cambios globales, los cataclismos de magnitudes tales que solamente con los conocimientos actuales podemos empezar a conocer, no abortaron irrevocablemente esta evolución hacia la complejidad más diversas, como sí ha ocurrido en otros planetas, sino que debido a una muy

concreta dialéctica entre el azar, la posibilidad y la necesidad, permitieron su reinicio en condiciones cualitativamente diferentes, lo que a su vez generaba diferentes formas evolutivas que eran luego de nueva destruidas para dar inicio a otras también diferentes en su calidad. Negar esta dialéctica de la naturaleza es retroceder al peor de los idealismos.

La teoría del "reflejo" es parte imprescindible a esta visión científico-crítica de la materia universal porque explica, entre otras muchas cosas, la base sobre la cual el pensamiento surge de la materia, reacciona ante esta desde su mismo interior, hasta terminar enfrentándose a ella, como veremos posteriormente. En la naturaleza orgánica, la evolución ascendente de lo simple a lo complejo, el surgimiento de la biodiversidad y de lo nuevo, el aumento en cantidad de las diferentes especies vegetales y animales, etc., responde tanto a los principios de emergencia de lo nuevo y autoorganización inherentes a la materia, como a su respuesta mediante reflejos adaptativos a la limitación y finitud de recursos energéticos disponibles en la materia preexistente. Antes de que existiera la especie humana ya existían especies vegetales y animales que reaccionaban ante los cambios objetivos con respuestas perfeccionadas con el tiempo; y existían rudimentos de lenguajes guturales y corporales imprescindibles para la vida de esas especies animales, las que fueran. El antropocentrismo, una forma de racismo humano hacia la naturaleza, nos ha llevado a despreciar e ignorar los apabullantes datos sobre múltiples formas de reflejo existentes mucho antes de nosotros. Conforme ascendemos en la escala evolutiva descubrimos especies animales que han creado rudimentos de lenguaje básico relacionados con la supervivencia y con la obtención de recursos energéticos. Ambos nos remiten siempre e inevitablemente a la existencia de un mundo objetivo que con sus presiones impone a las especies el desarrollo de formas cada vez más complejas de reflejo adaptativo que, por su parte, influyen sobre otras especies multiplicando la totalidad de presiones exteriores a cada especie y sus necesidades de respuesta.

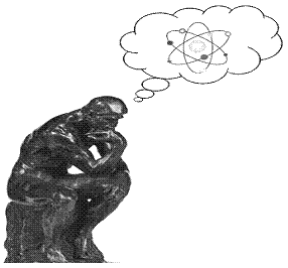
Dentro de esta complejidad ascendente, no tiene sentido obsesionarse en busca una única causa para cada proceso que lo explique todo, ya que en realidad existe una totalidad de interacciones que funcionan unas veces como causas y otras como efectos, y viceversa. Es esta totalidad la que explica que, en determinadas situaciones, las causas sean casuales, es decir, contingencias y azares, hechos fortuitos que sin embargo tienen una legalidad interna a la totalidad dialéctica, de modo que en otro momento pueden saltar de ser casualidad a ser causalidad, y si analizamos esta complejidad objetivamente existente desde la perspectiva de los efectos, que no sólo desde las causas, nos encontramos con la misma dinámica simultánea de transformación de los efectos en contingencias y éstas en causas y en efectos actuantes a la vez según los niveles concretos de la realidad que analicemos. Los fenómenos naturales y la finitud de los recursos energéticos condicionan a las especies animales y a la especie humana, que reaccionan e influyen en menor o mayor grado sobre la primera y sobre ellas mismas, de modo que sus capacidades de reflejo adaptativo y creativo se mueven siempre dentro de esta totalidad objetiva determinada por la dialéctica de la necesidad y de la libertad --sin mayores precisiones ahora sobre este asunto--. Nos encontramos ante la permanente interacción del movimiento de la materia, es decir, de la dialéctica de la naturaleza; del movimiento de la vida desarrolladas en agrupaciones y en especial de la especie humana, es decir, de la dialéctica de la sociedad, y del movimiento del reflejo adaptativo y en el caso humano de la praxis, es decir, de la dialéctica del pensamiento. Dado que el pensamiento es la forma más evolucionada de la materia, nos encontramos, por tanto, siempre dentro de la

dialéctica de la naturaleza. La esencia y razón del ateísmo marxista nace de esta verdad.

La dialéctica como método de conocimiento y transformación del mundo parte de esta realidad incontrovertible que va siendo conocida e investigada cada día más. Por ejemplo, la axiología o teoría de los valores, de las éticas y de las morales, tiene su base remota en la necesidad de todo grupo animal evolucionado, y sobre todo primate y homínido, los más estudiados por ahora, en la confianza y ayuda mutua, en una mínima fidelidad a la hora de pasar información sobre peligros y amenazas, lugares de agua potable y de alimentos, etc. Un grupo que no castigara de algún modo la "mentira" o la abstracción e imprecisión en estas u otras informaciones vitales, estaba condenado a la extinción. Potenciar de algún modo la veracidad informativa en estas cuestiones era imprescindible en un entorno en el que dominaba abrumadoramente la incertidumbre y el riesgo mortal por la débil información disponible sobre la regularidad de los fenómenos. Y cuando un colectivo, el que fuere, empieza a condenar la "mentira" y a premiar la "verdad" es porque, sin teorizarlas, las diferencia empíricamente porque ambas responden y reflejan la realidad objetiva. Y cuando se separa empíricamente la "verdad" de la "mentira" se debe separar las dos del "error" como limitación transitoria de la veracidad del conocimiento, es decir, se crean los rudimentos de la gnoseología o epistemología, aunque se desconozcan estas palabras.

En última instancia, la información veraz sobre la ubicación de recursos alimenticios y agua, sobre zonas de peligro o de seguridad donde establecer la madriguera o el campamento, sobre la proximidad de depredadores conocidos o seres extraños y desconocidos, etc., nos remite al problema de ahorro de energía, de tiempo en desplazamientos y demás, en la búsqueda de esos lugares "buenos" y de la evitación previa o rápida huida de los lugares "malos", así como sobre la "calidad" de los alimentos de que pueden comer y la "cantidad" de ellos disponibles, y otro tanto como respecto a los lugares "buenos" o "malos" para dormir, descansar y permanecer. En suma, nos encontramos ante el embrión del pensamiento racional orientado al ahorro energético, a la maximalización del placer y de la comodidad, del tiempo de no-esfuerzo, y a la minimización del displacer e incomodidad, del tiempo de esfuerzo.

De la misma forma en que lo que ahora definimos como axiología y epistemología nos remiten a las primeras respuestas de reflejo de las especies más evolucionadas, también la ontología surgió empíricamente forzada por las mismas exigencias objetivas ya que cada colectivo debía definirse a sí mismo y a los demás, y definir a la vez al resto de lo exterior, de lo existente fuera de su espacio material y simbólico, sobre todo a lo que resultaba peligroso e inseguro, y a lo que podía haber fuera de lo que alcanzaba el mundo conocido, o sea, lo desconocido. Hablamos por tanto de la definición de lo real, del ser en todas sus expresiones y manifestaciones, de lo que existe dividido en sus múltiples expresiones. Dejando por ahora de lado el posible idealismo o materialismo, metafísica o dialéctica, que pudiera haber en estos primeras demarcaciones empíricas que separaban, delimitaban y definían a los grupos entre ellos y del resto de la naturaleza, lo cierto es que la génesis de lo que más tarde denominamos como ontología apareció bajo la urgencia de concretar las diferencias entre lo exterior y subjetivo de lo exterior y objetivo. Y aunque debemos imaginar que en la práctica cotidiana no existían diferencias entre estos tres componentes precisados teóricamente muchos siglos más tarde, no es menos cierto que ya debía haber una apreciación colectiva de la importancia creciente del conocimiento para la supervivencia del grupo. El descubrimiento de unos restos de persona neandertal mayor, enferma y con poca capacidad de trabajo productivo, pero cuidada con mimo por el colectivo neandertal para evitar su muerte, sugiere que, además de la existencia de valores de amor y solidaridad intragrupal, aquél cuidado de una persona anciana también pudiera deberse a la importancia que ya se concedía al conocimiento adquirido durante su vida y guardado en su memoria.



De la misma forma en que se fueron desarrollando los fundamentos de la axiología, epistemología y ontología, también se formaron empíricamente las bases de las leyes de la dialéctica porque, inevitablemente, sólo un pensamiento móvil puede seguir la velocidad de movimiento de la realidad, y sólo un pensamiento consciente de la contradicción puede penetrar en las contradicciones de lo real y, a la vez, resolver sus propias contradicciones internas. Desde luego que el pensamiento móvil y consciente de la contradicción propia y externa siempre irá por detrás de los movimientos reales de las cosas, pero debemos analizar este problema en su perspectiva histórica, perspectiva que veremos con algo más de detalle en el capítulo siguiente sobre la dialéctica como concepción del mundo. Sincrónicamente expresado, la simultaneidad entre el pensamiento y la contradicción se produce como efecto del reflejo de la dialéctica de la naturaleza en la dialéctica de la sociedad y del pensamiento.

En base a los datos aportados por el método científico-crítico actual es lógicamente insostenible la negación de que la naturaleza está en movimiento e interacción permanente entre sus múltiples partes; es ilógico e insostenible mantener que la vieja tesis de la quietud de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento. Cierto es que la admisión del movimiento y de la interacción no supone el reconocimiento de la dialéctica, pero sí abre la gran puerta para hacerlo ya que de inmediato surge la pregunta sobre cual es la causa del movimiento y la interacción: el automovimiento de la materia por sus leyes propias o cualquier "fuerza" exterior a ella, es decir, la "causa primera" del idealismo. Ya en este debate, la tesis del automovimiento de la materia requiere de conceptos y categorías adecuadas a ello, y sólo la dialéctica puede explicar ese automovimiento y elaborar los conceptos adecuados. El idealismo no puede hacerlo por su misma

estructura dogmática interna que niega la inmanencia del movimiento y de la interacción y sostiene la trascendencia de su causa, de modo que si ésta desaparece se detiene el movimiento que es sólo un simple efecto de la causa primera: “dios te lo da, dios te lo quita”.

3.2.- CATEGORIAS Y CONCEPTOS DE LA DIALECTICA

Individualmente, todas las personas empezamos con las sensaciones que recibimos del exterior mediante los sentidos pero que no pasan de su fase subjetiva mientras no las contrastemos con las demás personas. Sentimos que el sol quema y que la nieve nos hiela, pero no sabemos más que eso hasta que no separamos mentalmente el calor del frío y también mentalmente unimos el calor con el sol y el frió con la nieve. Cuando lo hacemos y separamos el sol y el calor del frío y la nieve, desarrollamos las percepciones de los objetos de la realidad exterior a nosotros. Pero las percepciones nos sirven de poco cu ando queremos refrescarnos ante el calor y calentarnos ante el frío: para lograrlo necesitamos pasar a las representaciones, es decir, al proceso mental que nos permite, por un lado, separar y aislar las sensaciones y percepciones diferentes y luego unirlas en ideas concretas que sintetizan las diferencias que les separan del resto y les identifican sólo a ellas. De lo contrario, sin este trabajo intelectual no sería raro que nos pusiéramos espesos abrigos para enfriarnos cuando hace mucho calor y nos quitásemos toda la ropa para calentarnos cuando hace mucho frío. Si conseguimos sobrevivir a este error y acertamos en el siguiente intento, mejoraremos en nuestro conocimiento. Mas en la realidad social, este ejemplo individual no se realiza nunca sino que siempre es colectivo, lo cual exige introducir otro componente esencial a todo conocimiento: el lenguaje que sirve para contrastar y comparar las diversas sensaciones, percepciones y representaciones individuales en todo momento. En la medida en que este proceso se amplía y se extiende a realidades cada vez más complejas en creciente interacción, en esa medida tenemos que ir recurriendo al uso de las categorías y conceptos que son creados por la experiencia práctica humana tanto en su marco social específico, con sus contradicciones internas, como en su marco natural más amplio, es decir, con las relaciones de dependencia y de agresión a la naturaleza. Las categorías y los conceptos de la dialéctica tienen este doble y a la vez único origen.

Por otra parte, cuando este proceso llega a un momento preciso de duda e interrogación muy comprensible surge una cualidad nueva del pensamiento humano: su contenido social de justicia o injusticia, su contenido de subjetividad en la valoración de la misma verdad objetiva para todos, tema al que luego volveremos. ¿Por qué un grupo de personas tienen más medios que otras para refrescarse en la mitad del calor y calentarse en la mitad del frío? Esta pregunta ya había surgido cuando había que explicar por qué unas personas tenían más comida que otras sufriendo todas ellas las mismas necesidades alimenticias. Independientemente de las respuestas que se dieran a estas interrogantes y a otras idénticas en el fondo, lo que queremos resaltar ahora es que con el aumento de los problemas a resolver, fue surgiendo a la vez una serie de preguntas directas y esenciales que concernían al reparto colectivo o privado de las cosas que resolvían dichas necesidades en cualquiera de sus formas materiales o simbólicas. Sabemos que incluso las religiones hacían y hacen grandes diferencias entre creyentes ricos y pobres, poderosos y débiles, dominantes y dominados. Con el desarrollo de la explotación social estas preguntas penetraron dentro mismo de las religiones y las masas explotadas empezaron a responder ellas a sí mismas sin

esperar a las respuestas dadas por los amos, y sin depender de ellas, o dependiendo cada vez menos. Las utopías revolucionarias empezaron a surgir de este modo en el interior mismo de las subjetividades dominadas.

Como veremos en el capítulo siguiente, la dialéctica materialista sólo podía surgir a raíz de las contradicciones del modo de producción capitalista, aunque la dialéctica fue intuida y embrionariamente desarrollada desde los mismos orígenes del pensamiento humano por la cruda necesidad de responder de algún modo a la previa y objetiva dialéctica de la naturaleza. De este modo, las leyes de la dialéctica se fueron concretando al son de los avances en la experiencia práctica y material de la humanidad, pero, como veremos, dentro de una permanente lucha contra los sistemas dogmáticos dominantes, una lucha mucho más profunda y decisiva que la vulgarización superficial de la tesis de Khun de las "revoluciones científicas". Aquí debemos remitirnos al capítulo anterior y primero sobre la dialéctica como arma para la revolución, porque si bien en las sociedades precapitalistas la dialéctica no podía estar plenamente desarrollada, sí es cierto que las contradicciones dialécticas minaban los dogmas de las clases dominantes preburguesas porque reflejaban las contradicciones sociales causadas por la explotación, como se comprueba a lo largo de la Edad Media europea, o en las luchas sociales en China y en la India, o en las sublevaciones de los esclavos en Roma y Grecia, o en los cada vez más datos sobre las resistencias populares en los imperios maya, azteca e inca, etc. Desarrollado el capitalismo, las leyes de la dialéctica pueden expresarse en su plena vigencia, aunque advirtiendo que con el salto cualitativo que supondrá el comunismo, entraremos en otra realidad social en la que la dialéctica se muestre de otra forma y con un contenido aún más rico. En la Edad Media, por ejemplo, la categoría de materia tenía un sentido más restringido que el que se ha alcanzado con los avances científicos recientes, pero también debido a la fuerza represora del dogmatismo escolástico. La historicidad es una constante en todas las categorías y conceptos.

Las categorías y conceptos que usa la dialéctica han surgido a lo largo de la mejora del pensamiento humano, pero dentro de sus contradicciones, y permiten comprender el automovimiento de la materia en base al desarrollo de sus contradicciones internas. Los conceptos de la dialéctica expresan lo esencial de los fenómenos, sus propiedades estables y sus relaciones con otros objetos; al expresar su esencia y propiedades estables indican su cualidad e identidad, y al expresar sus relaciones con otros fenómenos muestran sus movimientos y sus formas, logrando así una profunda descripción de la realidad. Conforme avanza el conocimiento social, los conceptos se enriquecen, se depuran de los errores y aumentan sus conexiones con otros conceptos. Cuando este proceso se mantiene en el tiempo surgen las categorías filosóficas, que vienen a ser conceptos sintetizados y confirmados por la práctica de generaciones sucesivas que mediante su praxis han confirmado lo básico de las cosas, sus nexos internos y las propiedades generales que operan dialécticamente: materia y movimiento, y espacio y tiempo; calidad y cantidad; contenido y forma, y esencia y fenómeno; causalidad y casualidad, y necesidad y azar o contingencia; realidad, posibilidad y probabilidad; diferencia, choque y antagonismo, y contradicción dialéctica y contradicción irreconciliable; universal, particular y singular, etc.

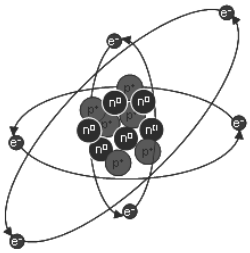
Función decisiva tiene en la dialéctica el concepto y la categoría de contradicción, que se expresa de diversas formas según la naturaleza inorgánica o la orgánica, según la vida natural o la social, según la sociedad no escindida por la explotación y la propiedad privada o la sometida a la lucha de clases, según la lucha de clases

precapitalista o la capitalista, etc. Quiere esto decir que el método dialéctico exige un uso preciso de la categoría de contradicción para cada problema concreto que estudie, no debiendo utilizarse una única definición para todos los casos, en todo momento y bajo todas las interacciones de los procesos. La contradicción es el choque de contrarios, es decir, de componentes internos y esenciales del proceso u objeto que estudiamos que, a la vez, se repelen pero se atraen, se atraen pero se repelen, se excluyen y se incluyen, se separan y se unen, de modo que el problema que estudiamos no tiene solución si esos contrarios unidos y enfrentados no se desintegran mutua y simultáneamente creando una cualidad nueva en base a la capacidad auto regenerativa de la materia y al principio de emergencia de lo nuevo inherente a la naturaleza. Surgida esta nueva cualidad, aparece un nuevo problema con sus nuevos contrarios y contradicciones, que han subsumido e integrado a las viejas pero que han dejado de ser las determinantes y fundamentales. También hay que distinguir las contradicciones internas, las decisivas, de las externas, que influyen desde fuera pero decisivamente.

Pero tanto las internas a un problema como las externas, siempre han de ser integradas en una totalidad superior que las envuelve a ambas, de modo que las externas son a la vez internas si se observan desde una perspectiva más abarcadora e integral. Otro tanto hay que hacer con las antagónicas y no antagónicas; con las fundamentales y no fundamentales; con las principales y con las secundarias, etc., afirmando que no hay fronteras absolutas entre ellas, que se transforman unas en otras, que interactúan y mutan. Además de esto, el método dialéctico recurre también al empleo de pares de contrarios en necesaria acción recíproca como son el análisis y la síntesis, la inducción y la deducción, lo particular y lo general, lo histórico y lo lógico, lo diacrónico y lo sincrónico, lo concreto y lo abstracto, etc., que también sirven como categorías filosóficas en determinados casos. Por último, y además del uso de la analogía, utiliza sistemáticamente la lógica dialéctica con sus conceptos flexibles, polivalentes y abiertos, lógica que está permitiendo una impresionantes exploración de otros campos concretos de la lógica --"lógica borrosa", etc.-- que no podemos resumir aquí. Las categorías y conceptos de la dialéctica, brevemente expuestos, requieren de la práctica y del estudio teórico para ser dominadas, pero viendo la sociedad en su conjunto se trata de un proceso de enriquecimiento y avance científico o empobrecimiento y retroceso según las circunstancias históricas.

3.3.- DESARROLLO DE LAS LEYES DE LA DIALÉCTICA

La primera ley de la dialéctica es la de la unidad y lucha de contrarios unidos y separados a la vez que chocan en el interior del problema que estudiamos. Al excluirse e incluirse en todo momento generan el devenir del problema, su movimiento interno permanente determinado por esa lucha de contrarios unidos. Puede haber instantes de equilibrio inestable pero son los menos, son cortos y generalmente sólo aceleran la posterior agudización de la lucha. En el nivel de la dialéctica de la naturaleza la unidad y lucha de contrarios aparece nítidamente en la atracción y repulsión entre neutrones y protones, con su transformación recíproca, según se aprecia en el desenvolvimiento de la fuerza nuclear débil. En la fuerza nuclear fuerte la interacción de rechazo y atracción de las partículas con sus cuantos de energía. En la fuerza electromagnética la unidad y lucha de contrarios es aún más perceptible y manifiesta en electrones, protones y otras partículas, en el interior del núcleo atómico, entre la materia y la antimateria, etc. Y en la fuerza de la gravedad la unidad y lucha de contrarios se aprecia tanto en los astros y estrellas, en las galaxias y constelaciones, como en el interior mismo de la tierra.



No hace falta seguir poniendo ejemplos sobre la dialéctica de la naturaleza en esta ley concreta, basta con citar su acción en las dos leyes de la relatividad, etc. En el nivel de la dialéctica de la sociedad, esta ley está presente en el interior mismo de la mercancía y de la ley del valor-trabajo, es decir, en el seno mismo de las contradicciones del capitalismo; pero también en la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, entre los pueblos explotados y el imperialismo, entre el patriarcado y las mujeres, etc. En cuanto a la dialéctica del pensamiento, la unidad y lucha aparece crudamente en la afirmación y la negación, en la verdad y en el error, en la tesis y antítesis, etc., contrarios unidos y en lucha imprescindibles para el más nimio y básico acto de raciocinio mental.

La segunda ley de la dialéctica es la del aumento cuantitativo y el salto cualitativo, o ley del desarrollo, que se produce tras una acumulación en cantidad que llega al punto crítico de no retorno, al momento en el que no son factibles más aumentos en cantidad sino que ésta se transforma en algo cualitativamente nuevo, que no existía antes. Sin esta ley no se conocería el por qué del surgimiento de las galaxias, de los soles, de los planetas, de la tierra, de la naturaleza, de la vida, de la especie humana, del conocimiento y del marxismo. La cantidad expresa lo externo, la forma determinada del objeto en su magnitud, volumen, evolución de sus propiedades: los números se inventaron para cuantificar mejor la cantidad de un objeto en un mundo en el que primeramente se apreciaban más las formas y los fenómenos de los objetos diferentes en su calidad, y menos su identidad y esencia interna, proceso que es la base del conocimiento. La cualidad expresa su legalidad interna y su regularidad como proceso estable diferente a los demás, la cualidad es la esencia que hay que descubrir porque se encuentra bajo la apariencia, la forma y la cantidad.

En la dialéctica de la naturaleza, el aumento cuantitativo y el salto cualitativo ha sido una vez más confirmada por la teoría del caos, la teoría de la relatividad, la teoría de la mecánica cuántica, la teoría del genoma, etc. En la dialéctica de la

sociedad, esta ley ha sido confirmada otra vez por los más recientes acontecimientos, tanto positivos, la recuperación de la lucha de clases tras la debacle de la URSS, como negativos, la propia implosión de la URSS que muestra cómo la acumulación de poder en la casta burocrática produce el salto cualitativo a la reinstauración de la propiedad privada pero en un contexto diferente al de 1917, y este "avance para atrás" es coherente con la dialéctica marxista al respecto que defiende la existencia del retroceso histórico, de la derrota y de la caída en la barbarie. En la dialéctica del pensamiento, esta ley se reafirma permanentemente además en todo avance científico y técnico, también y sobre todo en cualquier conclusión nueva, más precisa que la anterior, más acorde con la realidad, conclusión elaborada tras experimentar en la praxis, en la acción y en la teoría, que la verdad anteriormente establecida tiene límites y contradicciones, tiene contenidos de error, de modo que hay que desarrollar aún más la lucha de contrarios unidos, la interpenetración entre el sí y el no, hasta elaborar una nueva verdad más plena, rica en contenido y relaciones con otras verdades, y así hasta un infinito inacabable.

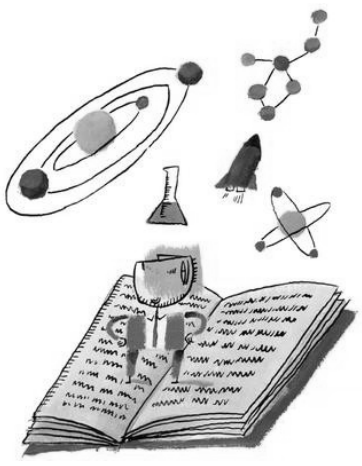
La tercera ley de la dialéctica es la ley de la negación de la negación, que permite comprender algo tan simple como el surgimiento de mil formas diferentes de vida tras la muerte de un cuerpo a partir de sus componentes internos y de la totalidad que envuelve a esa muerte; o la capacidad de creación y recuperación de las masas explotadas tras ser vencidas por los explotadores en una lucha social, o el mantenimiento de los antiguos saberes y conocimientos superados dentro de un conocimiento nuevo y más acorde con la realidad. El secreto radica en el concepto dialéctico de "negación" que implica tres acepciones interrelacionadas: una, supresión de lo negativo existente en lo anterior; otra, integración de lo positivo existente en lo anterior, y por último, superación sintética en lo nuevo creado que es superior a lo anterior pero que no lo anula del todo, dogmática e inflexiblemente, sino que lo subsume como parte del nuevo todo recién creado.

El nuevo todo es lo fundamental y las partes anteriores son secundarias pero válidas en su concreción supeditada al todo. En la dialéctica de la naturaleza la teoría del caos, por poner un solo ejemplo, muestra perfectamente el desenvolvimiento de esta ley. En la dialéctica de la sociedad, esta ley se confirma día a día en la enorme capacidad de los pueblos agredidos por el imperialismo para ir creando nuevas condiciones de resistencia y avance partiendo de la reutilización de lo viejo con criterios nuevos y dentro de una estrategia emancipadora nueva. En la dialéctica del pensamiento, esta ley se practica día a día sobre todo de forma automática e inconsciente por todos los seres humanos cuando no tienen más remedio que resolver problemas nuevos y más complejos con los antiguos saberes y conceptos, claramente obsoletos y superados por el movimiento de lo real.

Debido a la propia naturaleza de la dialéctica materialista, hay que prestar especial atención al avance del conocimiento que irá formulando nuevas leyes dialécticas que añadir a estas tres ya existentes, a la vez que las mejora y supera. Se ha discutido si la permanente interconexión de los procesos es una cuarta ley, y Lenin no dudó en afirmar que pueden citarse hasta 16 elementos de la dialéctica. Se ha definido a la dialéctica como un "método abierto" porque permite la integración de nuevos conocimientos, pero es algo más que eso porque lo "abierto" da sensación de una puerta abierta pero estática que se limita a dejar pasar al conocimiento nuevo desarrollado en el exterior, extra muros de la dialéctica misma. No es así. La dialéctica está dentro mismo de todo proceso de conocimiento, actuando en su

interior aunque el sujeto que realiza el conocimiento no sea consciente de ello debido a situaciones objetivas y subjetivas precisas. La dialéctica conscientemente aplicada potencia el desarrollo crítico del conocimiento concreto y su permanente integración en otro superior, en el de las propias leyes generales del movimiento de la materia, de la sociedad y del pensamiento.

Partiendo de aquí, cabe plantear la discusión sobre si podemos clasificar como ley de la dialéctica a la ley del desarrollo desigual y combinado, que empezó a intuirse en la época de la Grecia clásica pero sólo pudo tomar cuerpo teórico cuando la lucha de clases adquirió verdadero sentido mundial bajo las resistencias crecientes de los pueblos al colonialismo y al imperialismo a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y cuando se comprobó cómo se confirmaban algunas sorprendentes y significativas tendencias teóricas a desarrollar dejadas por Marx y Engels, que no pudieron profundizar en ellas. Hay que decir que las enormes presiones en contra sufrida por la dialéctica materialista han dificultado sobremanera el estudio científico-crítico imprescindible para mantener actualizada a la dialéctica. Basta recordar el desprecio de la socialdemocracia positivista desde finales del siglo XIX a todo lo que oliera a hegelianismo, o la sorprendente ligereza intelectual con la que autores de la talla de Lukács y otros hablaron algo así como un "positivismo engelsiano" arremetiendo contra la dialéctica de la naturaleza, y lo mismo que la reducción de la dialéctica --y de Hegel-- a una simple máquina programada para loar y justificar a la burocracia estalinista y su consiguiente silenciamiento del "joven Marx", o al reformismo eurocomunista que cacareó estos tópicos y los aireó con el estructuralismo althusseriano, o el desprecio del postmodernismo a la dialéctica porque ésta sostiene el principio de totalidad cognoscible y transformable, o actualmente el resurgir de un irracionalismo abarcador en el que cabe desde el creacionismo hasta el fascismo, pasando por el esoterismo y toda serie de fundamentalismos e integrismos. Bajo estas presiones resultaba muy difícil elaborar una nueva ley dialéctica.



La ley dialéctica del desarrollo desigual y combinado sostiene que en todo proceso los ritmos de sus partes son desiguales pero que, en su desigualdad, existe una media combinada que sin embargo no garantiza que los diversos ritmos de las partes diferentes del proceso incidan en el resultado último, acelerándolo o retrasándolo. El lenguaje técnico tiene muchas expresiones para referirse a esta ley pero sin nombrarla explícitamente y dejando de lado su contenido dialéctico: "término medio", por ejemplo, se refiere a la media ponderada y combinada de las desigualdades de las medidas de las partes diversas del proceso total del que se trate, y la "anomalía", es decir, la dialéctica, surge cuando una medida es tan desigual y tan persistente en su desigualdad que puede romper el proceso entero, abriendo otro nuevo. Por eso, en epistemología se sabe que muchas grandes novedades han surgido de pequeñas "anomalías" y desigualdades que rompían el carácter combinado de su proceso original. En la dialéctica de la naturaleza, esta ley se muestra fehacientemente en la evolución de las especies. En la dialéctica de la sociedad, esta ley muestra cómo pueblos "atrasados" pueden superar etapas a las que estaban condenados a sufrir según el mecanicismo antidialéctico, y pueden igualar y adelantar a otros pueblos más "avanzados". En la dialéctica del pensamiento,

esta ley muestra cómo una rama del conocimiento puede estancarse o acelerarse súbitamente en determinadas circunstancias, y cómo una persona puede aprender rápidamente sin tener que pasar por un largo y monótono proceso oficial de aprendizaje.

3.4.- LOGICA FORMAL Y DIALECTICA ESPONTANEA

Las leyes de la dialéctica, por lo que hemos visto, chocan abiertamente con la visión mecanicista y parcial que aún subsiste en sectores de la ciencia, aunque en retroceso, y en la inmensa mayoría del pensamiento formal. Según esta visión, toda realidad o problema está constituido por un conjunto de partes uniformes y homogéneas, no contradictorias, que existen aisladamente, uniéndose para crear dicha realidad o problema al que nos enfrentamos, y cuando esas partes se separan para volver a su situación anterior la realidad desaparece manteniéndose las partes aisladas y estáticas. Al existir éstas previamente al problema, en realidad confieren a éste sus exclusivas propiedades individuales, que determinan e identifican al problema que estudiamos. Según esta concepción, la realidad o problema que estudiamos nunca puede ser cualitativamente superior a la suma de las partes preexistentes. En esta visión parcelada y troceada, que no acepta la existencia de totalidades sistémicas superiores cualitativamente a las partes que le forman, lo decisivo son estas partes aisladas y previas, ellas son los sujetos y las causas que propician la existencia del problema, mientras que éste es sólo el objeto y el efecto resultante de lo anterior. Las leyes de la lógica formal corresponden a esta concepción disgregada e inmóvil de la realidad, un método simple que sirve para situaciones simples y estáticas, de fácil e inmediata comprensión ya que no es necesario bucear en lo profundo de sus contradicciones e interacciones en movimiento.

No podemos extendernos ahora en las diferencias y relaciones entre las leyes y las reglas de la lógica formal, que en un momento concreto del proceso de pensamiento se convierten unas en otras, según los casos. Las leyes de la lógica formal son varias, pero las más básicas son las tres sistematizadas por Aristóteles y la cuarta añadida muy posteriormente por Leibniz, aunque estrictamente no es una ley específica de la lógica formal sino que vale para toda forma de pensamiento científico. El contenido social del pensamiento humano, su carga de subjetividad, lo constatamos en el hecho de que Aristóteles sistematizó las tres leyes formales impelido por la necesidad de la lucha filosófica y social que mantenía con los sofistas griegos.

La primera ley de la lógica formal es la ley de la identidad: "A es A", y que es válida siempre que analizamos A al margen del tiempo, de la transformación interna de A y de la interacción de otras realidades externas a A, por ejemplo de B que puede impactar desde fuera. Con estas y otras limitaciones, esta ley es y seguirá siendo válida porque todos necesitamos saber, por ejemplo, que el poste que hay en la carretera es un semáforo y no un árbol, y que seguirá siendo un semáforo aunque pueda parecer un árbol.

La ley de la contradicción, la segunda, dice que "A no es no-A", porque, siguiendo con el semáforo, si creemos que ese semáforo en rojo ha dejado de serlo para aparecer como un árbol verde, puede ocurrir que nos aplaste un camión o que aplastemos nosotros a una ancianita. Esta ley sigue siendo válida pero con las mismas limitaciones que la anterior, y que la tercera, la del tercero excluido, según la cual no pueden tener razón dos afirmaciones que digan lo contrario, a la fuerza una tiene que ser falsa, o de otro modo si un semáforo está en rojo y otro en verde a la vez, alguno se equivoca: "A o B". La persona que se rija sólo por la lógica formal se quedará quieta a la espera de los colores cambien o de que alguien le

diga qué ha de hacer. Un dialéctico espontáneo o no dirá que en un momento preciso ambas se juntan en el tercer color, el ámbar, y que en todo caso la veracidad hay que demostrarla pasando la calle, con precaución, pero pasando en vez de quedarse quieto. Es la práctica la que decide la veracidad de las limitaciones de la lógica formal. Y aquí interviene la ley que añadió Leibniz, la de la razón suficiente, que explica que la razón lógica ha de estar demostrada en un suficiente número de acciones prácticas que la confirmen. En este caso, con el paso de la carretera cuando dos semáforos tienen a la vez colores opuestos y hay que saber si se puede pasar o no. Lo cierto es el que el añadido de Leibniz viene a confirmar la dependencia de la lógica formal hacia la práctica social, y por tanto, indirectamente hacia la dialéctica aun conservando ambas sus diferentes campos de aplicación.

En estas acciones simples y superficiales usamos un concepto de verdad superficial y simple, que es el expresado por la lógica formal que se mueve con conceptos más abstractos que los de la dialéctica. La lógica formal tiene una validez innegable. Surgió a la misma vez que la dialéctica espontánea y convivió con ella porque sirve efectivamente para una serie de prácticas cotidianas simples, que corresponden a las demandas presentadas por un escaso y limitado desarrollo de las fuerzas productivas, en contextos de pocas inquietudes culturales y demandas de investigación crítica y en situaciones históricas de contradicciones sociales en las que la explotación aparece descarnada y directamente al estar basada más en la fuerza y en el engaño religioso que en la fetichización de la mercancía, en la alienación y en la falsa conciencia necesaria. Por ejemplo, la abstracción-mercancía ni la ley del valor-trabajo, así como otras características del modo de producción capitalista, pueden ser comprendidas desde la lógica formal, sólo pueden serlo desde la lógica dialéctica, por eso Marx usó la dialéctica como armazón metodológica de su obra, y por eso Lenin dijo que sin leer la *Lógica* de Hegel no se puede entender *El Capital* de Marx. Esta afirmación cierta de Lenin sería luego corroborada y superada por la demostración rigurosa de R. Rosdolsky en su estudio de los *Grundrisse* de Marx, indicando que en estos manuscritos está expuesto el método dialéctico de Marx en su evolución interna previa a su síntesis en *El Capital.* Si Lenin hubiera podido leer los *Grundrisse,* sigue Rosdolsky, se habría podido evitar parte del duro trabajo intelectual que exige la lectura de la *Lógica* de Hegel.

Constatamos así dos cosas: **una**, que el método de pensamiento formal en la vida cotidiana encuentra su límite cuando las contradicciones que la determinan pierden su forma directa de expresión, que las ocultan tras complejas dinámicas que invierten las interacciones de los procesos, presentando a los efectos como causas, y viceversa, a la vez que los aíslan mutuamente, rompiendo los procesos y los movimientos y viendo sólo cosas estáticas y separadas entre ellas. Es en estos niveles simples en donde la lógica formal muestra toda su potencia innegable, y también en los momentos del análisis de las partes que componen las totalidades sistémicas ya que en ellos hay que, por un momento, separar el todo de las partes, aislar estas del moviendo, paralizarlas y estudiarlas en esa situación transitoria. **La otra cuestión es** que las leyes de la dialéctica se aplican desde el mismo instante en el que el movimiento de lo real y su complejidad y contradicción obstruye definitivamente la limitada efectividad de la lógica formal. Más aún, que ese método dialéctico se va desarrollando y enriqueciendo con el tiempo, como estamos viendo a lo largo de este texto y en

especial en la propia evolución del trabajo intelectual de Marx que culmina en *El Capital*.

En realidad, la acción simultáneamente destructiva y creativa de la dialéctica está dada en la misma lógica formal, minándola desde dentro, pero ocurre que generalmente porque no es necesario en cuanto a economía de medios intelectuales, y también por indolencia, tendemos a conformarnos con la simple verdad de la lógica formal mientras resuelva nuestras pequeñas e insustanciales dudas cotidianas, de "andar por casa" en suma. Pero la realidad siempre termina imponiéndose y entonces recurrimos sin saberlo a una torpe dialéctica que nadie nos ha enseñado y que nosotros hemos desarrollado mal que bien en base a nuestros errores y fracasos, y también a los de las personas de nuestro entrono, una dialéctica espontánea que nace inconscientemente de la objetividad del reflejo de las contradicciones internas y externas que nos sacuden permanentemente. Pero la dialéctica espontánea tiene la limitación insalvable de que no capta que el método dialéctico es un todo en el que destaca también la teoría del conocimiento verdadero que se centra en el criterio de la práctica, es decir, en el hecho de que, en definitiva, es la práctica social de la humanidad la que termina reconociendo la verdad o la mentira de todas las teorías científicas existentes.

Por práctica social no hay que entender sólo el proceso productivo sino la dialéctica entre la producción de su existencia por la humanidad y su reproducción psicofísica. La tesis idealistas objetivas que sostienen que le verdad depende de espíritus, ideas, dioses, etc., externas y superiores a la especie humana; las tesis idealistas subjetivas que sostienen que la verdad depende del sujeto individual y aislado que no necesita del contraste práctico con la realidad objetiva; las tesis positivistas y neopositivistas que sostienen entre otras cosas que la verdad depende del lenguaje humano y no de la práctica social; las tesis construccionistas que sostienen que la verdad es una convención social establecida por los científicos al margen de la práctica colectiva humana, y, por no extendernos, las tesis posmodernistas que sostienen que la verdad no existe en cuanto tal sino a lo sumo múltiples afirmaciones desconectadas entre sí, estas tesis se caracterizan por negar o desconocer la teoría de la verdad como proceso, la única que ha resistido la prueba de la historia.

3.5.- VERDAD OBJETIVA Y COMPONENTE SUBJETIVO

La verdad es un proceso global e interactivo en sus partes que avanza de lo relativo a lo absoluto y viceversa pero a una escala superior, de lo subjetivo a lo objetivo y viceversa pero a una escala superior, y en el que tres de estos cuatro componente --la verdad objetiva, la verdad absoluta y la verdad relativa-- están en permanente superación, mientras el cuarto, lo subjetivo, es todo el mundo de la imaginación creativa, del lema "¡hay que soñar!", tan defendidos ambos por Lenin de inicio a fin de su vida intelectual. El papel de la imaginación creativa, al que volveremos en el capítulo dedicado a la dialéctica como arte, es imprescindible para entender tanto el funcionamiento interno del cerebro como la culminación de algunos grandes descubrimientos científicos. La verdad objetiva existe porque existe la naturaleza y es innegable que la Tierra gira alrededor del Sol, y la imaginación subjetiva de Copérnico, Galileo, Kepler y otros científicos fue tan perspicaz y valiente que uniéndola al método de pensamiento racional llegaron a demostrar otras verdades unidas a la anterior, que la corroboran y la amplían al introducir en una teoría más amplia el funcionamiento de otros planetas. De este modo, lo que durante decenas de siglos era para la humanidad una verdad empírica de la que dependía su vida entera, pasó a ser una verdad objetiva teóricamente asentada. Verdades objetivas hay por todas partes y a su alrededor juega un gran papel la imaginación subjetiva creadora de sueños que abren nuevas hipótesis enriquecedoras a la espera de confirmación práctica y teórica definitiva.

Como también es una verdad objetiva la existencia de la explotación social, es decir, la corrección científica de la teoría de la plusvalía descubierta por Marx. De hecho, antes de Marx existía objetivamente la explotación, y los primeros economistas burgueses se dieron perfecta cuenta de ello y hasta llegaron al borde de la teoría de Marx, pero, por un lado, no podían concluir el proceso de verdad porque su método de pensamiento tenía límites esctructurales que se lo impedían y por otro, simultáneamente, su subjetividad de clase también se lo impedía. Partiendo de la existencia objetiva de la explotación, Marx aplicó una subjetividad cualitativamente superior a la burguesa, la dialéctica materialista, superando a los economistas burgueses en donde estos se habían empantanado, demostrando la verdad objetiva de la explotación asalariada. La efectividad de la imaginación subjetiva para aportar al desarrollo de la verdad depende de su posición frente a los decisivos problemas de la humanidad. Una subjetividad reaccionaria, dogmática, machista y racista no contribuirá en nada a la mejora de la situación humana, al contrario, favorecerá lo más inhumano y explotador; mientras que una subjetividad revolucionaria, crítica, antipatriarcal y solidaria buscará siempre cómo avanzar en la mejora de las condiciones de vida y trabajo. La primera, la reaccionaria, tenderá por la misma dinámica de la lucha de clases hacia el fascismo y la contrarrevolución, mientras que la segunda hacia el socialismo y el comunismo. La constante interacción entre la verdad objetiva y la subjetividad creadora nos remite la dialéctica como concepción del mundo. Pero no existe "verdad subjetiva" alguna, ni puede existir, porque toda verdad debe contrastarse con la experiencia y práctica colectivas materializadas en el nivel históricamente dado de conocimiento científico-crítico adquirido, de verdad objetiva.

La verdad sólo puede ser objetiva, es decir, verdad, si a la vez es concreta, comprobable y reiterable, repetible en las condiciones en las que ella exige en su concreción. Sin esa capacidad de repetición por otras personas, la verdad

desaparece como afirmación que se demuestra en la práctica siempre que sea necesario y aparece el fraude, el engaño y la mentira, la religión, pese a todas las excusas que se pongan sobre la supuesta "verdad subjetiva" del embaucador de turno, aunque se la crean ciegamente muchas personas y hasta generaciones enteras. La verdad es concreta porque tiene materialidad, aunque sea muy abstracta en su enunciación, ya que, al final, es la práctica la que la confirma. Que muchas teorías científicas necesiten años para ser confirmadas por la experiencia más distante, sólo demuestra el enorme potencial creativo del pensamiento humano. La verdad concreta de las teorías se demuestra en que, al final, es la cruda materialidad --incluidas las llamadas "partículas elementales"-- de los procesos naturales y de la autogénesis humana la que confirma su objetividad. Por el contrario, ninguna "verdad subjetiva" es concreta por mucho que los charlatanes se agoten parloteando sobre las "energías espirituales", negando la unidad entre la energía y la materia, e incluso manipulando el principio de indeterminación, la física cuántica, el tiempo como cuarta dimensión de la materia, etc. Toda "verdad subjetiva" es metafísicamente abstracta, es decir, inconcreta e imposible, falsa. Por ejemplo, una verdad concreta y objetiva es que la violencia es la partera de la historia, y que la subjetividad de los comunistas intenta reducir al máximo posible y mínimo necesario la práctica de la violencia justa en el salto revolucionario al comunismo. Una "verdad subjetiva" es que el pacifismo mueve al mundo y que la burguesía se resignará pacíficamente a desaparecer como clase propietaria de las fuerzas productivas.

3.6.- VERDAD ABSOLUTA Y VERDAD RELATIVA

La verdad objetiva y concreta también es absoluta y relativa por su misma naturaleza. En un mundo en permanente cambio, lo concreto y objetivo existen sólo dentro de unas relaciones más o menos estables, relativamente estables, mientras las contradicciones internas y las influencias externas no precipiten el ritmo de los cambios. La estabilidad de las relaciones permite mantener la objetividad del conocimiento concreto en sus límites dados: llegará el momento en el que el Sol y sus planetas desaparezcan y, si siguen existiendo seres inteligentes, desarrollarán otra verdad más objetiva y más concreta sobre la evolución del universo en el que ellos tal vez vivan. Que el Sol sea finito no quiere decir que no sea objetivo, lo es mientras dure. Tampoco que el conocimiento actual sobre él no sea absoluto. Lo es porque todo lo que podemos conocer actualmente utilizando el arsenal científico-técnico y teórico disponible nos garantiza la veracidad del conocimiento actualmente disponible. Ahora bien, por ello mismo es un conocimiento relativo, porque todo conocimiento avanza sobre todo cuando existen intereses económicos y militares que lo impulsan. Precisamente el contenido absoluto de la verdad se comprueba mejor en todas aquellas problemáticas extremas, las guerras revolucionarias y contrarrevolucionarias, en las que se ponen en acción simultánea todas las potencialidades tecnocientíficas y teóricas existentes para obtener la victoria. En estos caso lo absoluto de la verdad se demuestra en el funcionamiento de toda la maquinaria de guerra, tecnocientífica y social en su conjunto, y lo relativo también se demuestra a la vez tanto en las mejoras que se introducen lo más rápidamente posible como en los errores nuevos que siempre aparecen.

La interacción entre la verdad absoluta y la verdad relativa es la que demuestra lo erróneo del agnosticismo que sostiene que, al final, nunca llegamos a conocer la "cosa en sí", su esencia e identidad inasequible al conocimiento humano, vacío ignoto sólo asequible por la "verdad subjetiva", la meditación, la fe y la creencia, la mística, etc. En realidad, no sólo conocemos la esencia de la "cosa en sí" tal cual esta se nos presenta en un momento concreto de su movimiento interno, sino que la especie humana crea "cosas en sí", desde una cesta con fibras trenzadas y un hacha de piedra hasta un sistema de medicina preventiva democráticamente administrado, pasando por un laberíntico sistema de regadío mediante barro endurecido, con varios pisos, por los que finos hilos de agua llegan a los cultivos en los áridos desiertos, sistema creados desde hace siglos pese a desconocer teórica y científicamente todas las "cosas en sí" necesarias para construirlo, mantenerlo y usarlo variando los caudales de agua en sus diferentes niveles. Creamos la "cosa en sí" porque la conocemos empíricamente en lo esencial en su fase estática, antes de que el uso deteriore el barro de los estrechos conductos de irrigación.

En ese momento estático, la verdad absoluta está en funcionamiento; pero la corrosión del agua, los cambios objetivos de temperatura y del viento, los errores humanos, etc., hacen que el sistema se deteriore inevitablemente, con lo que aparece la verdad relativa, que siempre está dentro de la absoluta porque la erosión y la destrucción son permanentes aunque no lleguen a dar el salto cualitativo hasta que se obturan o rompen los canales, o se hunden los pisos de

canales. También ocurre que hay que ampliar los campos de irrigación, o que hace falta más líquido por aumento de la sequía, etc., por lo que la verdad absoluta demostrada en la efectividad práctica del sistema anterior, se vuelve obsoleta, superada, relativizada por las nuevas necesidades que debemos resolver. Mejoramos entonces el sistema de regadío en su totalidad o en partes, surgiendo una nueva verdad absoluta que ha integrado a la anterior y que se mantendrán hasta que nuevos problemas exijan su mejora cualitativa. A la larga, de la inicial experiencia empírica llegaremos al conocimiento científico.

3.7.- INTERACCION ENTRE VERDADES Y SUBJETIVIDAD

Pero la comprensión dialéctica plena de este ejemplo de la interacción entre la verdad absoluta y la relativa en el sistema de irrigación desarrollado por las culturas precapitalistas para maximizar el ahorro de agua y minimizar el tiempo de evaporación, aumentando la efectividad del riego nos exige recurrir a la interacción entre la verdad objetiva y el componente subjetivo de esa verdad. Tales sistemas de riego son una verdad objetiva porque existen realmente en la historia, y aunque el desarrollo de la tecnología posterior los esté conduciendo a la extinción al ser sustituidos por otros mejores, por lo general, han sido una parte decisiva en la mejora de las duras condiciones de vida de los pueblos que los inventaron y usaron. Siguen siendo una verdad objetiva aunque no práctica porque han quedado registrado en los archivos de la historia del conocimiento humano, de la ciencia y de la dialéctica social y humana frente a la dialéctica de la naturaleza, al igual que sigue siendo una verdad objetiva las pirámides egipcias aunque ya no se usen para lo que fueron creadas, y también el hecho cierto de que la primera huelga "obrera" actualmente registrada y certificada en los anales se librase precisamente en el proceso del construcción de una de ellas, así cómo muy probablemente la creación de la primera policía en la historia, es decir, del inicio de la represión interna debido a la explotación en el propio pueblo, lo que nos conduce directamente a la existencia de la contradictoria subjetividad humana en el interior de la verdad objetiva.

En el caso del efectivo sistema de irrigación precapitalista, el componente subjetivo radica tanto en las condiciones sociales anteriores, en las contradicciones internas a los pueblos que los usaban y cuidaban, como al hecho fundamental de que en las llamadas "civilizaciones del agua", las que necesitaban racionalizar al máximo el consumo de este recurso vital escaso y finito, recurrían a la guerra ofensiva o defensiva para la adquisición o conservación de dicho recurso. Por tanto, el contexto social en el que se materializaba esa verdad a la vez objetiva, absoluta y relativa, influenciaba con mayor o menor fuerza en su desenvolvimiento, partiendo del hecho básico inicial de qué relaciones de sexo-género existieran --en el sistema patriarcal las mujeres deben cargar con el muy duro trabajo del trasiego de agua--, de si existía esclavitud o no, y qué clase de esclavitud y, de qué clase de propiedad existía en las comunidades: colectiva y pública, comunal, etc., o privada, ya fuera de una casta o de una clase.

Una vez impuesta la explotación ocurre que el interés de la gente explotada por el buen trabajo, por el cuidado de las infraestructuras, máquinas, etc., en este caso del complejo sistema de canales de barro superpuestos en delicado equilibrio, desaparece siendo sustituido por la desidia y la indiferencia, cuando no por el sabotaje activo o pasivo, lo que a su vez genera la aparición de la vigilancia y de las disciplinas laborales y de los castigos tanto para evitar esos comportamientos que reflejan una conciencia inicial de resistencia, como para aumentar la explotación y con ella los beneficios. Con el tiempo, la estructura entera de la tecnología asume un componente de vigilancia, control, disciplina y represión en su uso general, es decir, interviene cada vez más la subjetividad parcial de la clase propietaria, lo que determina que el proceso entero de elaboración de esa tecnología, con la verdad

absoluta expresada en esa tecnología, asuma progresivamente la subjetividad del poder explotador.

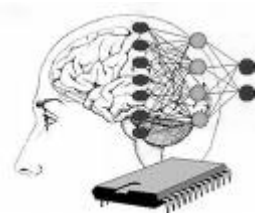
La necesidad capitalista de reducir los riesgos periódicos de sobreproducción ajustando ésta en lo posible a las ventas estimadas; la necesidad de aumentar la variedad de formas exteriores de las mercancías manteniendo su misma esencia para aumentar las necesidades artificiales de consumismo; la necesidad de utilizar al máximo el potencial productivo de las nuevas tecnologías diversificando la variedad de mercancía, estas y otras necesidades están teniendo un efecto explosivo sobre el proceso ascendente de la verdad objetiva y absoluta expresada en cada mercancía, en cada "cosa en sí" fabricada.

Por un lado, tanto en las investigaciones universitarias privadas y en la de las grandes empresas monopolísticas, como en las subvencionada por el Estado burgués en las universidades públicas, en las empresas asociadas y en la investigación científico-militar, etc., en este nivel decisivo de la I+D+i programada y no dejada al azar, el poder de clase, la subjetividad burguesa en su alma pura de búsqueda del máximo beneficio, presiona en el sentido de supeditar y orientar la integralidad e interdisciplinariedad de la investigación a la especialización unidireccional y productivista, rompiendo la unidad del conocimiento y sacrificando sus partes menos productivas en aras de las más rentables en la búsqueda del beneficio inmediato, con los efectos devastadores sobre el método dialéctico y su lógica que ello impone y facilitando y exigiendo la exclusiva utilización de la lógica formal. Sin embargo, por otro lado, aunque la interdisciplinariedad y la creciente interconexión de las ciencias avanza exigida por el hecho objetivo de la unidad material del mundo, lo que exige a su vez la creación de nuevas ramas científicas surgidas en los intersticios que conectan a las ciencias ya existentes, pese a esto, la lógica irracional del capitalismo le fuerza a mantener cuando no aumentar la especialización creciente.

Surge así una contradicción entre el potencial del método científico-crítico en general, y de los avances en la llamada "ciencia fuerte", la que investiga los problemas esenciales de la materia y que, por ahora, no tienen una directa repercusión en el aumento del beneficio capitalista, aunque sí indirecta, y, por otro lado, el funcionamiento productivo de la tecnociencia capitalista, obsesionada en la máxima ganancia en el mínimo tiempo, y sus directas repercusiones en los programas universitarios, orientados a satisfacer las exigencias de las empresas privadas antes que las necesidades públicas. Simultáneamente, la producción de verdad objetiva y absoluta es orientada hacia la especialización en todo lo relacionado con la guerra, tendencia ascendente innegable desde la aparición de la artillería con pólvora, confirmada desde la época de las primeras navegaciones transoceánicas, y definitiva desde la decisión napoleónica de impulsar el desarrollo de la química y de los alimentos en conserva para asegurar su independencia militar amenazada por el bloqueo marítimo británico, y desde la decisión global capitalista de unir la producción masiva de acero con la expansión geográfica mediante redes ferroviarias militarmente planificadas para el rápido transporte de ejércitos y de mercancías.

La producción de verdad y de "cosas en sí" fue dependiendo cada vez más de las necesidades militares, de manera que, tras 1945 y ante la urgencia por contener el ascenso del socialismo a escala planetaria, el imperialismo fusionó lo militar con lo económico en el mismo núcleo de la programación estratégica. Muchas leyes científicas descubiertas en el siglo XX lo han sido bajo el impulso directo o

indirecto del imperialismo, lo que en modo alguno anula su contenido objetivo y absoluto de verdad, también su contenido relativo inevitable, sino que, además, confirma la acción interna del componente subjetivo en el proceso de verdad.



Más aún, esta tendencia no ha detenido ni frenado siquiera su dinámica alcista tras la implosión de la URSS sino que se ha acelerado y está abarcando cada vez más niveles de la realidad material. Ya no se trata sólo de la física nuclear en todas sus formas, ni de las múltiples ciencias involucradas en el funcionamiento de la cohetería submarina y espacial, con la dialéctica entre la defensa y el ataque al máximo funcionamiento entre el llamado "escudo espacial" y las nuevas armas ofensivas, con sus directas conexiones con la microelectrónica, computarización, nuevos materiales y demás, dinámica que se quiere ocultar bajo la cobertura de los beneficios de la llamada "carrera espacial", "exploración de los fondos marinos, etc., sino que la militarización del conocimiento ha penetrado en uno de los secretos de la vida en su totalidad, desde el estudio de la genética para fines militares hasta la creación de inteligencia artificial para los mismos fines.

La utilización de especies animales y de seres humanos debidamente transformados, es tan vieja como la historia de la guerra, pero en la actualidad la biotecnología está abriendo espacios de experimentación militar inimaginables siquiera hace poco, y más aún en la época en la que los cristianos arrojaban con catapultas personas vivas infectadas con plagas a las ciudades sitiadas como armas de exterminio biológico. Aquellas prácticas se basaban en el conocimiento empírico, del mismo modo que el de pudrir el agua de los pozos con animales en descomposición para envenenar al enemigo; pero ahora, en el capitalismo, la militarización de la vida se basa en un proceso de enriquecimiento y ampliación de las verdades objetivas y absolutas, proceso realizado en los mejores laboratorios y, en especial, en el mejor de ellos, en el campo de batalla. Proceso en aceleración imparable porque los errores descubiertos en la efectividad destructiva de las "cosas en sí" militares, de las armas, gracias a las decenas de millones de cadáveres, heridos y mutilados de por vida, estos errores e imperfecciones aceleran la acción de la verdad relativa dentro de la absoluta, mostrando su caducidad y sus contradicciones, forzando mejoras aún más aniquiladoras y letales.

3.8.- LA SUBJETIVIDAD REACCIONARIA EN ACCION

Lo que presiona ciegamente para desarrollar aquí la dialéctica entre a verdad absoluta y la verdad relativa, no es otra cosa que la naturaleza inhumana y criminal de la subjetividad burguesa actuando dentro del proceso industrial de producción de verdad objetiva bajo la lógica mercantil. Dialécticamente hablando, es un proceso nuevo pero a la vez viejo. Nuevo por cuanto el capitalismo ha elevado la producción generalizada de mercancías a unas cotas imposibles en modos anteriores, pero a la vez viejo porque esta tendencia ya estaba latente en el expolio de la capacidad de trabajo cualificado y complejo desarrollada por la mujer recolectora, agricultora, hiladora, ceramista, etc., conocimientos expropiados por el sistema patriarcal triunfante. Otro tanto sucedió con la esclavización de los artesanos de los pueblos invadidos, que antes eran exterminados sin piedad por improductivos, pero que con el desarrollo de las fuerzas productivas pasaron a ser necesitados por el pueblo invasor para aumentar su productividad general. Sabemos que Roma mandó a sus soldados que no matasen al sabio Arquímedes, de merecida fama internacional, cuando sus legiones asaltaron la ciudad de Siracusa, a la que ayudó a defenderse con sus innovaciones técnicas. Los artesanos griegos eran codiciados por los esclavistas romanos y las legiones de Roma que preferían la poliorcética desarrollada por las ciudades-Estado griegas ocupadas que la romana, menos efectiva. Cuando resultaba imposible obtener artesanos y técnicos cualificados por métodos violentos, esclavizándolos, se les sobornaba con grandes riquezas, como hicieron los turcos con los fundidores de cañones cristianos que les enseñaron a construir su enorme artillería sin la cual no hubieran tomado la cristiana Constantinopla.

Pero la ley de la negación de la negación es más inmisericorde de lo que aparenta a simple vista. Si hasta el capitalismo, se podía hablar con precauciones crecientes sobre la existencia de dos grandes áreas de la economía humana como eran las de la producción de los “bienes” de producción y la de la producción de “bienes” de consumo, división básica e imprescindible para entender la historia humana y que la burguesía ha echado por la borda al crear artificialmente las tría del sector primario o agrícola, sector secundario o industrial, y sector terciario o de servicios, que sólo sirve para ocultar la realidad; desde el capitalismo y en especial desde su fase imperialista hay que hablar de la aparición de una tercera área, la de las fuerzas de producción de mercancías de destrucción. Ni son “bienes”, en el sentido abstracto y tramposo que usa la economía política capitalista, ni tampoco son “productivos”, en el sentido de que, a la larga y desde una visión humanista y progresista, facilitan la mejora de las condiciones de vida. Al contrario, son mercancías con un valor de uso que no es otro que la propagación de la muerte, el fuego, el hambre y la peste.

Un valor de uso codiciado por la burguesía y que se agota en la guerra, o incluso ni eso cuando, por lo que fuera, esta clase no consigue provocar las guerras suficientes para utilizar esas mercancías. Es innegable que una parte creciente de la economía imperialista depende de la producción de mercancías de destrucción, pero es cada vez más innegable que eso significa un consumo irracional de capitales, fuerza de trabajo, recursos energéticos y de materiales estratégicos finitos, etc., en beneficio exclusivo, en primer lugar, de algunas fracciones de la clase burguesa; en segundo, de esta clase en su conjunto, y en tercer y último lugar

y a mucha distancia, en beneficio relativo y contradictoria de las clases explotadas en los países imperialistas que reciben parte de los beneficios que obtiene "su" burguesía gracias a la militarización de la economía y del conocimiento, pero que, dialécticamente, son a la vez armas de mejor explotación de esas clases por "su" burguesía.

La negación de la negación, en este caso concreto, consiste en el inicio de una fase nueva, cualitativa, en la historia humana caracterizada por la contradicción irreconciliable entre el ascenso de las fuerzas destructivas en manos de las clases dominantes y las dificultades de las fuerzas productivas a expandirse a la misma velocidad y, sobre todo, a realizar sus inmensas potencialidades liberadoras una vez emancipadas de la lógica mercantil. De la misma forma en que, según veíamos, el comunismo supone la segunda negación, la creativa, de la esclavitud, ahora pero de modo opuesto, la negación consiste en el surgimiento de una realidad antes inexistente cual es la de la posibilidad cierta y objetiva de aniquilación de la mayor y más decisivas partes de la vida en la tierra. Es la primera negación, la destructiva, que sólo puede ser negada por la segunda, la comunista, la constructiva, tras la superación histórica de la lógica del máximo beneficio inherente a la producción capitalista de mercancías. La tendencia a la producción de medios de destrucción estaba latente en la creación de un instrumento polivalente como la piedra pulida y afilada, luego transformada bien en fino y preciso bisturí lítico para trepanaciones o bien en mortífera hacha de piedra. Un aumento cuantitativo de prácticas en este sentido se dio con la invención de la honda que utilizaba las fueras centrífugas, y luego del arco, que utilizaba las fuerzas de torsión, mejorado posteriormente en el arco compuesto y en la ballesta.

En todo este proceso de acumulación de conocimientos eran puestos en acción pares de contrarios unidos y en lucha: lo centrífugo y lo centrípeto, la torsión y la extensión, etc., pero durante esta larga época humana, la incidencia de la dialéctica de la sociedad y del pensamiento sobre la de la naturaleza era muy limitada. Un verdadero salto cualitativo se produjo cuando durante la estratégica guerra internacional en Sicilia fueron juntados por el poder los mejores técnicos y artesanos de la época para crear conscientemente armas nuevas, surgiendo la ballesta o balista. Fue el preámbulo de la actual complejo científico-militar, y no es casual que la ballesta, tras consiguientes mejoras en diseño, ergonomía, reducción de peso, aumento de letalidad, y simplificación y abaratamiento de su producción en serie por cualquier comuna de campesinos libres, fuera prohibida bajo castigo de excomunión por la Iglesia medieval sólo en su uso democrático por los campesinos y trabajadores urbanos explotados, pero permitido su uso opresor en las clases feudales con la excusa de la lucha contra los infieles, los musulmanes.

La acción de la subjetividad opresora contra el uso democrático por los oprimidos de un armamento mortífero para las clases dominantes de la época, este ejemplo histórico, es un paso más en el proceso de control restrictivo de la verdad objetiva y absoluta --es innegable el efecto mortal de la ballesta contra las corazas medievales en las rebeliones campesinas y urbanas, y de ahí su prohibición-- por parte del poder. El monopolio de la violencia y de sus armas venía de lejos, de la aparición de los primeros grupos armados en defensa de la propiedad privada. Roma castigaba muy duramente el espionaje militar en beneficio de los esclavos, de los pueblos invadidos y de los extranjeros. Otro tanto hacía China sobre las armas y sobre la técnica de la seda, que además de ser una mercancía muy preciada también era un muy efectivo componente del equipamiento militar por su alta resistencia a la penetración de los proyectiles, facilitando la rápida

recuperación de las heridas. Las tribus germanas, los francos, visigodos, etc., impedían que los campesinos galorromanos, hispanorromanos, etc., tuviera armas, y si tenían que armarlos en situaciones extremas se las quitaban inmediatamente después de la batalla.

El monopolio teórico era más necesario que el práctico en estas y otras cuestiones, y en la Edad Media los maestros artesanos, sobre todo los canteros, guardaban celosamente el secreto de sus técnicas, como más de dos mil años antes lo habían hecho los inventores de la primera escritura, la cuneiforme, que sólo la enseñaban a algunos hijos seleccionados de entre las castas ricas. Aun y todo así, sobre la unidad de contrarios materializada en los primeros instrumentos ambivalentes, para vivir y para matar --otro par de contrarios--, se fueron acumulando los aumentos cuantitativos y los saltos cualitativos --primero en la producción del arco, luego de éste al arco compuesto y por fin, el salto de arco simple al compuesto, cualitativamente superior; para iniciarse luego otra carrera acumulativa en lo referente a la ballesta, y así sucesivamente--, hasta llegar al capitalismo, en la que la simbiosis entre ciencia y sociedad permitió a Engels afirmar en su época que el acorazado sintetizaba todo el desarrollo capitalista.

La negación de la negación en lo que concierne a la dialéctica entre las verdades objetiva, absoluta y relativa en su imparable subsunción en la lógica mercantil, se ha plasmado, como hemos dicho en la posibilidad objetiva del exterminio masivo de la humanidad. En los años ’80 del siglo XX se discutió entre algunas corrientes de izquierda la tesis del exterminismo, que a su modo era una reactualización pero más agravada por razones obvias de la tesis del irracionalismo capitalista desarrollada por corrientes marxistas a raíz de la victoria del fascismo en base a premonitorias ideas de Marx y Engels. Lo que históricamente ha sido una tendencia al alza de la interacción de la ambivalencia de los instrumentos de trabajo, hasta imponerse luego la especialización militar estricta en base a una racionalidad programada, ha devenido en la aparición de una realidad nueva que condiciona irreversiblemente toda la evolución posterior de la sociedad hasta que los seres humanos puedan acabar con la propiedad privada de las armas como paso ineludible para acabar con las armas antes de que éstas acaben con los seres humanos.

La reactivación del debate sobre el irracionalismo y el exterminismo, en las condiciones actuales, además de ser urgente, supone la reactualización de la dialéctica como método de conocimiento y transformación radical del proceso que nos ha sumergido en un mundo caótico e irracional al borde del exterminio pero que a la vez, por pura dialéctica, nos ofrece más posibilidades que nunca antes en la historia para avanzar a la emancipación humana. Para la antigua filosofía griega y china, preñada ya de contenidos materialistas y dialécticos separados e ingenuos, el caos era sinónimo de crisis agónica de la que podría surgir una nueva vida o una vieja muerte, era el acto potencial creativo o destructivo según las circunstancias, creativo de orden o de desorden, diríamos ahora los materialistas dialécticos que nos negamos a que la subjetividad burguesa pudra aún más la imprescindible dialéctica entre lo absoluto, lo relativo y lo objetivo.

Las leyes de la dialéctica hasta ahora descubiertas y la teoría de la verdad objetiva, absoluta y relativa, así como el papel progresista o reaccionario de la subjetividad humana en el interior de la verdad objetiva, tienen dos características que debemos destacar y que nos remiten a la reflexión posterior. Una, que en contra de lo que se ha dicho, potencian la intervención humana colectiva e individualmente, cuestión fundamental para entender el por qué la dialéctica materialista es la

concepción del mundo que gira alrededor de la praxis revolucionaria, o sea, de la libertad. Otra, que al funcionar simultáneamente exigen el dominio de un mínimo de interdisciplinariedad que permita pasar de un nivel del problema estudiado en el que sobresale por entre las demás una determinada ley dialéctica, a otro nivel en el que sobresale otra ley o varias de ellas.

La especialización monotemática, si bien necesaria en los momentos del análisis, muestra todas sus dificultades en los momentos de la síntesis, cuando los vacíos inherentes a toda especialización deben ser llenados por otros conocimientos. En realidad, lo que aquí está en cuestión es la incapacidad del modelo unidimensional del ser humano en oposición al modelo pluridimensional y omnilateral defendido por el marxismo. No es en modo alguno casual que la dialéctica haya florecido históricamente cuando se ha desarrollado este modelo polifacético e integral, dentro siempre de sus contextos respectivos. La praxis es una constante del humano integral, es decir, del que actúa y piensa para transformar la realidad, lo que nos conduce, de nuevo, a la dialéctica como concepción del mundo.

4. LA DIALÉCTICA COMO CONCEPCION DEL MUNDO

La dialéctica como concepción del mundo no se basa exclusivamente en una experiencia reciente, sino que hunde sus raíces básicas en toda la experiencia humana y sobre todo en tres momentos históricos anteriores al surgimiento del capitalismo en los que se desarrollaron prácticas sociales con un innegable contenido de praxis dialéctica, aunque los colectivos humanos que las llevaron a cabo no fueran conscientes de ello o sólo lo fueran de forma parcial y limitada. Tener en cuenta esta las experiencias positivas y negativas del pasado es de vital importancia para el método dialéctico que, entre otros principios, tiene el de analizar los problemas en su evolución histórica.

4.1.- PRIMERA EXPERIENCIA DE PRAXIS: EL HOLISMO

Pese a sus tremendas limitaciones, desde la perspectiva actual, las primeras agrupaciones humanas --sin precisar ahora la escala evolutiva-- se caracterizaban por su integralidad, por su praxis entre la mano y el cerebro. Cada persona necesitaba desarrollar un mínimo de aptitudes y conocimientos integrales suficientes para responder al entorno y para suplir la muerte de cualquiera de los miembros del grupo. La historiografía machista ha denigrado y minusvalorado la capacidad integral de la mujer en aquellas sociedades, presentándolas como débiles, dependientes e ineptas para los trabajos decisivos --el mito del cazador adulto-- y solo apta para los trabajos secundarios. Lo mismo ha sucedido con la infancia y adolescencia, y con la vejez, fases evolutivas reducidas al estatus de pasivas. Ahora sabemos que no es cierto, pero lo que nos interesa resaltar, por falta de espacio, es que la única división del trabaj entonces existente venía impuesta por la necesidad procreativa, la necesidad verdaderamente vital, a la que se supeditaban otras muchas cuestiones. Dentro de esta realidad, las personas del grupo necesitaban aprender las técnicas y conocimientos imprescindibles para asegurar que si el grupo se reducía en cantidad de miembros por lo que fuere, accidentes, ataques de fieras o de otros grupos, hambrunas y sequías y enfermedades, etc., se resintiese lo mínimo posible en su calidad de supervivencia. Y esa calidad requiere dominar saberes diferentes para responder al entorno, aun existiendo cierta especialización. Otra de las razones de esta cualificación apareció con la necesidad de intercambiar sujetos individuales entre varios grupos para estabilizar pactos de ayuda mutua, alianzas defensivas, economía de reciprocidad y trueque a cierta distancia, etc., aprendiendo entonces que tenía más “valor” una persona con más conocimientos que otra con menos. Hoy llamamos a esa calidad de pensamiento como “formación global”, “integral”, “interdisciplinar”, etc., o simplemente, dominio de la dialéctica.

Carecemos de espacio para repasar rápida y sintéticamente el proceso por el que esa inicial capacitación global fue aceptando la especialización creciente bajo el empuje de la necesidad de responder con los limitados medios disponibles al aumento de las necesidades y a la disminución de los recursos energéticos. Aun así, por los conocimientos disponibles, las colectividades humanas se resistieron a perder tanto su dominio colectivo sobre el conocimiento como sobre la formación

integral de sus miembros, en aquellas condiciones; e incluso este "derecho" se mantuvo activo durante muy largo tiempo pese a haberse instaurado ya una especie de pre-casta diferenciada y que empezaba a detentar partes importantes del conocimiento como eran las brujas y luego los chamanes. Aún así, esta pre-casta era despojada de sus pequeños atributos diferenciadores si no cumplía con las expectativas que en ella tenía depositada la colectividad, como más tarde siguió sucediendo pero ya en grado menor en bastantes sociedades con los jefes militares nombrados exclusivamente para la defensa o la conquista, y hasta durante un período con las monarquías no hereditarias y consensuadas.

Volviendo al tema, puede hablarse de que, en general y por un modo u otro, desde los primeros datos fiables sobre el pensamiento humano existen indicios que muestran la existencia de un pensamiento holista e integrador, que reflejaba a su modo y con sus limitaciones inevitables la objetiva y previa unidad material del mundo al que pertenecían y al que se enfrentaban las primeras agrupaciones humanas, así como unos requisitos mínimos de relaciones con ella que partían del "respeto" a las constantes relativas que los grupos habían podido intuir empíricamente. El pensamiento holista, totalizador se caracteriza por su determinante contenido dialéctico, ecologista y sistémico, es decir, por interpretar la realidad natural como un todo en el que sus partes interactúan en equilibrios inestables que varían al son de sus tensiones internas y del ritmo de los cambios globales, de modo que un defecto o en un exceso en una parte termina repercutiendo en la totalidad y viceversa. Siendo cierto que desde un medioambientalismo románticista e indiferente a las contradicciones sociohistóricas se ha magnificado al "buen salvaje ecologista", y que desde un desarrollismo consumista e irracional se ha negado el holismo antiguo, no se puede negar que pese a esto, existía una estrecha relación entre la capacidad polivalente de reflejo y respuesta de esas sociedades del comunismo primitivo y sus interpretaciones holistas de la naturaleza.

La existencia de la materia exterior al conocimiento, la unidad del mundo, su permanente evolución, cambio e interrelación de sus partes, etc., se mostraban por medio de contrarios unidos: lo voluble a corto plazo del clima y lo permanente de los ciclos de las estaciones; las buenas o malas, o peores, recolecciones itinerantes según las épocas pero que tendían a mantener una cierta estabilidad a largo plazo; la regularidad de los movimientos de las manadas de caza y de los cardúmenes de pesca, etc., pero que podía verse interrumpida sorpresivamente por razones desconocidas forzando a los grupos humanos a acelerar su nomadismo en búsqueda del alimento. La acumulación lenta a lo largo de generaciones de experiencias de este tipo, pudo generar una interpretación que reflejaba la totalidad de la naturaleza objetiva, sus ciclos largos y fases irregulares cortas, y la creencia empíricamente asentada de que una parte repercutía por razones desconocidas en el resto.

Los estudios sobre las rutas de nomadismo y las negociaciones entre grupos tribales coordinados para dejar periódicamente espacios naturales fuera de su utilización, a la espera de que se recuperaran las especies vegetales y animales, o que sirvieran de espacios de acogida para tribus errantes o en tránsito por cualquier motivo, estas y otras práctica que denotan una inicial planificación de los ritmos de la naturaleza vista como unidad de espacio-tiempo --una categoría dialéctica-- y que se mantendrían luego en

técnicas campesinas de recuperación de la tierra entre siembra y siembra o barbecho, sugieren los primeros indicios de una visión protocientífica basada en la observación e intervención planificada corroborada por el éxito práctico. Que este germen remoto de protociencia estuviese acompañado de una atmósfera social precientífica, este hecho no le resta ningún valor, al contrario, confirma la capacidad del pensamiento humano.

De hecho, aquí aparece una de las primeras muestras inequívocas de la dialéctica objetiva y subjetiva en acción: las primeras visiones holistas reflejaban la objetividad de la pertenencia del grupo humano a la naturaleza y su dependencia hacia ella, expresada en la adoración a númenes, tótem, espíritus, diosas, dioses, etc.; pero a la vez expresaban subjetivamente el progresivo distanciamiento de ella, la tendencia a la aparición de contradicciones sociales que forzaban ese distanciamiento y, consiguientemente, el miedo a la "venganza" de la naturaleza, de esos númenes, que podían "castigar" al colectivo humano por haberse comportado de forma diferente a lo hasta entonces establecido, normal y aceptable. Al desconocerse el origen material de dichos "castigos" los grupos humanos vivían siempre bajo la incertidumbre de una nueva catástrofe. Basta ver cómo modos de producción posteriores bastante más desarrollados en las fuerzas productivas y en la productividad del trabajo --el esclavismo en Roma, por ejemplo--, seguían cultivando oficial y cotidianamente el más irracional respeto, cuando no miedo, a la charlatanería de los augures y adivinos, para apreciar la razón que le asiste a un historiador de prestigio al decir que, las antiguas, eran "sociedades de angustia".

En condiciones en las que el excedente social acumulado era muy reducido, en las que era enorme la dependencia hacia la rápida y suficiente obtención de exoenergías porque las reservas eran muy escasas, y, por tanto, en las que el umbral del hambre, de la sed y del debilitamiento físico irreversible, por no hablar de las enfermedades debidas a la subalimentación crónica, amenazaba muy de cerca, en aquél entorno la tradición era muy fuerte porque expresaba cierta seguridad frente a la angustia e inseguridad de lo exterior al grupo. Por tanto, forzar la tradición era un riesgo sólo aceptable en casos en los que esa tradición había confirmado sus límites insalvables, y peor aún era negar la tradición cuando todavía no se había llegado a una situación crítica.

En estas condiciones el pensamiento tendía al conservadurismo y la tradición porque habían demostrado su efectividad mientras no hubiera grandes catástrofes, pero chocaban con el movimiento permanente de la realidad en todas sus formas de expresión. Y dentro de ese movimiento exterior e interior al grupo destacaba estructuralmente el problema de los recursos energéticos que tendían al agotamiento, excepto de contados ecosistemas locales. Los grupos humanos recurrieron a medidas drásticas para mantener el aporte energético mínimo en casos de crisis como el control de la natalidad, el aborto, el infanticidio, la eutanasia y el suicidio voluntario de las personas no productivas, y el canibalismo en sus dos formas, comerse a la gente de otros grupos, o la autofagia colectiva en crisis extremas. De hecho, el canibalismo y el infanticidio, a diversas escalas, son prácticas comunes en muchas especies animales tanto para obtener recursos energéticos como para copular con las hembras.

La contradicción interna al pensamiento colectivo entre su conservadurismo y tradicionalismo y su tendencia a solucionar los problemas productivos para reducir el tiempo de obtención de energías exteriores, de alimentos, combustibles, etc., y maximizar el rendimiento del trabajo, esta contradicción no es otra que la

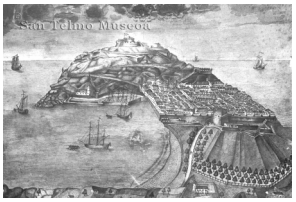
que existe entre los límites objetivos naturales y el desarrollo lento pero ascendente de las fuerzas productivas, expresada en la subjetividad del pensamiento social e individual.

La dialéctica de la naturaleza demostró su impresionante poder destructivo con el cambio climático del final de la última glaciación y el inicio de una fase cálida, en la que todavía estamos. La respuesta, el reflejo adaptativo y creativo de los sectores de la especie humana afectados por la catástrofe fue "revolución neolítica" que sólo tardíamente demostró sus potencialidades de desarrollo. De entrada supuso un tremendo empeoramiento de las condiciones de vida en aquellas zonas del planeta en la que el calentamiento forzó la extinción o huída de las grandes manadas de caza y el correspondiente cambio vegetal, arruinando las formas de vida basadas en la recolección como sistema que aportaba entre el 60% y el 70% de los recursos energéticos, después el carroñeo y la caza, y por último la agricultura itinerante de una sola cosecha, para desarrollarse la agricultura estacionaria. Se calcula que las colectividades humanas afectadas por este cambios producidos a partir del final de la glaciación de Würm o de Wisconsin, según sea para Eurasia o América, que terminó hace 12.000 años, tuvieron que pasar de una forma de vida en la que dedicaban sólo una media de 4 horas diarias a la obtención de recursos alimentarios a otra en la que trabajaban la tierra de 8 a 12 horas al día, según los casos. En estas condiciones de extremo retroceso se produjeron, como mínimo, cinco cambios sustanciales que han tenido grandes repercusiones sobre la capacidad de pensamiento racional: la derrota de la mujer a manos del patriarcado; la primera aparición de la guerra de saqueo y exterminio; la estabulación de los rebaños; el inicio de deforestación del planeta para labrar la tierra y obtener pastos, y la generalización del canibalismo en el neolítico.

Bien mirado, estas y otras repercusiones nos remiten a la interacción de la dialéctica entre la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, pero en el plano estrictamente humano el canibalismo neolítico es el que más ejemplariza esta interacción por el hecho de exigir el empleo a gran escala de lo que sería más adelante la alquimia y luego la química: la cocción de la carne humana durante un mínimo de tres horas antes de comerla. Es cierto que la cocción de alimentos y el canibalismo son anteriores al neolítico, pero el canibalismo generalizado en el neolítico, y no sólo en Europa, muestra la interacción de las exigencias ciegas impuestas por la dialéctica de la naturaleza --la hambruna insufrible--, con la dialéctica de la sociedad y del pensamiento como reflejos adaptativos ante la ciega necesidad objetiva. Los estudios al respecto indican cómo las sociedades caníbales tendieron a idealizar la práctica caníbal, cuyo recuerdo y rememoración sacralizada se mantiene vivo en el cristianismo y en otras religiones. Además, el canibalismo nos permite comprender en su cruda --mejor, cocinada-- interacción el papel de la subjetividad en la verdad objetiva pues siendo el acto caníbal históricamente innegable, sin embargo, el eurocentrismo ha negado u ocultado su práctica en Europa mientras, cínicamente, la ha utilizado para justificar sus crímenes genocidas contra otros pueblos acusándoles de lo mismo.

4.2.- SEGUNDA EXPERIENCIA DE PRAXIS: GRECIA

Posteriormente y en determinadas áreas en la que se conjugaron las riadas periódicas que reverdecían las tierras de cultivo y el calor, surgió la civilización de Sumeria y más tarde la egipcia, mesopotámica, india y china, y después la mesoamericana y la andina. Fueron estas condiciones las que permitieron, dentro del contexto agrario ya irreversible, impresionantes logros protocientíficos que se han visto confirmados --negación de la negación-- por el conocimiento posterior, y que sería prolijo exponer aquí. Entre muchas, cuatro razones explican el por qué de estos logros.



Una, la reiteración de las condiciones de la existencia agraria, las sucesivas fases de talado y limpieza, arado, siembra, recolección y almacenamiento expresadas en las fases ideales de nacimiento, gloria y muerte de las diosas y dioses, etc.; dos, el aumento del excedente social acumulado y la necesidad de una centralización administrativa que regulase la producción agraria, almacenase el sobrante, regulara su uso y dirigiera la defensa del excedente ante los ataques exteriores para robarlo, lo que exigía la aparición de una casta especializada en esas labores; tres, el surgimiento del intercambio comercial con otros grupos humanos para obtener productos escasos, raros o desconocidos a cambio de parte del sobrante propio, es decir, el surgimiento de una casta comercial con su tendencia al acaparamiento de riquezas y propiedades pero, a la vez, con su necesidad de nuevos conocimientos que redujeran los obstáculos del espacio-tiempo, ahorrasen energía y racionalizasen la economía de recursos, lo que reforzaba la separación entre el trabajo físico y el trabajo intelectual y la escisión social interna; y cuatro, por último y como efecto de lo anterior, la creación del Estado para facilitar el ciclo productivo entero, facilitar la explotación interna surgida a la vez que el Estado, defender a la casta dominante de las protestas internas y de los ataques externos, facilitar el comercio exterior y dirigir los ataques a otros pueblos para saquear sus recursos, volverles tributarios o esclavizarlos .

Semejante avance requería archivos y transmisión segura de los datos administrativos, y conocimientos más y más precisos por lo que surgió la escritura, que era a la vez un instrumento de control social; también hizo falta crear el calendario, dominar el tiempo y el espacio, crear las medidas y los números, las matemáticas, geometría, etc., tanto para la producción y reproducción como para la guerra. Y la producción y reproducción en aumento generaron el comercio, la mercancía y el mercado, y con éste el dinero, el equivalente universal, el medio de pago.

Así se agrandaba la fosa entre la mano y la mente, entre la práctica y la teoría, una escisión opuesta radicalmente a la dialéctica por cuanto ésta es la praxis, mientras que la escisión mano/mente supone la dictadura del trabajo intelectual, monopolizado por la minoría propietaria de las fuerzas productivas, sobre el trabajo manual, practicado por las masas expropiadas y explotadas. Una vez independizado el trabajo intelectual del material, y mandando sobre éste segundo, el primero, el intelectual no sólo deriva rápidamente hacia interpretaciones interesadamente reaccionarias y explotadoras de la existencia, sino que también hace todo lo que está a su alcance para impedir que el trabajo físico tome

conciencia de la explotación que padece. Con el tiempo, la costumbre y la tradición, con el conservadurismo, y con la permanente manipulación y tergiversación de la historia, las generaciones posteriores terminan por olvidar casi todo su pasado, de donde viene la explotación que padecen y, lo que es peor, terminan por creer que su miseria diaria es eterna, inmóvil e inmutable, deseada y decidida por los dioses como castigo a sus pecados.

Por último, y para cerrar este necesario análisis histórico, sobre la base de los grandes conocimientos que ya habían surgido en el Oriente debido a las exigencias materiales de la producción agraria, y que los griegos estudiaron al detalle, en este país se sintetizaron las potencialidades insertas en la primera economía dineraria y mercantil libre del control de la monarquía político-religiosa, en las grandes potencialidades de la escritura alfabética, en el hierro barato y en la explotación planificada de la fuerza de trabajo esclava y de los pueblos dominados en beneficio de la Hélade. Fue en este contexto en el que la materialidad del conocimiento y el papel central de la praxis en su elaboración se plasmaron en la filosofía presocrática, en la idea de que el mundo había surgido del caos, que podía cambiar y que había cambiado, que fluía hasta la forma en la que entonces se presentaba. Dentro de esta concepción plenamente acorde con la ciencia actual, en lo básico, fue donde pudo surgir la afirmación de Anaxágoras según la cual el hombre piensa porque tiene manos, afirmación que integrada en la unidad mente/mano es una verdad objetiva y absoluta, científicamente cierta. Anaxágoras llegó a ella no sólo porque había sintetizado el grueso de los conocimientos anteriores, creados en buena medida de Oriente, sino porque también la sociedad clasista griega, su comercio interno y externo, su explotación esclava y su saqueo imperialista en ascenso, generaba un trabajo sobrante, un producto no consumido, que permitía a una minoría vivir de rentas sin apenas trabajar físicamente, dedicando su tiempo libre al trabajo intelectual.

La minoría propietaria de las fuerzas productivas ya existía en sociedades no griegas, en el Creciente Fértil en suma, en donde una casta sacerdotal, comercial y militar, centralizada por una monarquía, administraba el poder y se apropiaba del grueso del producto del trabajo humano, pero, en estas sociedades, no coincidieron las especiales condiciones que sí existieron en Grecia, lo que aseguró que una parte de esa minoría enriquecida y explotadora se dedicase con especial ahínco al trabajo intelectual, entre otras cosas porque obtenía ganancias económicas apreciables. A partir de que el conocimiento adquiera valor y precio por su progresiva importancia en la economía --fenómeno claro en aproximadamente por la misma época en China y Grecia, aunque con diferencias--, se hizo irreversible la contradicción histórica entre, por un lado, el proceso de elaboración de la verdad como espiral infinita, como proceso inacabable que se acerca al conocimiento objetivo y absoluto, alcanzándolos en algunas cuestiones, siempre interactuando con la verdad relativa, y por otro lado, la realidad social escindida internamente en la que la explotación de sexo-género, nacional y clasista condicionan con su subjetivismo e intereses explotadores el potencial de verdad de ese conocimiento, retrasándolo y desviándolo, pero nunca anulándolo del todo.

Insistimos en esta contradicción histórica inserta a la escisión social explotadora porque tiene repercusiones decisivas en, al menos, cuatro aspectos centrales del tema que tratamos. Uno es el de la propia teoría de la verdad como reflejo no sólo de la realidad material objetiva, sino también como reflejo de la escisión

social interna; otra es, por tanto, su caducidad y finitud histórica en cuanto que la escisión social interna es superable al extinguirse históricamente la explotación con lo que se la transforma parte negativa del contenido de la verdad; además, esta evolución condiciona la misma naturaleza de la dialéctica como concepción del mundo al asumir ésta su transitoriedad parcial y su permanente evolución interna; y, por último, también determina la naturaleza de la dialéctica como arte de la existencia multifacética humana. Especial importancia hay que dar aquí al surgimiento de la mercancía, del valor de cambio y del dinero, porque determinar la aparición de una nueva forma de valor la equivalencia entre las cosas tanto las naturales como las creadas por el trabajo humano. La mercancía genera la abstracción-mercancía, es decir, la reducción de la complejidad diversa a la simple unidad expresada en la equivalencia dineraria.

El conocimiento, el proceso de verdad, se reduce así a los asfixiantes márgenes de lo mercantilizable y cuantificable, resumido luego en equivalentes. De este modo, el conocimiento como proceso complejo y cualitativo que cada vez abarca más interacciones concretándolas en teorías, sufre un serio ataque que empobrece su potencial expansivo. La abstracción-mercancía genera una subjetividad muy precisa, obcecada en el máximo beneficio privado, que históricamente perdurará durante el largo tránsito socialista del capitalismo al comunismo, aunque en retroceso en la medida en que también antes ha aumentado la desmercantilización material y espiritual. Solamente con el comunismo, con la extinción histórica de la mercancía, el pensamiento humano podrá independizarse de esas cadenas de plomo y sangre, y remontar el vuelo al infinito.

Uno de los muchos errores de la moda postmodernista, que en base a la ley dialéctica de negación de la negación, tiene componentes positivos utilizables dentro de un esquema materialista superior, fue el de absolutizar la parte negativa de la contradicción que estamos analizando entre el proceso de verdad objetiva, absoluta y relativa y los condicionantes negativos impuestos por la explotación social en todas sus formas, sintetizados en el papel reaccionario de la subjetividad explotadora y opresora, que giran alrededor de la mercancía y de su abstracción como equivalente. La explotación impone al proceso de verdad normas, valores, pautas y objetivos que expresan los intereses objetivos del poder explotador subjetivamente expresados, que siempre frenan y condicionan en mayor o menor grado su efectividad. El postmodernismo ha sobrevalorado en extremo este componente subjetivo de la contradicción inherente al conocimiento en toda sociedad explotadora, especialmente en la capitalista, absolutizándolo, y ha negado la otra parte de la unidad de contrarios, la positiva, la que se asienta en la verdad como capacidad de transformación de la realidad y de creación humana de "cosas en sí". La diferencia absoluta entre el conocimiento subsumido en el valor de cambio, pese a que refleja objetiva y absolutamente determinados niveles de la realidad, y el conocimiento liberado y que gira alrededor de la producción y coordinación democráticas de los valores de uso, es aquí fundamental, pero avanzar en estas reflexiones críticas supone asumir la verdad objetiva de la explotación social, algo rechazado por el grueso del postmodernismo.

En la Grecia clásica, esta contradicción pasó, grosso modo expuesto, por dos fases históricas, siendo Sócrates el eje de giro de la progresista a la reaccionaria. La primera fase se caracterizó por la predominancia de la dialéctica embrionaria pese a la fuerza del idealismo. Lo que ahora nos interesa de esta fase es la recuperación del sentido de integralidad --que no de integrismo-- y de praxis que ya había existido en el comunismo primitivo, que había ido debilitándose posteriormente

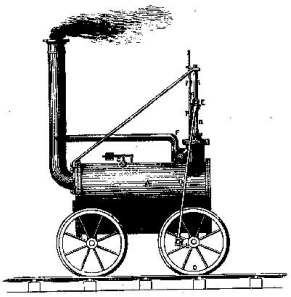
hasta desaparecer en los grandes imperios tributarios, y que, en otras condiciones sociohistóricas, reapareció en la Grecia presocrática. Los grandes logros de la protociencia y de la filosofía griega eran realizados por personas que a pesar de su machismo, su apego al dinero y su desprecio de otros pueblos, sin embargo sí se atrevieron a enfrentarse al poder entonces establecido, a pensar por su cuenta racionalizando las contradicciones objetivas y a asumir los riesgos de su praxis. Todo esto, que no es poco, es lo que admiraron en ellos los fundadores del marxismo y todo el movimiento revolucionario posterior, pero no sus componentes reaccionarios en las cuestiones que hemos citado. La contradicción entre el proceso de verdad y los frenos sociales impuestos por la explotación, también estaba viva en el interior de su praxis, pero terminó imponiéndose la fuerza de la ley del salto cualitativo a lo nuevo y de la negación de la negación. Luego, cuando la clase oligárquica recuperó su poder y Grecia se estancaba y retrocedía, fase que explica mucho del papel de Sócrates, la reacción pasó a la contraofensiva general desmantelando los logros anteriores.

Platón encabeza este retroceso generalizado, y pese a ello es tan potente la fuerza tendencial del proceso de verdad que en Aristóteles y en todo el conocimiento alejandrino posterior se perciben claramente sus desesperadas resistencias a su extinción bajo la marea reaccionaria. Tendría que crearse el cristianismo a partir de la intervención de la clase dirigente romana y desarrollar este poder político-religioso una implacable represión de los restos de la cultura greco-romana pagana y culta, para poder dar por muerta a la praxis durante muchos siglos. Desde entonces, la teorización y comprensión de las leyes de la dialéctica se ha visto y se ve dificultada considerablemente por el desenvolvimiento de varias causas: Una es el propio interés consciente de las clases explotadoras por impedir el conocimiento de un método revolucionario en su misma esencia, que sostiene que todo es finito y pasajero, que nada existe eternamente y que la unidad y lucha de contrarios mina todo lo que existe. Otra, unido al anterior, es el conservadurismo de las castas burocráticas del saber oficial, elegidas por la clase dominante y pagada por esta.

Por no extendernos, el peso insoportable de las tradiciones oscurantistas y mistificadoras de las generaciones muertas en la cabeza de las vivas, cadenas que vienen del pasado y que los poderes contemporáneos siempre se esfuerzan en refundir y engrosar. Aún así, la dialéctica espontánea que surge del acto reflejo de responder a las necesidades y actuar sobre ellas superándolas a la vez que creando otras, dio sus frutos en muchos lugares del planeta, sobre todo en China y en los pueblos que el Islam había liberado de la inculta barbarie cristiana, de manera que se recrudeció la lucha entre la dialéctica y la metafísica. Sin embargo, tanto en China como en el Islam y en otras partes, venció la segunda a la primera, aunque no totalmente, venció pero no convenció a una minoría resistente porque la dialéctica siempre late como negación en el mismo acto de afirmar algo imposible, y viceversa, como afirmación en el simple acto de negar algo cierto.

4.3.- TERCERA EXPERIENCIA DE PRAXIS: EL RENACIMIENTO

La tercera experiencia de praxis humana en la que se basa la dialéctica como concepción del mundo para demostrar su factibilidad histórica se produjo durante el corto esplendor del Renacimiento en el norte de Italia y en algunos lugares más de Europa, islas de praxis en un océano de terror dogmático inquisitorialmente aplicado por la Iglesia y los Estados. Marx y Engels se refirieron con admiración a los grandes sabios del Renacimiento, remarcando sus conocimientos múltiples, su dominio de varias lenguas y sus viajes y hasta sus aventuras, su rechazo a la división intelectual del trabajo y el valor que otorgaban a la práctica en todos los aspectos, incluida la lucha política con la pluma o con la espada, cuando no con ambas. Aunque existen grandes diferencias entre la praxis en el comunismo primitivo, en la primera fase de la Grecia clásica y en el Renacimiento que surgen del desarrollo de las fuerzas productivas y de las diferentes relaciones sociales de producción, también existe una identidad que se mantiene y que consiste en que en las tres situaciones, las personas respondieron a la adversidad con la dialéctica entre la mano y el cerebro, la práctica y la teoría. No es casualidad que el Renacimiento fuese la época de más intensa y creativa recuperación de las tradiciones griegas clásicas desde que los árabes trajeron a Europa el saber griego. Para acabar con estos logros el cristianismo en sus dos corrientes mayoritarias y más feroces, la católica y la protestante-calvinista, reprimió la praxis con extrema brutalidad, asando la carne humana en las brasas de la hoguera.



Pero el Renacimiento duró poco y aunque la praxis se trasladó hacia el norte del continente al mismo ritmo de las luchas socio-religiosas y de liberación nacional holandesa frente a la ocupación española, fue perdiendo intensidad conforme la burguesía desarrollaba la división intelectual del trabajo y empeoraban las condiciones del trabajo físico. Unida a esta tendencia en ascenso inherente al capitalismo, se desarrolló la visión mecanicista y metafísica de la naturaleza a partir de los descubrimientos realizados desde el siglo XVII en adelante. Dado que la mayoría de los estudiosos aceptaban la existencia de dios y al menos de boca para fuera el dogma cristiano de la creación del mundo; dado que la dialéctica se había refugiado por miedo a la represión en lo profundo del saber, casi clandestinamente; dado que eran tiempos de rápida expansión del capitalismo mercantil y comercial, con la irrupción incontenible del dinero y de la abstracción-mercancía antes vista, abstracción que reduce la calidad y el movimiento a la quietud cuantitativa del equivalente universal; y dado que los descubrimientos realizados trataban en su mayoría sobre el funcionamiento mecánico y cíclico de la naturaleza, lo que concordaba plenamente con el funcionamiento mecánico de las nuevas máquinas que se iban inventado y que siempre necesitaban de un motor externo para ponerse en funcionamiento, como la fuerza de trabajo humana o animal, el viento y el agua, o la pólvora y la mecha encendida en las armas de fuego, o más tarde la máquina de vapor, etc., viendo todo esto, es perfectamente comprensible que la "revolución científica" del siglo XVII confirmara sin quererlo ni saberlo la ley dialéctica del desarrollo desigual y combinado: por un lado, los conocimientos disponibles superaron a las intuiciones protocientíficas de los

griegos y a los avances científicos del Renacimiento, pero por otro lado, contradictoriamente, la concepción ontológica oficial de la naturaleza y del pensamiento, la mecanicista y metafísica, iba muy por detrás de los logros holistas, dialécticos y praxeológicos anteriores.

La naturaleza, la sociedad y la especie humana fueron reducidas a simples máquinas que funcionaban automáticamente una vez puestas en marcha por el "soplo divino" o por "la causa primera", ignota e incognoscible en última instancia como "cosa en sí" exterior e inasequible al conocimiento humano. El desarrollo desigual se confirmaba en los diferentes ritmos entre el rápido avance científico realizado, con repercusiones directas en partes apreciables de la epistemología, como las matemáticas, la física, la geometría, etc., y el estancamiento en el mecanicismo idealista y el materialismo vulgar de la concepción general de la naturaleza en su conjunto, del ser, es decir, la definición ontológica de lo existente. Dos ritmos opuestos que (empero), a medio plazo, no impidieron el desarrollo combinado del conocimiento humano porque ya para la mitad del siglo XVIII Kant, en un ejemplo más de la unidad de contrarios en el interior del pensamiento agnóstico en este caso, había adelantado una tesis filosófica sobre la formación de la naturaleza llamada a abrir brecha en el dogma establecido. Más tarde se abrirían otros boquetes hasta la crisis definitiva de este modelo, que se está desarrollando actualmente. El carácter combinado del desarrollo es aquí innegable. La evolución del conocimiento humano se realiza desigual y combinadamente. Lo primero por las propias exigencias diversas de la sociedad y del pensamiento, sobre todo de la producción social, que se muestran con ritmos específicos; lo segundo, porque tarde o temprano, la propia lógica uniformadora de la producción social y de la necesidad de síntesis teórica del conocimiento terminan forzando el desarrollo combinado.

Otro ejemplo de la acción de la dialéctica lo tenemos en el marco específico de la sociedad y del pensamiento, en donde el componente subjetivo reaccionario presionaba en contra de la verdad objetiva de la explotación capitalista. Por un lado, el socialismo avanzaba de un fase utópica a su fase científico-crítica, demostrando la veracidad de la teoría de la plusvalía y de toda la crítica marxista de la economía política, pero, por el lado contrario, se desarrolló la sociología como alternativa al socialismo, que pretendía reformar la sociedad burguesa interviniendo sobre ella con criterios netamente mecanicistas y automatistas, antidialécticos, aprendidos del mecanicismo autómata de la ciencia oficial del siglo XVII. La sociología creíase capaz de evitar la lucha de clases revolucionaria actuando "científicamente" sobre los problemas económicos, a la vez que desarrollando una nueva "religión laica" que frenase el avance del socialismo entre los explotados. Una minoría de sabios imparciales y objetivos, no contaminados por los valores sociales ni agotados por la dureza del trabajo físico, debían pensar las "leyes naturales" de la sociedad y aplicarlas con el apoyo de las instituciones del Estado neutral, desde la educación hasta el ejército, pero sobre todo en la producción y reproducción.

Además de verificar de nuevo la incidencia de la subjetividad de clase reaccionaria –la sociología rechaza el marxismo pese a los esfuerzos de algunos intelectuales en lograr una fusión artificial-- en contra de la verdad objetiva de la explotación, la sociología también confirma la acción de la dialéctica dentro de ella misma, aunque lo deteste y lo niegue: determinados estudios sociológicos aportan verdades relativas que el marxismo no duda en asumir en integrar en la mejora de la verdad absoluta de explotación asalariada dentro del capitalismo y mientras

éste exista. La verdad objetiva y absoluta de la explotación asalariada es inherente al capitalismo porque éste existe gracias precisamente a esa explotación en cuanto unidad y lucha permanente de contrarios irreconciliables en su seno y en si núcleo esencia, la producción de mercancías y la obtención de beneficios privados; y, a la vez, la sociología, pese a sus limitaciones genéticas de clase, descubre algunas verdades relativas debido a la propia objetividad del pensamiento humano, aunque no lo quiera, lo que es aprovechado por el marxismo para mejorar su praxis revolucionaria, pero a la vez interviene conscientemente la subjetividad reaccionaria o reformista de la sociología para evitar esa mejora del marxismo y de su lucha. Así tenemos en permanente interacción a todos los elementos de la dialéctica, aunque lo neguemos.

Detenernos un instante en la lucha de contrarios entre la sociología y el marxismo era necesario para comprender el contexto en el que está emergiendo con fuerza la cuarta fase práctica de la dialéctica como concepción del mundo. Una fase que se inicia con la aparición de la lucha proletaria a finales del siglo XVIII, realiza un aumento cuantitativo alrededor de la década de 1830 y da el salto cualitativo en la segunda mitad del siglo XIX. Brevemente expuesto, la sociología es una parte más inserta en la amplia y creciente cantidad de aparatos materiales y simbólicos de que se dota el capitalismo para aumentar sus beneficios. Unidos a la sociología están el sistema educativo, muchas burocracias estatales en especial las represivas, instituciones privadas capitalistas de todo tipo y todo el mundo de la producción y reproducción, especialmente en lo relacionado a las disciplinas laborales, a la productividad del trabajo y al aumento de la realización del beneficio, es decir, del marketing, de la mercadotecnia y de la incitación al consumismo. El Estado y muchas instituciones burguesas recurren a la interdisciplinariedad de los conocimientos para aumentar la efectividad de su control social y, en definitiva, preparar la represión violenta de la lucha revolucionaria si han fallado las fases represivas precedentes. La política burguesa se refuerza y perfecciona con todos estos desarrollos que, de nuevo indirectamente, confirman la validez de la dialéctica. Son las clases explotadas las que padecen las consecuencias de estas decisiones.

4.4.- CUARTA EXPERIENCIA DE PRAXIS: EL SOCIALISMO

En el caso de la cuarta experiencia histórica de la praxis, el movimiento obrero y popular bien pronto se preocupó por avanzar en la formación cultural, político y moral de sus miembros por medio de escuelas y cursos realizados fuera de las horas de trabajo. En un proceso muy complejo y desigual que no podemos exponer aquí, el movimiento obrero concienciado tendió a buscar una educación integral que capacitara a la clase para dirigir a la sociedad en su conjunto a la emancipación. Al principio este intento estaba fuertemente dominado por el utopismo mayoritariamente reformista, por el saint simonianismo y el owenismo, básicamente, pero también por utopías más radicales y progresistas, como el fourierismo y otras, sin citar la influencia de la ideología burguesa en su forma de cristianismo social y otras. Conforme el socialismo se emancipaba de la utopía, la necesidad de una formación integral radical opuesta a la burguesa se hacía más patente. Con el desarrollo del marxismo, corriente minoritaria dentro de la socialdemocracia, se dio un paso decisivo pero muy reducido dentro de la marea positivista y gradualista que dominaba desde antes en la socialdemocracia europea y sobre todo alemana. En este país, y en menor escala en el resto, se hizo un verdadero esfuerzo integral por formar a la clase obrera en una concepción alternativa a la burguesa, aunque, en realidad, minada por el gradualismo ya citado. Otro tanto hizo el anarquismo allí donde tenía implantación.

A la luz de esta experiencia consciente, con sus límites, de lograr un desarrollo humano integral en lo posible dentro del capitalismo y contra el capitalismo, que fuera expandiéndose entre las clases explotadas, podemos decir que el primer intento no teorizado de lograr una especie de "hegemonía" fue realizado entonces, antes de que los bolcheviques utilizaran este término luego popularizado por Gramsci pero con sus ambigüedades, las aprovechadas por el eurocomunismo para justificar su integración definitiva en el sistema burgués. Mientras el marxismo mantuvo su potencia radical práctica de masas al amparo de la victoria bolchevique, se realizó un esfuerzo sistemático por avanzar en esta formación, y los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista son un ejemplo innegable de ello. Pero la victoria de la burocracia stalinista arruinó este esfuerzo.

Pero esta importante derrota no destruyó al marxismo y a la dialéctica pese a los esfuerzos posteriores del stalinismo por exterminar toda crítica a su poder. De alguna forma, todos los intentos revolucionarios posteriores a 1917 se iniciaron con una clara defensa de la dialéctica como concepción del mundo, en contra de la oposición de la URSS al respecto. Dicha concepción del mundo se caracteriza por defender los fundamentos irrenunciables de que los oprimidos han de emanciparse a sí mismos y de que durante esa emancipación han de autocriticarse y mejorar su práctica. Estos principios están ya enunciados esencialmente en las *Tesis sobre Feuerbarch* de Marx y recorren toda su vida, la de Engels y la de los marxistas. Dialécticamente, el papel de la vanguardia revolucionaria también está sujeto al criterio de la práctica y al aprendizaje autocrítico por la vanguardia de sus errores y de las lecciones que le aportan las clases explotadas.

En la concepción del mundo de la dialéctica materialista no hay espacio para la separación privilegiada, dirigista e intelectualista de una supuesta vanguardia autoproclamada con respecto a la "masa" pasiva e ignorante, que sólo aporta su fuerza bruta de lucha. Al contrario, se expone una dialéctica ágil, directa y viva

entre las distintas organizaciones revolucionarias que tienden a formar una única organización o partido con una muy efectiva democracia socialista en su seno, y las distintas formas de autoorganización del proletariado en base a sus formas de trabajo y vida cotidiana. Todas las luchas revolucionarias muestran esta constante inicial que más tarde entra en conflicto con la tendencia burocrática que inevitablemente surge en toda revolución, aunque otra cosa es que surja con más o menos fuerza interna y cuanto tiempo tarde en suplantar a la dirección revolucionaria, y si lo logra. No podemos seguir ahora esta decisiva cuestión, sino sólo decir que la posibilidad de degeneración burocrática de las revoluciones depende, entre otras cosas, de la raigambre en profundidad y extensión que haya logrado entre las masas trabajadoras autoorganizadas en poder soviético y entre la organización revolucionaria que surge legitimada a diario de las masas, la concepción del mundo marxista.

Unida a otras dificultades objetivas, si esta conciencia subjetiva es débil o parcial, la burocracia gangrenará más rápida y fácilmente el agotado y débil poder popular. Sí es fuerte y activa, crítica y movilizadota, reforzará la conciencia de las masas trabajadoras para comprender las razones objetivas de las dificultades revolucionarias, la verdad objetiva de la situación, verdad que siempre el pueblo trabajador ha de conocer lo más objetivamente posible para poder intervenir dentro de ella, de su desarrollo, mediante el componente subjetivo --esta vez revolucionario-- inserto en la teoría dialéctica del conocimiento. Es por esto que una de las prioridades de todas las burocracias es la de desactivar el potencial revolucionario y crítico, destructivo y creativo, de la dialéctica, desnaturalizándola en su esencia hasta reducirla a un engrudo indigesto e intragable legitimador de la nueva casta dominante.

Por el contrario, la dialéctica como concepción del mundo exige imperativamente la acción humana dentro del desenvolvimiento de las contradicciones. Todas las leyes de la dialéctica así lo exigen, y también la teoría marxista del conocimiento y de la verdad objetiva con su componente subjetivo interno, y de la verdad absoluta y relativa, tanto en el marco de la naturaleza objetiva y preexistente a las generaciones vivientes, como en el contexto social y del pensamiento humano. La intervención y transformación de la naturaleza, necesidad básica, sólo se puede realizar en la medida en que se conocen sus regularidades, las excepciones de éstas, el delicado equilibrio entre sus interacciones múltiples y los efectos negativos que se generan al romperse fácilmente dicho equilibrio, etc., es decir, la dialéctica del movimiento de la materia. Que esta es una necesidad básica sujeta no sólo a la capacidad humana de conocimiento sino, sobre todo, a la propia dialéctica de la naturaleza ha quedado confirmado por la multiplicación exponencial las crisis medioambientales, del calentamiento global, etc., que tienden hacia la confluencia en una catástrofe ecológica planetaria.

Los fundadores del marxismo ya descubrieron la lógica interna de esta "venganza de la naturaleza", que entonces no había llegado a la gravedad actual. La "venganza de la naturaleza" se manifiesta también en otro ejemplo que confirma más si cabe la dialéctica entre la naturaleza, la sociedad y el pensamiento: la salud. Es innegable que en su equilibrio interactúan los factores objetivos, físicos y somáticos, con los sociales de la riqueza y abundancia de recursos o pobreza e incultura, explotación de sexo-género, nacional y de clase, etc., y los factores

subjetivos o psicológicos, inseparables de la personalidad y de su capacidad de pensamiento crítico, que a su vez dependen de la explotación social.

La intervención humana es decisiva en los tres, tanto en su desarrollo desigual, según la gravedad de cada enfermedad, como en su desarrollo combinado y totalizante de equilibrio psicosomático en un entorno sin explotación ni miseria. La ley del desarrollo desigual y combinado es aquí tan innegable en su objetividad como los son el resto de leyes dialécticas en el conjunto de la salud humana genérica y concreta. Negarlo carece de sentido, a no ser que rechacemos la existencia de una poderosísima rama industrial capitalista de la salud humana dedicada simultáneamente a la obtención del máximo beneficio privado y al mantenimiento de la fuerza de trabajo de la humanidad explotada.

Cazados por la trampa de la ideología burguesa que aísla e inmoviliza a las diversas realidades, que las separa de los intereses objetivos del capital y que justifica la enfermedad en base a la "suerte individual", o a la "vagancia del pobre y fracasado en la vida" o simplemente a la voluntad de dios, etc., cazados en esta trampa reaccionaria, creeremos que la salud humana no es una problema esencialmente político, socioeconómico y tecnocientífico, además de ético, es decir, que atañe a la lógica de la producción capitalista, a la naturaleza de la propiedad existente, y a los condicionantes que ambos imponen a la investigación médica, dirigiéndola hacia las enfermedades de los países ricos, abandonando las de los pobres, y supeditando la salud integral de la humanidad trabajadora a los intereses de la explotación capitalista que sólo ve a la persona como simple mercancía dotada de fuerza de trabajo, y si es mujer de especial instrumento de producción de fuerza de trabajo.

Dejando el ámbito de la naturaleza, en donde hablar de "contrarios" siempre exige precisar su significado, y pasando a la sociedad y al pensamiento, vemos cómo en la ley de la unidad y lucha de contrarios también está presente la acción humana. De hecho, esta ley dialéctica unida a los principios de movimiento e interacción, fue una de las primeras descubiertas por la humanidad y constatada en los anales de la filosofía, lo que demuestra su inseparabilidad de la praxis humana. Antes del dominio del fuego, por ejemplo, la unidad y lucha de contrarios era apreciable en todos los contrastes más o menos agudos que sacudían la existencia colectiva, desde el frío hasta el calor, lo seco y lo mojado, la luz y la oscuridad, etc. En los textos más antiguos la unidad y lucha de contrarios aparece en su desenvolvimiento normal porque, ya para entonces, primero el control del fuego y luego la capacidad de crearlo había enseñado directamente la unidad de cosas tan diferentes como la madera y el fuego, o el fuego y el agua. No es casualidad que el fuego fuera dotado de una carga simbólica tan fuerte porque, además de esta lucha de contrarios unidos, también el surgimiento de algo nuevo con su ayuda, desde la alimentación cocinada con su ayuda, hasta la seguridad que proporcionaba frente a las a las fieras.

La visión holista a la que antes nos hemos referido se sustenta en la unidad de los contrarios en lucha, pues de no ser así la totalidad a la que alude el holismo habría estallado en pedazos inconexos expulsados por las fuerzas centrífugas de los contrarios, que se mantienen unidos por las fuerzas centrípetas holistas. La intervención desafortunada e incorrecta del colectivo humano podía romper ese delicado equilibrio entre la separación y la unión de contrarios, facilitando la

ruptura de la totalidad con los efectos negativos que ello acarreaba, o podía reforzarla mediante una intervención correcta, acorde con las "voluntad de la Diosa Tierra", "la Diosa Madre", de Gaia o de Ama Lur. Desde entonces hasta ahora, esta ley dialéctica que exige la presencia humana se ha visto confirmada una y otra vez.

La acción humana también está presente en la ley del aumento cuantitativo y salto cualitativo por el simple hecho de que, desde esta perspectiva holista y totalizante, el aumento cuantitativo no está nunca libre del azar proveniente de la intervención humana global, que envuelve a ese proceso contraditorio concreto. Miremos por donde miremos, siempre nos encontraremos con que, de algún modo, la acción humana ha influido e influye en el aumento cuantitativo de los procesos sociales en general. Por ejemplo, cualquier crisis económica parcial debida a las contradicciones "endógenas" y objetivas del capitalismo, lleva dentro la acción humana realizada en el pasado remoto o inmediato, que podemos considerarlas como contradicciones "exógenas" a lo directamente económico sólo en el momento puntual y estricto del análisis, y aún así afirmando explícitamente que la acción humana es imprescindible para entender el proceso en su plenitud las contradicciones "endógenas".

Pues bien, inmediatamente después del momento del análisis, si no en el mismo momento pero en otra fase conectada, hay que proceder a la síntesis de todos los análisis específicos y a su integración imprescindible en la totalidad del problema, totalidad que nunca ha desaparecido. Es entonces cuando se hace aplastante la demostración de la influencia del ser humano, mejor decir de explotadores y explotados, en el proceso de crisis socioeconómica y política que resulta de la conjugación de las crisis parciales. Marx demostró esta dialéctica de la totalidad entre lo "endógeno" y lo "exógeno" en su brillante capítulo sobre la ley de caída tendencial de la tasa media de ganancia, enseñando cómo las decisiones de la clase dominante, y las respuestas subsiguientes de las clases y pueblos dominados, pueden acelerar, contener o revertir esa tendencia inherente al sistema capitalista. La síntesis confirma la acción de la lucha de clases en el interior mismo de las contradicciones capitalistas.

Cuando las crisis económicas parciales se agravan y se sintetizan en una gran crisis general, periódica del sistema, entonces, cuando se produce el salto de calidad, es decisiva la intervención opuesta de las clases sociales enemigas para dirigir hacia un lado o el opuesto el conjunto de medidas tendentes a iniciar la nueva fase socioeconómica. Que este salto cualitativo se produce como efecto del aumento cuantitativo lo admite hasta la economía burguesa más antidialéctica y antimarxista, que reconoce que en un momento preciso la crisis salta de su fase de recesión a la de depresión, cualitativamente más grave y dura que la anterior, la simple recesión. Que la intervención humana es decisiva en la fase cuantitativa, la de la recesión, para impedir entrar en la de depresión, o para suavizarla y acortar su duración en lo posible, también se demuestra con las medidas tomadas por la clase dominante y su Estado. Por último, que tras el salto cualitativo a la depresión, oficialmente reconocido por la burguesía, se toman medidas más duras contra las clases explotadas muestra que, en el nuevo contexto antes inexistente, la lucha de clases también pega un salto cualitativo, bien sea sólo en la ofensiva del capital contra el trabajo o también en la respuesta de éste contra aquél.

Esto segundo depende precisamente de la tarea previa que haya realizado el movimiento revolucionario y obrero organizados dentro de las clases trabajadoras, advirtiendo que esa situación iba a llegar tarde o temprano,

preparando la lucha, las reivindicaciones, etc., para pasar a la ofensiva unitaria contra el capital en vez de permanecer en la defensiva dividida y desorganizada. La tarea vital del "factor subjetivo" en la objetividad de la crisis socioeconómica, que cada vez más adquiere contenidos y formas políticas, se confirma una vez más en estos momentos en los que la sociedad clasista ha entrado en una fase de lucha cualitativamente más decisiva. Nada de este proceso se entendería sin comprender a la vez el papel clave de la dialéctica como concepción del mundo que advierte del desenvolvimiento de las contradicciones y de la urgencia de incidir conscientemente dentro de ellas.

La intervención consciente de la especie humana está también presente en la ley de la **negación de la negación** porque es ella la que decide bien o mal, premeditadamente cuales son las partes positivas del pasado negado que se conservan subsumidas y superadas en la realidad nueva surgida por la ley del salto cualitativo, del punto crítico de no retorno, del principio de emergencia de lo nuevo, o dicho con cualquiera de las expresiones técnicas que utilizan las ciencias concretas para designar la aparición de lo nuevo a partir de lo viejo en sus campos específicos. La fabricación de "cosas en sí" por la especie humana, en forma de mercancías bajo el capitalismo, es una absoluta confirmación de la efectividad humana en la dirección precisa de la negación de la negación en base a unos objetivos prefijados. En la creación de "cosas en sí" resultantes del principio de emergencia de lo nuevo --segunda ley de la dialéctica-- aplicada a la producción social, la especie humana dirige conscientemente la eliminación de los aspectos y contenidos negativos de lo superado y deja que sus partes buenas se integren en la totalidad resultante a modo de partes secundarias sometidas a una cualidad nueva, la "cosa en sí" que se quería producir. No hace falta añadir que, como efecto de la esencia de demiurgo de lo real que caracteriza a la especie humana mediante la acción consciente sobre la dialéctica de la negación de la negación, se confirma la razón del ateísmo, la limitación insuperable del agnosticismo y el irracionalismo de la creencia en fuerzas trascendentales.

El ejemplo decisivo de la efectividad o el fracaso de la acción humana en la ley de la negación de la negación es el proceso revolucionario, es la revolución comunista. Mediante ella y en ella, las clases, sexos y pueblos explotados seleccionan conscientemente en base a un profundo aprendizaje histórico, todos los aspectos buenos, progresistas y justos que la humanidad ha ido reivindicando a lo largo de los sucesivos modos de producción anteriores, desde el comunismo primitivo hasta el presente, mientras que rechaza y excluye todos los negativos e injustos, reaccionarios, opresores. Es una selección consciente que busca crear en base a su síntesis dialéctica superior, cualitativa, el comunismo, el verdadero salto de la prehistoria a la historia humana. Por ejemplo, Marx reconoció que uno de sus héroes era Spartacus, el dirigente de la mayor rebelión armada y violenta de los esclavos contra los esclavistas romanos. El comunismo asume e integra sus aspiraciones justas y necesarias en un modelo cualitativamente superior imposible de imaginar por los esclavos sublevados en armas en aquellas condiciones. La negación de la negación funciona aquí con un largo, muy largo período temporal, pero muy corto período en la autogénesis humana.

Pase a las distancias en tiempo y en espacio, la vigencia de la reivindicación se mantiene activa, viva, pese a su segunda negación. **La primera negación fue la destructiva**, la derrota militar a manos de los esclavistas causada en buena medida por la previa desunión de los esclavos, que se dividieron en dos grupos, aparte de otras razones; fue una negación sangrienta e inhumana por el

exterminio implacable de miles de esclavos apresados y torturados en la cruz hasta su muerte. **La segunda negación, la creativa**, la que se desarrolla sólo con el comunismo, es la de la superación histórica de toda esclavitud, incluida la esclavitud asalariada bajo el capitalismo, porque se acaba de manera irreversible con la propiedad privada de las fuerzas productivas, y la primera fuerza productiva es el ser humano esclavizado y enajenado de sí, privatizado por y para la clase dominante. Esta negación creativa, integradora de las aspiraciones humanas de volver a la propiedad comunal, social, colectiva o pública inicial, conservada mal que bien en muchas utopías y hasta religiones, se realizará en el comunismo.

Los acelerones intensos en los procesos desiguales son debidos también a la acción humana dentro del desarrollo desigual y combinado. Algunas veces, la llegada de capitales exteriores, imperialistas, con sus exigencias explotadoras, han activado fuerzas sociales internas que han sabido aprender de los invasores, de su cultura para, como los yudocas, volverla contra el ocupante y avanzar rápidamente en su emancipación y desarrollo. Otras veces, cuando las clases oprimidas de los pueblos expoliados no han tenido la fuerza suficiente para dirigir ellas mismas la emancipación, han sido las clases dirigentes las que la han dirigido pero siempre dentro de los cauces tolerados y marcados por la potencia colonialista o imperialista dominante, de forma que el pueblo no ha conquistado su plena independencia, es decir, ser propietario de sí mismo y de sus fuerzas productivas y reproductivas, sino una independencia formal que oculta una total dependencia económica, política y militar. Pero otras muchas veces, la inmensa mayoría de ellas, lo que ha ocurrido es que estos pueblos han seguido en el nivel al que fueron condenados por la destrucción causada por el imperialismo, que los empobreció aún más, que les impidió el despegue socioeconómico, político y militar, y que les ha condenado al empobrecimiento y subdesarrollo estructurales.

En los tres casos, es la acción humana en todos sus sentidos la responsable bien de la victoria popular, bien de la claudicación de las clases dirigente colaboracionistas con el imperialismo, bien con la derrota estratégica absoluta en la que las clases dirigentes han sido reducidas a meras burocracias clientelares y títeres del imperialismo. Por su parte, el desarrollo combinado se aprecia en el hecho de que estos procesos desiguales se producen en oleadas internacionales, en fases de luchas que responden a la objetividad de las contradicciones capitalistas a escala mundial.

La acción planificada humana en la ley del desarrollo desigual y combinado se realiza también en sus niveles más reducidos e insignificantes, en cualquier intento de enderezar el ritmo de un equipo de deportes, o de los resultados académicos de una escuela, o de una empresa capitalista, o de una empresa religiosa en la que el párroco necesita aumentar la productividad en la afiliación de creyentes, etc. En estos y en otros muchos casos colectivos e individuales, las personas proyectan planes bien de recuperación del ritmo de crecimiento por debajo de la media, para superarla sobre todo, o bien, en otros muchos casos, se interviene, por ejemplo, para “enfriar la economía” con el fin de que tenga un “aterrizaje suave” y evite una crisis por “sobrecalentamiento” con su correspondiente “desplome” a partir de un momento crítico de acumulación de stock no vendidos, etc. Esta última terminología o argot técnico cargado de dialéctica espontánea, se puede encontrar en cualquier revista sobre economía, y el hecho de que en determinados períodos proliferen opiniones similares en muchos países indica la efectividad de la ley del desarrollo desigual y combinado

porque confirma que una crisis de sopreproducción parcial o general afecta a muchos países, y, de entre estos, a unos más que a otros por su más rápido crecimiento, por su desigualdad por encima de la media combinada, no por debajo.

Los Estados intervienen en estos casos con precisas medidas para reducir la producción bajando los ritmos, echando obreros al paro, subvencionado a los empresarios de esas ramas productivas, impulsando el consumo de los stock sobrantes dentro y fuera del país mediante políticas monetarias y de ayuda a la exportación, etc. No hace falta decir que el capital desperdiciado en esas ayudas a fracciones de la burguesía y a esta clase en su conjunto, proviene de la explotación de las clases trabajadoras que son las que cargan sobre sus espaldas los costos de la salida de la crisis. Una vez más, la lucha de clases interviene desde y en el interior de la economía mediante, en este caso, la acción humana en la ley del desarrollo desigual y combinado.

4.5.- DIALECTICA ENTRE SUBJETIVIDAD Y VIOLENCIA

Cuando la humanidad no puede intervenir sobre el desarrollo de estas leyes, o interviene mal porque se han impuesto los intereses parciales de la minoría explotadora y opresora, en estas situaciones tan frecuentes, mayoritarias en la historia de nuestra especie, el desenvolvimiento de la dialéctica en la naturaleza, la sociedad y el pensamiento adquiere contenidos negativos, no pensados ni deseados con anterioridad, o sólo convenientes y positivos para esa minoría. Es a esto a lo que se referían tantas veces Marx y Engels al decir que la resultante última de la historia era muy a menudo algo no pensado ni deseado por las personas, sino producto de la ciega marcha de los acontecimientos incontrolables porque todavía los pueblos no habían desarrollado las suficientes fuerzas productivas prácticas y teóricas como para intervenir adecuadamente en el interior mismo de las leyes de la dialéctica, orientándolas en el sentido uno y doble de mejorar las condiciones de vida de la especie y a la vez, reintegrarla en la naturaleza de la que se había distanciado y a la que se había enfrentado. Por tanto, el papel del conocimiento es decisivo ya que sólo éste --conocimiento como teoría inserta en la praxis-- es capaz de percibir correctamente qué acciones hay que realizar dentro de la dialéctica entre la verdad objetiva y su componente subjetivo, y entre la verdad absoluta y la verdad relativa. No hace falta recordar todo lo arriba expuesto sobre las conexiones directas y esenciales entre el conocimiento y la estructura social, especialmente en la escindida por la existencia de la explotación de una mayoría por una minoría.

Si la violencia es la partera de la historia, y lo es realmente, ocurre que la violencia es el acto práctico en el que se sintetizan todas las contradicciones, cadenas retardatarias y potencialidades expansivas existentes en ese momento histórico. Hemos visto con cierto detalle en el capítulo anterior cómo interactúan dentro de las verdades objetivas, absolutas y relativas las fuerzas subjetivas irreconciliables existentes en toda sociedad clasista. La acción humana consciente dentro del proceso general de conocimiento, no sólo dentro de las leyes dialécticas, se confirma precisamente en esos ejemplos puestos y en cuantos más queramos citar. Que la Iglesia católica prohibiera el uso de la ballesta a las masas campesinas y urbanas para su autodefensa contra la brutalidad feudal, bajo pena de excomunión, muestra cómo actúa la subjetividad criminal en la objetividad social en su forma más básica: la explotación humana.

El que la gente oprimida no hiciera caso de la prohibición y de los castigos físicos inmediatos, que no sólo religiosos, acarreaba el uso de la ballesta, esta desobediencia digna de todo ser humano en el pleno sentido de sus facultades, queda corroborada no sólo por las periódicas sublevaciones y luchas, tampoco por la persistencia del bandolerismo social y por la autodefensa de las masas de pobres y vagabundos al estilo de Robin Hood, sino que también han quedado inscritas en las tradiciones populares de muchos pueblos que tienen sus versiones específicas del mito de Guillermo Tell. La censura, reinterpretación y nueva escrituración de estos mitos populares por los poderes de turno, no han podido aún borrar su recuerdo definitivamente o tergiversarlo tanto que pierda su carga crítica latente. Otro tanto debemos decir con respecto al resto de tradiciones

populares que conservan mal que bien y bajo mucha distorsión posterior, un fondo de verdad popular que, al margen de su plena o parcial exactitud histórica, es vivida como verdad objetiva porque su esencia se mantiene en el recuerdo y se reactiva en las resistencias y luchas posteriores.

La lenta acción corrosiva que estas tradiciones de rebeldía hace sobre la ideología servil y pacifista que las minorías opresoras anclan en las masas oprimidas, logra que sectores de éstas se formen con una personalidad en la que la crítica y la acción de autodefensa frente a las injusticias sean valores positivos y normales, que se remontan al pasado como lo atestiguan las tradiciones mantenidas contra la censura y la represión. Muchas o pocas, según los casos, de estas personas ejercitarán esos valores críticos también en sus profesiones, trabajos y formas de vida, de modo que, por término medio, un pueblo que haya conservado memoria de su pasada identidad de lucha podrá recuperarla y reactivarla más rápida y fácilmente que otro que la haya perdido. El componente de subjetividad popular, de lucha y reivindicación, mantenido en la memoria colectiva es parte de la dialéctica entre la verdad objetiva que vive ese pueblo y la subjetividad escindida entre lo reaccionario y lo progresista.

Semejante lucha interna a la subjetividad repercute siempre en el proceso de elaboración de la verdad objetiva y absoluta, porque fuerza en la práctica diaria a que se tomen orientaciones de investigación, de desarrollo del conocimiento, de producción de "cosas en sí" más acordes con la necesidad y reivindicación del pueblo resistente que con la subjetividad criminal de la minoría en el poder. Desde la lucha sindical hasta la antinuclear y antimilitarista, pasando por la estudiantil y por las luchas vitales de sexo-género y un inacabable etcétera, en esta práctica cotidiana está activa esta consciencia por desarrollar otra verdad más rica y enriquecedora, acorde con las necesidades del pueblo. Esta lucha es el primer paso y la base sobre la que se eleva la lucha revolucionaria más decidida y precisa en sus objetivos estratégicos, resultando que, al final, el pueblo trabajador no sólo cuestiona la totalidad del orden establecido en lo referente a la producción de conocimiento sino que a la vez, dialécticamente, lucha por otro orden y por otro conocimiento.

Naturalmente, este proceso puede ser cortocircuitado, detenido, desviado o simplemente derrotado y aplastado por la burguesía, como ha ocurrido frecuentemente. Se trata de una posibilidad cierta que surge de la misma dialéctica de unidad y lucha de contrarios entre dos proyectos humanos antagónicos. La dialéctica como concepción de mundo insiste precisamente en el carácter central de las acciones humanas en el desarrollo de las contradicciones. Esta concepción del mundo muestra que la dialéctica no es determinista, no reduce la historia a una especie de ascensor que, sin recaídas, aunque tal vez con alguna interrupción, llega a los cielos de manera automática. Esta concepción del mundo sostiene que la victoria se acerca en la medida en que se lucha bien y se aleja en la medida en que se lucha mal, que no existe victoria posible si no se lucha y que en esa lucha deben intervenir todos los recursos prácticos y teóricos humanos, incluidos aquellos que formalmente no tienen que ver nada con la revolución, como por ejemplo las cualidades artísticas de la especie humana, que existen desde que existe ésta.

5. LA DIALÉCTICA COMO CREATIVIDAD ARTISTICA

En los manuales sobre dialéctica que se editaban en la URSS y en todo el "socialismo realmente inexistente" que se desarrolló bajo su influencia, no aparece este contenido esencial de la dialéctica: la unidad profunda entre las diversas aptitudes creativas de la especie humana de manera que resulta imposible separar unas de otras. Es cierto que algunos marxistas más o menos atenazados o influenciados por el dogmatismo stalinista intentaron, a título individual, romper con esas limitaciones --el caso de la *Estética* de Lukács sea probablemente el más llamativo-- o reformarlas en la medida de lo posible, pero sus resultados fueron muy limitados cuando no nulos.

5.1.- LA ESTÉTICA COMO PRAXIS REVOLUCIONARIA

Marx se preocupó especialmente en que *El Capital* fuera un "todo estético", es decir, fuera una praxis de belleza y de arte –sin definir aquí las diferencias e identidades entre lo estético, lo artístico y lo bello-- en el sentido renacentista, griego clásico y del holismo primigenio, que no en el modelo de belleza de la burguesía europea de la segunda mitad del siglo XIX. Este componente del marxismo se ha abandonado deliberadamente al olvido, y luego se ha hecho muy poco o ningún esfuerzo por recuperarlo, pese a que la cuestión de la creatividad artística y de su papel en el desarrollo integral del humano-genérico es una preocupación recurrente en la superficie del marxismo, y permanente en su interior. Han sido las urgencias de la lucha revolucionaria, las prioridades tácticas, etc., las que han determinado que esa inquietud interna apareciera sólo esporádicamente en la superficie de la acción práctica. También el reformismo y la degeneración burocrática, como veremos, han tenido un papel decisivo en este abandono. Por ejemplo, dentro de la totalidad de la obra marxista se ha sobredimensionado y descontextualizado la corta afirmación de Lenin sobre la belleza de la música de Beethoven, en el contexto de la brutalidad capitalista, su audición podía conllevar una relajación de la vigilancia y tensión revolucionaria, dejando tiempo de respuesta al enemigo de clase.

En realidad, Lenin estaba reconociendo el valor tremendo, objetivo y absoluto, del arte musical como expresión de lo más sublime del ser humano pero, y aquí a la fuerza interviene el Lenin siempre dialéctico, por un lado, también estaba afirmando que ese sentimiento objetivo y absoluto debía relativizarse y concretarse en cada época histórica, en su caso en el capitalismo al que se enfrentaban mortalmente las masas trabajadoras en aquél tiempo. La relativización sociohistórica es imprescindible para contextualizar algo tan complejo como la belleza en todas sus formas, y su concreción en una época histórica nos lleva a la otra consideración que se desprende de la afirmación de Lenin: en cada época, en cada modo de producción y en cada formación económico-social, la subjetividad social influye, determina y hasta imposibilita el desarrollo de la belleza objetiva, ya que si la clase dominante puede "morder" al

proletariado revolucionario aprovechando que éste se ha quedado embelesado con la música, eso demuestra precisamente la corrección de la tesis marxista general de la dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, es decir, el que la burguesía utilice el arte para golpear a la revolución significa que la burguesía miente cuando defiende el "arte por el arte", el "arte neutral", la "arte apolítico", etc., y busca siempre utilizar todas las posibilidades para ganar en la batalla clasista.

Las dos precisiones de Lenin al respecto de la belleza impresionante de la música de Beethoven cobran tanta más importancia teórica cuanto que comprobamos, por un lado, que este compositor no era precisamente un conformista, un apolítico o un indiferente hacia los problemas sociales. Aunque en su época era objetivamente imposible concebir ideas socialistas y cabalmente internacionalistas, su postura ante la revolución francesa y su crítica al comportamiento de Napoleón son bien conocidas y loables. Por otro lado, si bien no podemos hacer ficción histórica trasladando a aquél Beethoven a las condiciones del capitalismo actual, sí podemos apreciar la capacidad de integración y manipulación realizada por la burguesía europea al utilizar una obra de este músico para el himno de la UE. Beethoven rechazaba el imperialismo napoleónico, y es presumible imaginar que, al menos, habría puesto alguna pega, si no toda, a la utilización de su música como himno del imperialismo interno en beneficio de las burguesías europeas más fuertes y en detrimento de los pueblos, que es la UE, además de otras consideraciones. De cualquier modo, huyendo de especulaciones, lo acertado de la tesis de Lenin es poner el dedo en la llaga de la contradicción entre la belleza y la subjetividad social que la manipula en beneficio de intereses explotadores. Sobre lo primero, sobre la belleza como sentimiento profundo, Lenin se mantiene dentro de la más pura ortodoxia marxista, y también sobre lo segundo.

Cada época y cada cultura tienen su propio canon de belleza, su estilo e impronta estética, su forma de sentir la armonía plena entre el potencial creativo y crítico, expansivo, y las emociones más íntimas, tiernas y solidarias, con sus inevitables tensiones y disputas internas. La praxis estética requiere de un equilibrio siempre precario, difícil de lograr, que se resiste con extrema obcecación a cualquier análisis frío y cientifista, mecanicista, y que tiende a desaparecer o a enfriarse si no se le cultiva con mimo y tesón. No es casualidad el que los grandes períodos de creatividad artística colectiva hayan sido precisamente los revolucionarios, cuando se activan durante un tiempo de intensidad extrema todas las capacidades intelectuales y virtudes heroicas de nuestra especie, adormecidas por el opio religioso, acobardadas por la represión sistemática ejercida desde el poder o alienadas por el dinero y vendidas al mejor postor. Esto no quita que en los tiempos "normales" no surjan grandes artistas, pero como efecto retardado de las grandes conmociones sociales que han limpiado las telarañas de la historia; tampoco niega que surjan algunos pocos artistas de tal nombre en los períodos contrarrevolucionarios o de dura dominación de clase que llega a imponer un cannon estético inviolable, que también, pero son los menos y deben enfrentarse a un mundo extremadamente hostil y dogmático, llevando muy frecuentemente una vida sin grandes lujos, precaria, atenazada por la incertidumbre por el mañana, cuando no en la pobreza.

Si algo es el arte, eso es desinterés por la opulencia, rechazo de todo lo falso, crítica implacable de todo lo dogmático, permanente autocrítica y afán por la creación de lo nuevo. Por esto, los grandes artistas han sido, aunque sin saberlo en su inmensa

mayoría, grandes dialécticos espontáneos. Una persona que supedite su capacidad artística al dinero, prestigio e influencia que puede obtener con su arte, termina convirtiéndose en peón a sueldo de los caprichos del mercado o del mecenas que le mantiene. Un artista que supedite su sensibilidad creativa a la moda establecida, a su apariencia muerta, está aceptando la falsedad inherente a la lógica mercantil. Un artista que no exprese en su obra de algún modo la denuncia crítica de la reducción del arte a simple valor de cambio, está negando el despliegue de su creatividad artística.

Un artista que por todo lo anterior acepte el orden estético establecido, está destruyendo su capacidad de crear arte, que es eso tan indefinible que consiste en la especial sensibilidad humana por penetrar en las contradicciones más íntimas, estudiarlas en sus movimientos propios con un método más profundo que la simple racionalidad instrumental, considerando las fuerzas subjetivas de los personajes y de las situaciones desencadenas en todo su dramático o trágico desarrollo, y, a la vez, expresarlas de una forma no mediatizada por las convenciones al uso, sean las que sean. Independientemente del arte concreto del que se trate, su movimiento interno --aunque sea una estatua o un cuadro o una arquitectura, tanto da-- debe mostrar la vida propia de la obra, sus tensiones, sus líneas de apertura al futuro y las dudas e interrogantes que con ello seguirá planteando a las generaciones venideras.

La capacidad de permanencia en el tiempo por parte del arte, el secreto de su belleza en suma, ya que "vence" a la finitud de lo material expresándolo en forma simbólica, depende de los universos de duda e interrogación esencial que sigue planteando al cabo de los siglos a las generaciones posteriores, incluso aunque se hayan formado en otra cultura estética diferente. La dialéctica del arte se aprecia en su capacidad para provocar nuevas dudas a las nuevas generaciones porque no ha "cerrado" el horizonte de lo vivo sino que, al haber penetrado en sus contradicciones internas con un método preciso, el artístico, ha logrado extraerlas al exterior pero dejándolas vivas, sin osificarlas ni amortajarlas como una momia, como a Lenin.

El secreto del arte es la viveza de sus provocaciones en la sensibilidad esencial de la especie humana. Al margen de sus formas múltiples de expresión, determinadas socialmente, la especie humana desarrolló desde sus inicios --así lo indica la arqueología y la antropología al constatar "indicios de arte" en tiempos muy remotos que van concretándose y enriqueciéndose posteriormente-- una aptitudes precisas de comunicación corporal y estética que corresponden a decenas de miles de años de autogénesis, de ontogénesis y de filogénesis. Todos los niños y niñas de todas las épocas y al margen de su cultura, dentro de unos límites de edad, pueden comunicarse entre sí simplemente por y con el mensaje corporal, facial, esencialmente unido a la sensibilidad y a los sentimientos más humanos y básicos, la risa, el llanto, la sorpresa, la duda, el afecto, el odio, la confianza, el miedo, la preocupación, etc. El mensaje corporal, el contacto físico, el abrazo, la proximidad afectiva y emotiva, la omnipresencia de la líbido y de múltiples formas de atracción sexual, todo esto y mucho más se creó en la autogénesis como componente básico de la sociabilidad humano-genérica.

Aunque la educación posterior en las sociedades represoras, patriarcales y religiosas, haya cercenado drásticamente estas cualidades, reduciéndolas a sombras chinescas, parte de ellas pueden recuperarse mediante la emancipación humana, y una de sus formas más efectivas de hacerlo es precisamente el arte, de aquí su enorme impacto en lo más profundo del ser, en aquella parte que aún no

ha sido reprimida por la sociabilidad basada en la explotación. Más todavía, las aptitudes artísticas pueden fomentarse y ampliarse mediante una educación integral desde la primera infancia dentro de un contexto social en el que el arte sea estimado en su verdadero contenido de instrumento de emancipación humana. La sensibilidad abierta al gusto por la exploración de nuevas emociones, por la introspección en lo más profundo de los seres y de sus problemas y la creación de nuevos canales de comunicación libres de las trabas sociales que enturbian o disminuyen el impacto emocional de lo bello, todo esto se puede crear socialmente, como de hecho ha ocurrido en los períodos expansivos, pero también se puede destruir como ha ocurrido con demasiada frecuencia. Vemos, por tanto, que la dialéctica está presente y activa en todas sus formas dentro de la inacabable y siempre móvil complejidad del arte por lo que negar la dialéctica es negar el arte y viceversa debido a la unidad y lucha de contrarios.

5.2.- SUBJETIVIDAD ESTÉTICA CRÍTICA Y CREATIVA

Es incuestionable que en el arte, el desenvolvimiento de las leyes, métodos y principios de la dialéctica es diferente al que éstas tienen en la sociedad y en el pensamiento, como lo es también en la naturaleza. Pretender meter desde fuera la dialéctica a martillazos en una obra de arte, sin ser capaz de descubrirla en su interior, es destruir el arte y tratarlo como si fuera un pedazo de sebo o un eructo. Del mismo modo en el siempre hay que partir del interior del objeto que se estudia para descubrir en él el desarrollo de sus contradicciones propias y analizar éstas bajo la luz de la dialéctica general, síntesis de millones de procesos de análisis similares, estableciendo así, tras esos pasos previos, la conexión objetiva del problema estudiado con el resto de problemas existentes, de la misma forma hay que proceder con toda obra artística. Es así que durante esta tarea simultánea de análisis y síntesis, inducción y deducción, abstracción y concreción, historia y lógica, etc., podremos bucear en sus secretos hasta extasiarnos con su belleza. Pero siempre admitiendo que en el arte debemos tener en cuenta una peculiaridad que si bien existe y se reitera en todo proceso de conocimiento, en el del arte adquiere dimensiones sobrecogedoras por su impacto en las emociones nuevas.

Hablamos del hecho cierto de que una obra de arte nos enseña y desvela algo siempre nuevo cada vez que la observamos tras un cambio significativo en nuestra evolución anímica, personal y psicológica, sea para bien o para mal. De la misma forma que es cierto el principio dialéctico según el cual nunca nos bañamos dos veces en el mismo río porque éste siempre está cambiando dentro de su identidad absoluta y relativa, también es verdad que la certeza de este principio aumenta en la observación de la misma obra de arte con el paso del tiempo. Nunca vemos, leemos, oímos, tocamos, saboreamos, olemos, etc., dos veces la misma obra de arte, y no sólo porque ésta, la que sea, también está sometida a los cambios destructores del tiempo --de ahí la necesidad periódica de restauración relativa con lo que se transforma su apariencia externa y con ella, dialécticamente, también parte de su esencia interna--, sino porque nosotros mismos hemos cambiado e inconsciente o conscientemente buscamos algo nuevo, o estamos en mejor capacidad para apreciar destellos, influjos e insinuaciones sutiles que no habíamos captado anteriormente.

Esta es la razón de fondo estética por las que siempre la relectura crítica de *El Capital* aporta o bien conocimientos nuevos, o buen nuevos rechazos ético-morales de la explotación capitalista, o bien una perspectiva crítica general de la historia humana más enriquecida, o todo a la vez, que es lo más frecuente. En esto consiste el secreto y la esencia de este y otros textos marxistas como un "todo estético", aunque traten sobre otros temas y estén escritos de otra forma, con diferente estilo. Pero semejante logro sólo puede realizarse si se reúnen dos requisitos: uno, que exista antes una experiencia histórica al respecto y, otro, que la persona que escribe ese "todo estético" tenga ciertas aptitudes e inquietudes artísticas coherentes con su objetivo vital. La experiencia histórica que asienta la base sobre la que se elevan estos y otros textos no es otra que la larga lucha de la humanidad trabajadora por su emancipación, con su reflejo inevitable aunque distorsionado en las tradiciones culturales y todavía más reprimido en la mayoría de las tradiciones estéticas, realizadas para gustar a las clases dominantes. La

lectura atenta de la tragedia griega por Marx y de lo mejor de la literatura rusa por Lenin, para seguir con estos ejemplos que podíamos extender, así lo demuestra.

Siendo imprescindible este requisito, es insuficiente porque a su objetividad manifiesta le falta el componente dialéctico de la subjetividad del lector, del estudioso, de la persona que quiere crear arte y que necesita formarse, aprender. Sin embargo, muchas personas leen buena literatura, ven buenos cuadros y esculturas y hasta se impresionan con la música y otras artes, pero no por ello extraen lecciones creativas, limitándose a ser meros "espectadores", "receptores" pasivos a los que frecuentemente se les engatusa para que compren ese arte reducido a mercancía. Otras personas incluso refuerzan su subjetividad reaccionaria observando el arte, aprendiendo de las contradicciones negativas que puede tener en su interior. Por ejemplo, el arte sacro católico, brutalmente sadomasoquista, autoritario y vertical, centrado en la tortura en la cruz y en los insufribles dolores eternos del infierno, más que en una abstracta "contemplación gozosa" en el cielo, este arte sacro refuerza el miedo y la angustia, el terror vital que exige el recurso al opio religioso para encontrar una solución ideal un mundo insoportable. Comparado este arte con las bellas y evocadoras figuras de la sexualidad tántrica en muchas culturas asiáticas, apreciamos la tremenda importancia del contexto sociohistórico y de sus subjetividades, que pueden venir del pasado y tras adquirir nuevos bríos en ese presente supervivir en el futuro.

Remarcábamos la lectura crítica de *El Capital* porque la dialéctica es crítica y revolucionaria por esencia, y una lectura dialéctica de la dialéctica inserta en esta obra marxista debe buscar tanto lo que en ella puede estar ya finito o confirmado, y lo que en ella está empezando a adquirir mayor importancia y valor teórico que en su tiempo porque la evolución del capitalismo está activando las contradicciones ahí planteadas en su fase inicial. La subjetividad crítica procede así en todo estudio, sea sobre el arte o sobre cualquier otro objeto. Pero en el arte la subjetividad crítica debe aplicar una diferente y especial precaución por su mismo contenido, más difuso al principio, más atemporal y abstracto, menos directo que la teoría muchas veces porque atañe a los sentimientos complejos y acomplejados del ser humano, que por serlo, por dar producir incluso vergüenza, tienden a ocultase y a presentarse con otros disfraces o excusas. De aquí los vericuetos que el artista ha de transitar hasta acceder al núcleo del problema tal cual se expresa en ese momento. La dialéctica ofrece aquí un instrumento excelente como ya lo advirtió un crítico contemporáneo de Marx al preguntarse sobre cual era el método usado por el autor de *El Capital* que le había permitido una rara libertad para moverse entre un montón de datos empíricos. Marx le respondió que ese método no era otro que la dialéctica materialista, y dado que esta obra aparece como un "todo estético", es incuestionable que la dialéctica está en la base de ese logro.

La rara libertad de movimientos que permite la dialéctica explica también que el arte no pueda ser constreñido y encorsetado durante largo tiempo por las cadenas de un modelo único oficial y obligatorio. Esto supone matar el arte ya que se destruye su identidad crítica y exploradora de nuevos contenidos y continentes. Llegó un momento en el que el potencial artístico desatado por las asociaciones vecinales y barriales de la socialdemocracia europea chocó con la implacable reducción del arte a mercancía que realiza el capitalismo y, coincidiendo con otras

presiones y otras adaptaciones del reformismo al sistema burgués, la socialdemocracia europea terminó abandonando el impulso organizado de toda serie de escuelas culturales dentro de los barrios obreros. Al aceptar la lógica burguesa aceptó su forma de arte, lo que le llevó a abandonar sus prácticas anteriores.

En el Estado español semejante frenazo y marcha atrás no fue sólo aplicada por la socialdemocracia contra la autoorganización cultura y artística que, con extremas dificultades, empezaba a surgir al final de la dictadura franquista, al amparo del aumento de la lucha de clases y en el interior de las nuevas barriadas populares, sino que también lo hizo el reformismo eurocomunista. Las dos fuerzas estaban interesadas en destruir toda iniciativa crítica que no pudieran controlar y supeditar a sus intereses, y los movimientos vecinales, populares, sociales, culturales, etc., autoorganizados eran un peligro de desbordamiento por su izquierda que había que derrotar rápidamente. Otro tanto sucedió con el movimiento obrero sindical de izquierdas, caracterizado buena parte de él por insertar en su práctica ciertas dosis de formación integral de la clase obrera, incluida la creatividad estética. La burocratización a hachazos del sindicalismo acabó con estas experiencias. Una crítica especial hay que hacer al deliberado abandono de las experiencias prácticas de una pedagogía infantil y juvenil en la que la educación estética, cultural, sexual, laica o atea, etc., tenían el papel crucial que les corresponde, que realizaban colectivos de izquierda que fueron presionados por el reformismo para aceptar los planes educativos consensuados con la burguesía y la iglesia, fuerzas que habían sostenido a la dictadura franquista durante cuarenta años.

Una de las razones que explicaban el desmantelamiento de la creatividad cultural autoorganizada de las masas por el reformismo radica en su desprecio absoluto por una concepción integral, marxista, del ser humano, en la que lo estético tenga una función esencia. El reformismo es congénitamente burocrático, ordenancista y aburrido, aunque menos que la casta burocrática surgida en la URSS y que luego dio el salto cualitativo a nueva clase burguesa. Por una parte, tiene que demostrar a la burguesía su fidelidad a la propiedad privada y por otra parte tiene que impedir que las clases trabajadoras giren a la izquierda, manteniendo el saco de votos que extrae de ellas. Ello le obliga a vigilar con especial atención que no haya prácticas autoorganizativas de cualquier índole que puedan incomodar al capital y que puedan facilitar la emancipación obrera, lo que hace que opte por la vía del aburrimiento, la repetición y la disciplina interna. Mientras que la burguesía puede permitirse el lujo extravagante de tolerar a los típicos “artistas contestatarios” que boquean siempre en la pequeña pecera del mercado del arte comercial, cebándolos o asfixiándolos, el reformismo no se atreve ni a eso. Tampoco podría intentarlo porque el grueso de sus ideas al respecto proviene de la tesis stalinista del “realismo socialista”, es decir, de la aceptación de la fea realidad cotidiana de un sistema estancado en la transición del capitalismo al socialismo, que empezó a retroceder al capitalismo hasta reinstaurarlo en sus peores expresiones.

Resulta imposible entender la necesaria libertad creativa del arte como fuerza emancipadora si, además de estar formado en el gradualismo mecanicista y materialista vulgar del stalinismo, se acepta su tesis del “realismo socialista”. Consiguientemente, el reformismo, que nació con esa limitación genética, no puede ni siquiera imaginar otra práctica del arte que no sea la tutelada y dirigida por alguna autoridad superior. Cuando era stalinismo puro o descafeinado, esa autoridad era “el Partido”, como lo es “el Papa” para un católico; cuando es

reformismo, la autoridad artística es la burguesía que ha mercantilizado el arte, tema con el que acabaremos este cuarto capítulo sobre la dialéctica marxista.

5.3.- DIALECTICA CREATIVA Y "REALISMO SOCIALISTA"

Engels dijo cierta vez que llega un momento en la evolución de la sociedad en la que el desarrollo de la producción de necesidades genera el salto al surgimiento de la producción de placeres, y que éstos se convierten a su vez en fuerzas de desarrollo social con las contradicciones que se desencadenan sobre su control. Según los datos actualmente disponibles, van unidas las relaciones entre el placer en general, que no sólo sexual, y la sensibilidad estética, unidad que tiende a un doble movimiento dialécticamente unido según aumenta la satisfacción de las necesidades y la producción de placeres: por un lado, la conexión entre arte y placer se fortalece aún más en su esencia y, por otro, se diversifican sus formas diferentes de expresión al multiplicarse las posibilidades de placer y de arte.

Con el desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura, en general, estas posibilidades se incrementan, pero a la vez son muy restringidas en los modos de producción explotadora porque sus minorías dominantes controlan y dirigen la producción de placer y de arte según sus necesidades, que son también las del control social y la dominación. Las mayorías explotadas ven muy mermadas sus posibilidades de disfrute y desarrollo propio de unas capacidades artísticas y placenteras. Con el capitalismo esta contradicción entre lo posible y lo impuesto se hace extrema, y el arte la refleja quiéralo o no mientras que el placer en su generalidad se ve aplastado por la dictadura salarial y su tiempo de trabajo. La tendencia a la creciente diversificación del arte y del placer, a la aparición de nuevas formas de ambas expresiones humanas genéricas, es innegable, y su negación por el capitalismo es una de las razones que explican el aumento continuado de toda clase de lo que denominan "problemas psicológicos".

Desde la perspectiva marxista, esta tendencia objetiva a la diversificación enriquecedora de lo estético y placentero debe ser asumida teóricamente por el movimiento revolucionario como parte de la construcción del comunismo. Lenin definió una vez a la revolución como la fiesta de los oprimidos. La defensa teórica de la multiplicación de las formas estéticas y de placer debe ser un arma de lucha política y social cotidiana contra toda restricción de las libertades concretas, para derrotar la ofensiva represora y machista que sufrimos y que expresa, en las condiciones actuales, la dinámica histórica de recuperación del patriarcado y de la contrarrevolución en lo artístico y placentero tras cada una de sus derrotas. La ley dialéctica de la unidad y lucha de contrarios en algo tan esencial en la autogénesis humana como es el placer en todas sus expresiones y contenidos, aparece aquí en pleno desarrollo. Al avance de las libertades humanas logrado en la oleada mundial de luchas alrededor del finales de los '60 y hasta mediados de los '80 del siglo XX, oleada en la que la emancipación de la mujer fue la pieza clave del resto de avances, incluidos los estéticos y artísticos, le sucedió la contraofensiva reaccionaria a escala mundial iniciada por el capitalismo imperialista, disfrazada bajo el nombre de globalización neoliberal, endurecida luego con el fundamentalismo cristiano yanqui --al que ha respondido de forma defensiva el mundo islámico con lo que la burguesía imperialista denomina "fundamentalismo" a secas--.

Pero no es la primera contraofensiva de los poderes más reaccionarios y primitivos, los sistemas patriarcales y religiosos, integrados en el capitalismo. Ya a finales de los años 20 se produjo la doble y diferente contraofensiva en el mismo

sentido. Una era la que se conocería como “fascismo”, y en la que no vamos a extendernos. La otra fue la de la burocracia stalinista en la URSS que, en lo concerniente a la unidad entre el placer y el arte, impuso un verdadero retroceso en ambos contenidos porque no podía ser de otro modo.

No se puede reprimir la creatividad artística y estética sin reprimir la creciente pluralidad de vivencias del placer, de los placeres, que reflejan activamente la diversificación enriquecedora de las artes y de los sentimientos estéticos, es decir, en cuanto reflejo activo impulsa la proliferación diferenciadora de los contendidos estéticos, los cuales, a su vez y también como reflejo de lo anterior, aceleran la diversificación de los placeres. Se trata de una espiral en la que la interacción de sus componentes refuerza la velocidad unitaria, de modo que ésta sólo puede ser frenada mediante una fuerza contraria superior, es decir, una intervención autoritaria que corte de cuajo los avances logrados. Mientras que en la URSS existió la democracia socialista, mientras que la revolución tuvo fuerzas para impulsar la fiesta de las masas en todas sus manifestaciones más diversas y extraordinarias, existió una enorme red social y densos entrecruzamientos de caminos multidireccionales por los que las creatividades estéticas y sus debates correspondientes e imprescindibles fluían con agilidad pero para la mitad de los ’20 esta dinámica había entrado en retroceso.

Conocemos suficientemente el retroceso que la burocracia stalinista impuso a los logros de la “revolución de la vida cotidiana” realizados en la URSS, bajo la excusa, entre otras, de que incluso dentro de las juventudes del partido, en el KOMSOMOL, se habían arraigado “modales igualitarios”, prácticas de “libertinaje sexual”, etc. En realidad, el KOMSOMOL reflejaba inevitablemente la contradicción en aumento dentro de la juventud en la URSS de la mitad de los ´20 ya que, por un lado, la creciente atmósfera disciplinadora y uniformadora que iba imponiendo la burocracia en ascenso chocaba con, por otro lado, la natural tendencia expansiva de la juventud, sobre todo en un marco social que aún mantenía buena parte de las iniciales promesas revolucionarias.

El punto crítico de no retorno, es decir, el salto cualitativo que indicaba la verdadera gravedad del problema, lo supuso el cierto número de suicidios de jóvenes que habían sido verdaderas “promesas revolucionarias” al principio pero luego defraudadas por el estancamiento social. La incapacidad de la burocracia en ascenso para dar respuesta a esta contradicción objetiva se mostró crudamente con el impacto del suicidio de Esenin en diciembre de 1925, joven poeta con mucho talento, que suscitó un debate que no pudo encontrar la solución real porque ésta no podía ser otra que la recuperación de la democracia socialista en retroceso imparable. Sólo y como muestra de la recuperación del machismo más sexista y retrógrado en el interior del stalinismo en ascenso tenemos las acusaciones que representantes de esta casta lanzaron contra Krupskaia, la compañera de Lenin, de defensora del “amor libre”, cuando chocaron con su negativa a apoyar a Stalin y con su defensa de viejos bolcheviques perseguidos.

De la misma forma que hubo resistencias contra la recuperación del autoritarismo y del patriarcado en la cotidianeidad, aunque se mantuvieron algunas conquistas incuestionables en este sentido, también las hubo contra la imposición de la tesis del “realismo socialista”, que sólo pudieron imponerse con el tiempo, cuando fueron debilitándose las resistencias de los muchos grupos de arte existentes en la sociedad y cuando, simultáneamente, se aplastó toda disidencia política dentro del

partido y de sus organizaciones. Recordemos el debate sobre la "prolekultur" y las relaciones del socialismo con el arte y la literatura, sobre cómo se utilizaba en las discusiones cada vez más ásperas los reducidos textos de Lenin sobre arte y literatura, sobre Tolstoy en concreto, escritos casi todos ellos antes de 1917, en uno o en otro sentido y al margen de la totalidad del pensamiento de su autor y de su contextualización, etc.

Naturalmente, en este cada vez más enrarecido marco debían de influir de algún modo ciertos componentes de la ideología tecnicista y del maquinismo en cuanto instrumentos que permitirían superar las limitaciones subjetivistas, abstractas y psicologicistas del arte anterior al industrialización socialista. Es así como se comprende que, en esta búsqueda de novedades salvadoras en medio de un retroceso de la libertad creativa, se llegase a pensar en 1929 que el arte fotográfico, objetivo y realista, acabaría con el arte pictórico, subjetivista por esencia. La ofensiva última de la burocracia contra la libertad en el arte y la literatura se inició en otoño de 1928 con la consiguiente liturgia de citas a Stalin, que nunca antes había participado en ningún debate sobre el tema y que era un perfecto desconocido sin ninguna aportación al respecto. En diciembre de ese año ya estaban diseñadas las directrices de obligado cumplimiento por los artistas, y se aceleró en cierre de grupos y revistas que no aceptaban incondicionalmente la censura. En enero de 1929 fue detenido Voronski, defensor de la libertad creativa y transcurrido poco más de un año, a comienzos de 1930, se suicidó Mayakovski, abrumado por la magnitud de la catástrofe del arte. El "realismo socialista" fue oficializado definitivamente como cannon estético de obligado cumplimiento en 1932, dictando las normas relativas a la "literatura proletaria" en el Congreso de Escritores Socialistas de 1934, y volviéndose a endurecer al finalizar la guerra de 1945. A lo largo de este proceso quedaron excomulgadas como corrientes "pequeño burguesas", "individualistas", "reaccionarias", etc., estilos artísticos tan enriquecedores como el impresionismo, el surrealismo, el dadaísmo y el cubismo. Son conocidas las dificultades, angustias y temores de un cineasta tan creativo, fundamental e innovador en el séptimo arte, como Einsenstein, censurado por Stalin que prohibió finalizar una de sus obras maestras, *Ivan el Terrible*.

Existe una directa conexión interna entre el cuerpo embalsamado de Lenin y la realidad embalsamada en el "realismo socialista". Son momias que no pueden reflejar activa y creativamente lo vivo en sus contradicciones y tendencias de desarrollo. Son objetos muertos que ni tan siquiera pueden generar otras formas de vida, como sucede con la muerte "normal", que es parte del proceso total de la evolución de la material, un momento de su dialéctica. Lo embalsamado está tan consumido en sí mismo que ni siquiera la muerte puede realizar su tarea creativa en su interior, la tarea de la negación de la negación a escala molecular, iniciando otros procesos vitales. Además, el arte embalsamado siempre impone una única forma de comunicación: la que va del objeto amortajado, de la momia, al "espectador" pasivo, convertido en testigo inerte de lo exterior, del supuesto "arte socialista" que le llega de manera triste, obligada y mecánica. El "realismo socialista" pretendía introducir los océanos de la creatividad artística, con sus tifones y huracanes actuando a la vez, en el charquito de la ignorancia del censor del partido.

Retomando el "todo estético" que es *El Capital*, Che Guevara se mofaba con toda la razón del mundo de los famosos

Manuales de la AC de la URSS llamándolos "ladrillos", lo que no se lo perdonaron nunca los burócratas stalinistas de todo el mundo. Si al menos fueran los ladrillos policromados y esmaltados de los zigurats y palacios mesopotámicos, serían objetos de arte saqueados por el imperialismo, pero son, eran, mazacotes plomizos que justo se venden a peso como papel para reciclar. Resumían, además de la ideología burocrática, también la visión disciplinar y el desierto intelectual instaurado de forma creciente desde la segunda mitad de la década de 1920, siendo el típico producto realizado bajo la disciplina mecánica de las órdenes del Politburó y dentro de la concepción de lo estético como reflejo oficial e inerte de la política y de la sociedad establecidas. El "realismo socialista" partía del criterio de que el arte debía reflejar objetiva y lo más realmente posible la realidad del "socialismo" tal cual éste era definido por el PCUS. Pero no podía reflejar lo que no existía. Desde la teoría marxista, el socialismo debe ser algo cualitativamente diferente al capitalismo, y la URSS de aquellos años se parecía cada vez más a un mal capitalismo, al que luego volvería, que a un modelo socialista que se contradecía totalmente con el poder burocrático.

La desgracia, y la tragedia, de los artistas soviéticos que no querían degenerar a algo parecido a los amanuenses y copistas medievales, fue que, debido a que eran artistas, tendían inevitablemente a superar de un modo u otro la censura del régimen. No podían evitar estas crisis y sus crecientes riesgos de ostracismo, o de peores castigo, sino sólo a condición de dejar de ser artistas para hundirse en la miseria de los vulgares propagandistas. Una miseria confortable, desde luego, teniendo en cuenta los privilegios especiales de que disfrutaba la burocracia y sus siervos, y las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse músicos geniales como Prokófiev, o la vida siempre vigilada y controlada de Shostakóvich, Schnittke, etc., o Sofia Gabaydúlina, por no hablar de escritores y pintores más conocidos. Pero una miseria real si la entendemos en el sentido humano de liquidación de la pluridimensionalidad creativa y su reducción al absurdo deprimente de la mecánica repetición de lo decidido desde el aparato burocrático. No es de extrañar que el PCUS hiciera todo lo posible para restringir la difusión de la brillante crítica de Marx a la burocracia, textos que sí reflejaban realmente y con la genialidad de la antelación lo que era en la práctica el régimen stalinista. La subjetividad crítica esencial al marxismo y, en otro plano, a toda la creación estética, era irreconciliable con el "realismo socialista" en un entorno en el que el tiempo verdaderamente humano, libre y creativo, existente para desarrollar las cualidades estéticas era muy reducido.

5.4.- TIEMPO HUMANO, PRAXIS SOCIALISTA Y ESTÉTICA

Uno de los objetivos socialistas prioritarios ha de ser precisamente el de aumentar el tiempo libre. Hay que tener en cuenta que, básicamente, el tiempo en nuestra civilización se divide en tras vivencias: el tiempo de trabajo asalariado o doméstico si se realiza en la explotación familiar, que pertenece al patrón o al marido, o sea, a la clase dominante y al sistema patriarco-bugués. Durante este tiempo es prácticamente imposible realizar una actividad creativa y artística porque es tiempo enajenado, explotado y apropiado por el sistema dominante. En segundo lugar, está el tiempo de descanso y de recuperación de la fuerza de trabajo en su totalidad psicosomática, tiempo imprescindible para poder seguir viviendo porque sin él la fuerza de trabajo se agotaría rápidamente. Durante este tiempo es muy difícil, aunque posible, desarrollar las cualidades artísticas y creativas de nuestra especie.

Peor aún, conforme el capitalismo aumenta la explotación global física y psíquica en el proceso de trabajo, en esa medida se requiere más y más tiempo de recuperación integral de las personas, lo que reduce implacablemente las aptitudes creativas: la creciente necesidad de opio televisivo, el aumento de las depresiones y del agotamiento nervioso, estas y otras realidades son efecto del aumento de la explotación psicosomática, lo que reduce la creatividad. La creciente tecnificación del proceso de trabajo requiere de una mayor formación que tiende a quedar anticuada con creciente rapidez. La obsolescencia en aumento de la tecnología obliga a un aumento correspondiente en la actualización de los conocimientos anteriores, que relativizan su verdad absoluta más rápidamente. De este modo, el tiempo de descanso debe abarcar también los cursillos de formación y mantenimiento, necesidades ciegas que terminan reduciendo el tiempo libre y propio.

Por último, sólo cuando hemos recuperado nuestra forma plena, sólo entonces poseemos nuestro tiempo propio y libre, el único capaz de crear arte en el pleno sentido de la palabras. Sin embargo, tampoco este tiempo propio queda libre de las presiones capitalistas ya que, por un lado, está condicionado por nuestra personalidad e ideología, nuestra incultura, etc., lo que reduce total o parcialmente la capacidad creativa; por otro lado, cada vez está más condicionado por el aumento del tiempo que hay que dedicar a la educación permanente, a la cualificación para mantener el puesto de trabajo debido al aumento de la especialización tecnológica y a la obsolescencia acelerada de la tecnología ya existente, como hemos visto arriba, y no puede haber tiempo propio y libre cuando éste está forzado e inquieto por la urgencia de adquirir nuevos conocimientos para mantener el puesto de trabajo; además, el uso y disfrute del tiempo libre depende de nuestros medios económicos, de nuestra dependencia hacia el salario, por ejemplo, si malvivimos con un trabajo precario, o con un sueldo reducido o estamos sin trabajo, en paro, o con enfermedades graves o en situaciones difíciles por múltiples motivos, desde familiares hasta represivo pasando por afectivos y amorosos, entonces nuestra capacidad creativa se verá muy mermada y restringida a pesar de todo el tiempo libre de que dispongamos; por último, nuestra capacidad depende también del contexto objetivo tanto en el desarrollo de las libertades y derechos democráticos, o de la opresión global que padezcamos, como de las ayudas al arte y a la cultura, que existan en ese momento, si es que existen o la inversa.

Todo avance en el camino del socialismo y del comunismo debe medirse, además de mediante otras conquistas sociales, también con la reducción de los tiempos de trabajo y descanso, y el aumento consiguiente del tiempo libre, propio, creativo, tiempo verdaderamente humano imprescindible no sólo para la intervención dirigente de las masas trabajadoras en la vida social, sino también para su inicio y profundización en la vida artística y estética, en suma, para el pleno desarrollo de las potencialidades genéricas de la especie. No puede haber fiesta revolucionaria sin tiempo festivo, y aunque la experiencia muestra que los procesos revolucionarios han de mantener duras batallas militares y económico-productivas para superar los ataques contrarrevolucionarios internos y externos, precisamente ello mismo exige que se de la máxima prioridad posible al aumento del tiempo creativo para garantizar la total implicación directora del pueblo en las tareas revolucionarias.

Una parte fundamental de éstas es la de la creación de una humanidad nueva, que depende en buena medida de ese aumento del tiempo creativo, más fácil conforme se multiplican las fuerzas productivas reales y potenciales. La humanidad nueva nunca podrá crearse así misma mediante la construcción socialista y comunista si al unísono no genera una explosión multicolor de sus cualidades estéticas, artísticas y placenteras como fuerzas simbólicas y ético-morales a la vez que materiales de emancipación. Semejante proceso creativo es el que permitirá la paulatina extinción del componente estoico del marxismo, impuesto por las condiciones históricas, y la definitiva emergencia del componente epicureano inserto en la praxis de Marx y Engels. La filosofía de Epicuro era lo más opuesto que podamos imaginar a todo lo que conlleva el “realismo socialista”.

Unido al objetivo vital del aumento del tiempo creativo, está el de la simultánea creación de vías de comunicación artística multidireccionales y en red, horizontales. El socialismo debe lograr que las relaciones entre el arte y la gente dejen de ser unidireccionales y verticales, del “creador” que se encuentra arriba, en la cúspide, al “espectador” que espera abajo docilmente, en la base. El socialismo quiere que toda persona ascienda de “espectador” pasivo a artista activo, superando la fase histórica que separaba a uno del otro como parte de la separación absoluta entre el trabajo físico y el intelectual. Pero al artista hay que despertarlo de su sueño o crearlo, y al “espectador” hay que irle arrinconando en el museo de la historia junto a la escisión mano/mente, a la mercancía, al valor de cambio y a la explotación asalariada, todo lo cual exige, además del tiempo libre citado, también de una estrategia dirigida por la democracia socialista cada vez más fortalecida y asentada precisamente porque ha ampliado la libertad creativa hasta tales espacios concretos o abstractos, reales o imaginarios, etc., que todas las personas puedan experimentarlos sin con ello minar la democracia socialista, que los ha impulsado, sino confirmándola y reforzándola por ser ella su impulsora. Cuando se prohíbe una corriente estética se cercena una parte esencial de la dialéctica y de la creatividad que le caracteriza, lo que a la fuerza repercute negativamente sobre el todo social, como ya los descubrieron los holistas de los pueblos originarios.

La subjetividad crítica es decisiva para acceder a las contradicciones internas en lo real y en el arte, y de entre ellas escoger el desarrollo de las positivas, es decir, como veíamos antes, la acción consciente operando en las leyes dialécticas tal cual actúan específicamente dentro del arte concreto que analizamos, permiten orientar el desenvolvimiento de la lucha de contrarios unidos que en él existen, incidiendo en la medida de lo posible en el aumento de la cantidad de contenidos

progresistas en su interior hasta producir el salto cualitativo a algo nuevo, la creación de otra obra de arte diferente a la anterior de la que niega algunas cosas, inserta otras y confirma las restantes por acción de la ley de la negación de la negación. Cuando este proceso de creación artística pasa de ser individual a colectivo porque se ha avanzado mucho en la liberación humana, entonces asistimos al acción en el arte de la ley del desarrollo desigual y combinado, que se muestra en el hecho objetivo de que las personas explotadas y sometidas a la incultura aprenden rápidamente a hacer arte, reactivan sus recuerdos olvidados o reprimidos por la censura de la anterior clase opresora, produciéndose una explosión combinada de creatividad estética de masas en una nueva cotidianeidad caracterizada por el libre ejercicio de todas las ansias expansivas de nuestra especie.

5.5.- LUCHA Y UNIDAD DE CONTRARIOS EN EL ARTE

Mas no hace falta llegar a las experiencias revolucionarias para ver cómo en la práctica cotidiana las gentes explotadas, aun antes de la revolución, ya generan sus manifestaciones de arte esencialmente idénticas a las del mal llamado "gran arte". En los barrios populares del capitalismo actúan colectivos y grupos autoorganizados que, además de resistir, también trabajan en la creación de música, pintura, danza, cultura, teatro y otras manifestaciones de la creatividad popular, sin ayudas de ningún tipo o con muy poca ayuda. La esencia es la misma porque la mayoría no buscan el enriquecimiento por medio de su "arte pequeño", sino formas de vivir mejor, de asociarse y organizarse con otra gente. En el seno de este arte popular están presentes reivindicaciones de todo tipo y sus relaciones con el arte oficial y con la política cultural burguesa suelen ser tensas. Los pueblos que luchan por su liberación nacional son los que más desarrollan estas prácticas artísticas. Deben hacerlo porque la dialéctica entre la recuperación de la tradición cultural y artística, y su creación nueva en respuesta a las necesidades de liberación, esta dialéctica que se aprecia en todas partes desde muy antiguo --podemos remitirnos tranquilamente a la respuesta del Egipto invadido por los hicsos--, es una necesidad imperiosa de toda nación oprimida al borde de su extinción.

Naturalmente, en el interior de esa tarea están presentes las contradicciones sociales entre la culturilla desnacionalizada de la minoría rica colaboracionista con el ocupante, si es que sigue teniéndola y no ha aceptado del todo la cultura extranjera, y la cultura de las clases trabajadoras de la nación oprimida, cultura que refleja la esencia misma del pueblo sometido a tantas vejaciones. La dialéctica está tanto o más presente en estas prácticas que en el arte ya asentado, por el simple hecho de que la creatividad de las gentes oprimidas, carentes de recursos y obligadas a muchas horas de trabajado asalariado, ha de superar muchos más obstáculos, empezando por el propio agotamiento psicosomático. Es por esta y otras razones, que el grueso de las reinvidicaciones sociales de todos los tiempos han buscado la reducción del tiempo de trabajo de algún modo u otro, bien directamente al cabo de la jornada, bien con la creación de fiestas obligatorias, bien con el aumento de las vacaciones, etc. Aquí debemos recordar lo arriba visto sobre la importancia del aumento del tiempo libre, del verdaderamente humano.

Paralelamente, la verdad absoluta del arte como capacidad creativa específica del humano-genérico, se ve relativizada por la incidencia innegable de las contradicciones humanas que relativizan y concretizan lo absoluto de dicha capacidad, mientras que, por la misma lógica, el contenido subjetivo del arte, innegable, presiona dentro de su objetividad manifiesta. Ambos componentes dialécticos de la realidad y del arte, lo relativo y lo subjetivo, facilitan que comprendamos por qué, cómo y para qué, una obra de arte tan impresionante como el Coliseo romano estuviera en función de la más atroz crueldad socialmente legitimada como eran los espectáculos de las matanzas de miles de seres humano y de otros animales, para solaz de los espectadores y refuerzo del poder establecido. En este ejemplo, el Coliseo, obra arquitectónica que une el arte con el conocimiento más desarrollado de su época, es la punta de bóveda de una estructura imperialista que no sólo suministraba carne humana y de otros

animales, sino que se reforzaba a sí misma y a su clase dominante con esa inhumanidad.

A la vez, la historicidad concreta de este ejemplo supera su relatividad para convertirse en tendencia objetiva y absoluta cuando vemos que la belleza de muchos edificios de Londres, por poner otro ejemplo, se asienta en el criminal expolio y empobrecimiento de los pueblos del mundo, del mismo modo que son los genocidios imperialistas yanquis, junto a los beneficios de la explotación interna, los que permiten vivir cómodamente a la industria del arte convencional y hasta "progresista" del capitalismo norteamericano, esa que se declara postmoderna. El caso más flagrante al respecto es el saqueo artístico generalizado de la belleza creada por los pueblos invadidos para deleite del pueblo invasor en las mansiones burguesas o en sus museos, actualizando una larga historia que nos remonta al vaciamiento de los fondos artísticos de Persépolis por Alejandro Magno, al exterminio de la cultura de los pueblos amerindios por los españoles, que antes habían esquilmado la magnífica civilización andalusí, y al robo sistemático del arte por los nazis.

Bien mirado, el expolio del arte no viene a ser sino una forma específica del saqueo de la fuerza cualificada de trabajo, de su formación cultural y técnica especializada en la creación de formas de arte. Ello es así porque el arte se aprende sobre la base de la existencia previa en la especie humana de una aptitud estética inserta en su autogénesis y que se muestra en los objetos producidos, en los que se tiende a plasmar ese gusto interno por lo bello relacionado con lo útil. Se aprende su forma concreta históricamente dada, y se hace dentro del proceso productivo general. Ya hemos visto antes cómo las primeras sociedades "desarrolladas" aprendieron a dejar con vida a los artesanos de los pueblos conquistados para utilizarlos como esclavos especiales, y cómo Roma quería coger vivo a Arquímedes para utilizar sus conocimientos. A otra escala, con el arte sucede lo mismo, incluso con el arte sexual, uno de los más codiciados por los invasores patriarcales. De la misma forma en la que los amos esclavistas grecorromanos habían desarrollado un conocimiento bastante sólido sobre las identidades, formas de ser y predisposiciones a la resistencia de los pueblos que esclavizaban --en Roma era obligado que el vendedor de un esclavo advirtiera al comprador sobre el origen nacional del esclavo, para que el comprador pudiera tomar las medidas de protección y explotación necesarias basándose en el conocimiento acumulado, porque eran frecuentes la huidas, la resistencia pasiva y hasta la ejecución del amo por el esclavo--, también desarrollaron un conocimiento sobre la educación, costumbres y prestaciones sexuales, sobre el ars amandis, de estos pueblos porque, en el fondo, lo que necesitaban los esclavistas era conocer la dialéctica entre la forma y el fondo del arte sexual, como de cualquier otro arte, para explotar y rentabilizar mejor el gasto que había hecho en la compra de la esclava o del esclavo, porque de todo había.

Con el desarrollo del mercantilismo, la dialéctica entre la forma y el contenido del arte adquirió más importancia económica debido al aumento del comercio internacional del lujo, de objetos suntuarios que tenían un valor superior a la media del mercado por su mejor estética, y que no iban mucho a la zaga del comercio de especias y de esclavos. La omnipresencia del gusto estético en casi todo lo producido hasta entonces por la especie humana, se confirmó de nuevo, por ejemplo, en el repujado de las armas y de las corazas de las clases ricas y de muchos hombres de guerra que pudieran pagarlo, verdaderas

obras de arte por su precisión minuciosa, trabajo artesanal preciosista que en absoluto mermaba la eficacia de las armas. Sin embargo, los orfebres medievales no descubrieron nada nuevo al respecto ya que los primeros carros de combate mesopotámicos y asirios llegaron a una alta simbiosis entre el arte y la muerte, perfección sólo superada por los expertos egipcios e hindúes e igualada por los chinos.

Más aún, si retrocedemos hasta la época prebélica de los guerreros vemos que la forma estética era inseparable del contenido armado en la individualidad de cada guerrero, formando conjuntos destinados tanto a implorar el favor de los dioses o diosas colectivos como a aterrorizar al enemigo. Esta dialéctica no se ha roto del todo pese al salto cualitativo realizado con la aparición del soldado y de la guerra moderna en la Grecia clásica. Se puede observar el proceso de adaptación del arte a las necesidades crecientes de optimizar la eficacia de la muerte analizando el surgimiento del uniforme militar en la cultura bélica grecorromana, cultura militarizada al máximo, desde la acción de los policromos y multiformes guerreros de la Ilíada hasta la de los disciplinados romanos, con su uniformidad rigurosa y monocroma, sin concesiones aparentes a la diversidad estética porque la habían concentrado en los puntos decisivos para la eficacia militar: las señales de mando y comunicación de las que dependían y dependen toda suerte de guerra.

Con la escisión social entre clases enriquecidas y empobrecidas, la presencia de lo estético en los productos de la praxis humana fue siendo monopolizada por la minoría propietaria como signo de distinción y acumulación de riqueza y valor. Las grandes redes de comercio que conectaban el neolítico europeo occidental con el bronce mesopotámico, egipcio e hindú, y de aquí con el mercado chino, con una conexión egipcia con centroáfrica y persa con el norte de Europa, estas redes que nos impresionan por su extensión, también servían para el creciente comercio de obras de arte. La Red de la Seda, que surgiría muy al poco tiempo sobre la espina dorsal de comercio que conecta el Finisterre europeo con las costa de China con Japón era inseparable de la comercialización a gran escala de lo estético en todas sus formas, empezando por la misma seda, sus colores y bordados, y siguiendo con los perfumes, joyas y drogas, todo ello necesario para la vida cotidiana de las clases dominantes, desde la salud hasta los funerales, pasando por sus fiestas orgiásticas.

No era raro que fortunas enteras fueran reducidas a su esqueleto, o desaparecieran, según la suerte de este comercio internacional en el que las ganancias guardaban mucha relación con el valor de uso placentero y estético de buena parte de las mercaderías transportadas. Que la nueva clase propietaria en ascenso en Europa estimaba el lujo, el placer en general y los buenos modales era tan cierto que Erasmo dedicó un libro al respecto. Tal vez se haya sobrestimando la importancia de la austeridad calvinista en el desarrollo inicial del capitalismo, desde una perspectiva idealista al calor de las tesis de Max Webber con la intención de presentar un argumento "científico" alternativo a la tesis marxista sobre la importancia del protestantismo en la evolución capitalista, mucho más equilibrada y dialéctica.

Sin negar el efecto relativo de la austeridad protestante al respecto, hay que recordar, a modo de contra argumento muy sólido, las investigaciones de Sombart sobre el papel del lujo en el capitalismo. Además, para lo que ahora nos concierne, la austeridad protestante tuvo el efecto dialéctico contrario de propiciar la expansión del arte musical y coral a unos niveles altísimos en una muestra clara de desarrollo desigual. De cualquier modo, una vez asegurado el triunfo capitalista, la

austeridad desapareció rápidamente en las nuevas burguesías en ascenso desapareciendo del todo con la revolución industrial. Podríamos decir que a partir de la industrialización y de su ideología desarrollista y mecanicista no hubiera extrañado a nadie el surgimiento del lema de que "la máquina es bella", como mucho más tarde parte de la industria de la moda lanzó la idea de que "la arruga es bella".

Decimos esto para ilustrar la atmósfera que envolvía a la clase dominante en lo relacionado con la interacción entre el maquinismo y la estética, concretamente entre el uso creciente de la apariencia estética en los productos mercantiles para venderlos mejor. Uso inicialmente limitado a las mercancías caras, lujosas, pero que se fue extendiendo más tarde a buena parte de ellas, pero más pobremente. La lógica mercantil absorbió así a una parte de la aptitud estética humana siquiera en la apariencia, en la forma externa. A la vez, el que bien pronto irrumpiera el uso implícito o explícito de la sexualidad humana en la propaganda comercial con símbolos eróticos cargados de reclamos subconscientes, no hacía sino confirmar la interacción absoluta entre placer y arte pero relativizada, mediatizada, por los intereses del sistema patriarco-burgués.

Surgió así una rama económica nueva consistente en utilizar el placer y el arte en beneficio del capitalismo, rama que fue creciendo en su unidad definitoria interna por cuanto era y sigue siendo imprescindible para facilitar la venta de las mercancías retrasando en lo posible las crisis parciales o totales de superproducción. Pero a la vez fue diversificándose, sin perder su esencia básica --parte de lo que la economía política burguesa define como "sector servicios"--, en respuesta a las crecientes necesidades del sistema. Las denominadas "sociedad del consumo", "sociedad del ocio", etc., están relacionadas con esta mercantilización de las aptitudes estéticas y placenteras por cuanto facilitan la rápida venta de las mercancías, la realización del ciclo entero de la producción y por tanto del beneficio burgués: el consumismo no podría sobrevivir sin la ayuda de la mercadotecnia y del marketing que desnaturalizan estas cualidades humanas genéricas hasta integrarlas en la reproducción capitalista.

Un ejemplo al respecto lo tenemos en el crecimiento de la industria del consumo erótico y pornográfico de masas que produce una amplísima variedad de mercancías adaptadas a todas las necesidades del mercado mundial, sobre todo en la prensa, desde la TV pública, hasta las revistas especializadas, pasando por Internet. Las nuevas tecnologías de la informática han abierto posibilidades a este mercado insospechadas hace poco tiempo. La industria cinematográfica recurre cada vez más a muchas de las técnicas de producción de la industria sexual, según qué mercancías --películas-- quiera lanzar al mercado del espectáculo. Por no extendernos, el espectáculo se ha convertido en otra gran industria que se ha comido al deporte y a otras formas de sociabilidad no mercantilizadas, hasta convertirlas en partes de esa gran industria con fuertes contenidos simbólicos, políticos, sexuales y estéticos, al margen de la calidad que pueda otorgarle cada espectador.

El hecho de que no haya, en el fondo, mucha diferencia en cuanto a la utilización por parte del poder establecido en cada época, ciñéndonos ahora sólo a la cultura occidental, entre los Juegos Olímpicos clásicos, los juegos sanguinarios del Coliseo, los torneos medievales y todo lo que concitaban a su alrededor, las corridas de toros o cualquier empleo de animales en actos de sadismo colectivo oficializado o tolerado, y los grandes espectáculos actuales de la industria del deporte en masa o selecto, de los deportes de riesgo, etc., esta similitud por no decir identidad de

base a lo largo de los siglos en la utilización premeditada por los poderes de fiestas con innegable carga de placer y estética, muestra, por un lado, la objetividad de sensibilidades estéticas y placenteras elementales insertan en la condición humana, y, por otro lado, la capacidad manipuladora de la subjetividad del poder establecido para beneficiarse de sus resultados.

Sin embargo, manteniéndose esta constante elemental desde la aparición de la explotación interna a la especie humana, el capitalismo ha supuesto un salto cualitativo al respecto porque ahora, bajo su dictadura, no son las decisiones políticas las que deciden las cuestiones artísticas, sino las económicas en su funcionamiento ciego e irracional, mientras que las políticas se limitan a legitimar las anteriores y a facilitar su cumplimiento. La diferencia radica en que las fuerzas económicas no piensan en términos de "persona", de "cualidad artística", etc., sino simplemente de mercancía y ganancia, o pérdida. Las fuerzas políticas precapitalistas pensaban en términos de dominación, poder y riqueza, sabiendo que aplastaban y manipulaban a seres humanos, pero el capitalismo actúa en fríos e implacables términos de acumulación, con lo que el arte se deshumaniza y se reencarna en beneficio.

La dialéctica como creatividad artística critica radicalmente este mundo podrido y falso, hipócrita, envidioso e inmisericorde del arte mercantilizado y de la estética subsumida en el capital constante circulante obsesionado por la más rápida venta de la mercancía que, en su forma exterior, lleva un leve barniz estético. Muestra cómo los mecenas de antaño han sido desplazados por los empresarios del arte, o ellos mismo se han convertido en industriales de esta rama económica, rompiendo las relaciones paternales con los artistas para convertirlas en simples contratos salariales precarizados, a destajo y sin continuidad fija. Un ejemplo paradigmático al respecto lo tenemos en la precarización de los actores en la industria del cine norteamericana: hace varias décadas la mayoría trabajaban con contratos relativamente estables para las grandes productoras, ahora la estabilidad se reduce a una sola película o en casos excepcionales a varias de ellas, dependiendo de los resultados económicos. Esta tendencia se ha extendido al mundo de los llamados "creadores" en todos los sentidos, desde novelistas y músicos hasta cualquier diseñador que no ha acumulado un capitalito para convertirse en un pequeño empresario del diseño que explota a otros diseñadores con peor suerte que él, y todos ellos cada día más atrapados por la mundialización controlada por menos de una docena de grandes empresas monopolísticas que producen el arte, la estética y el placer consumista que ellos deciden y acordes con las necesidades del imperialismo.

La dialéctica como creatividad artística no se limita, sin embargo, a la imprescindible crítica destructiva del orden estético burgués, uno en su esencia y múltiple en sus formas, sino que simultáneamente plantea una tarea doble: exige analizar cómo y por qué se ha llegado a la miseria artística del capitalismo y, a la vez, exige sintetizar esas lecciones en una práctica consciente hacia la (re)construcción del potencia omnidimensional de la creatividad humana, potencial que de modo alguno se materializa definitivamente en el comunismo, sino que en este modo de producción vive un salto cualitativo actualmente con la desaparición de la propiedad artística privada, con resultados actualmente inimaginables.

IÑAKI GIL DE SAN VICENTE

EUSKAL HERRIA (4-IX-2007)